



ESCENAS DE LA VIDA MILITAR



E. MAYER

CAMPAÑA
Y
GUARNICIÓN



BUENOS AIRES JACOBO PEUSER EDITOR



CAMPAÑA

Y

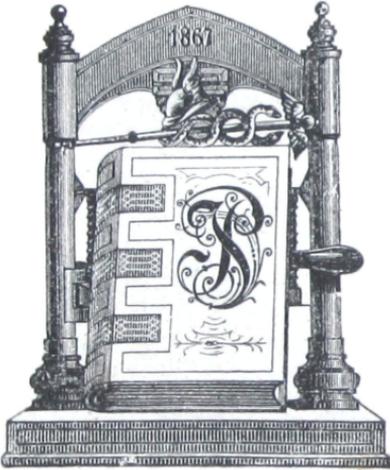
GUARNICIÓN

«Scritta così come la penna getta
Per fuggir l'ozio. e non per cercar gloria.»





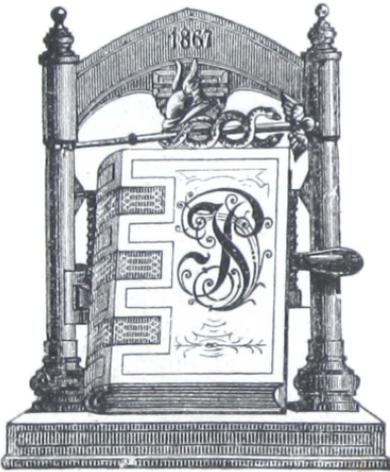
DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO



Es propiedad.



DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO



Es propiedad.

EDELMIRO MÁYER

CAMPAÑA
Y
GUARNICIÓN

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR



CASA EDITORA

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES

Esquina San Martín y Cangallo

LA PLATA

Boulevard Indep., esquina 53

ROSARIO

522 — Calle San Martín — 524

1892



Á

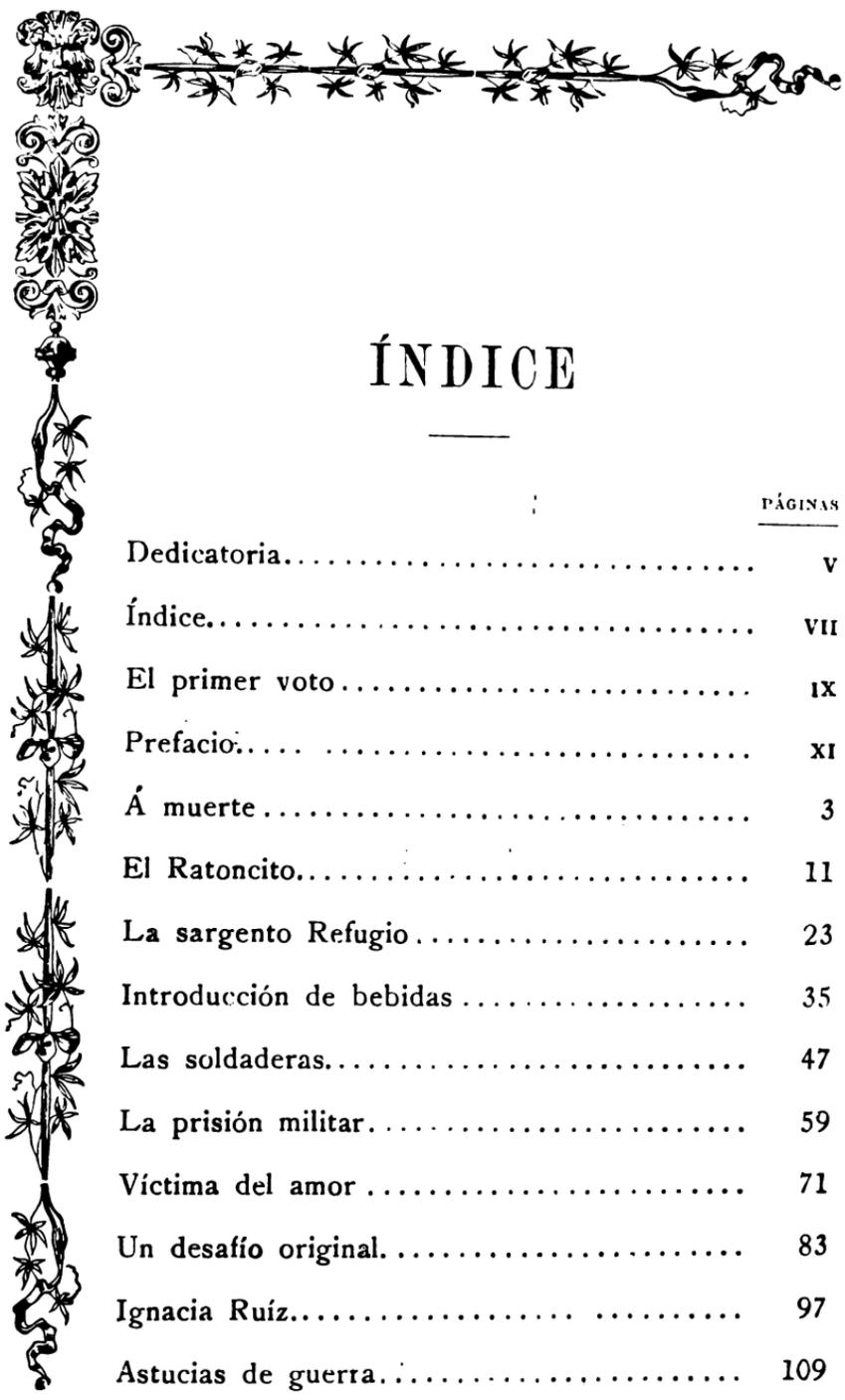
MIS ANTIGUOS

COMPAÑEROS DE ARMAS

DEL

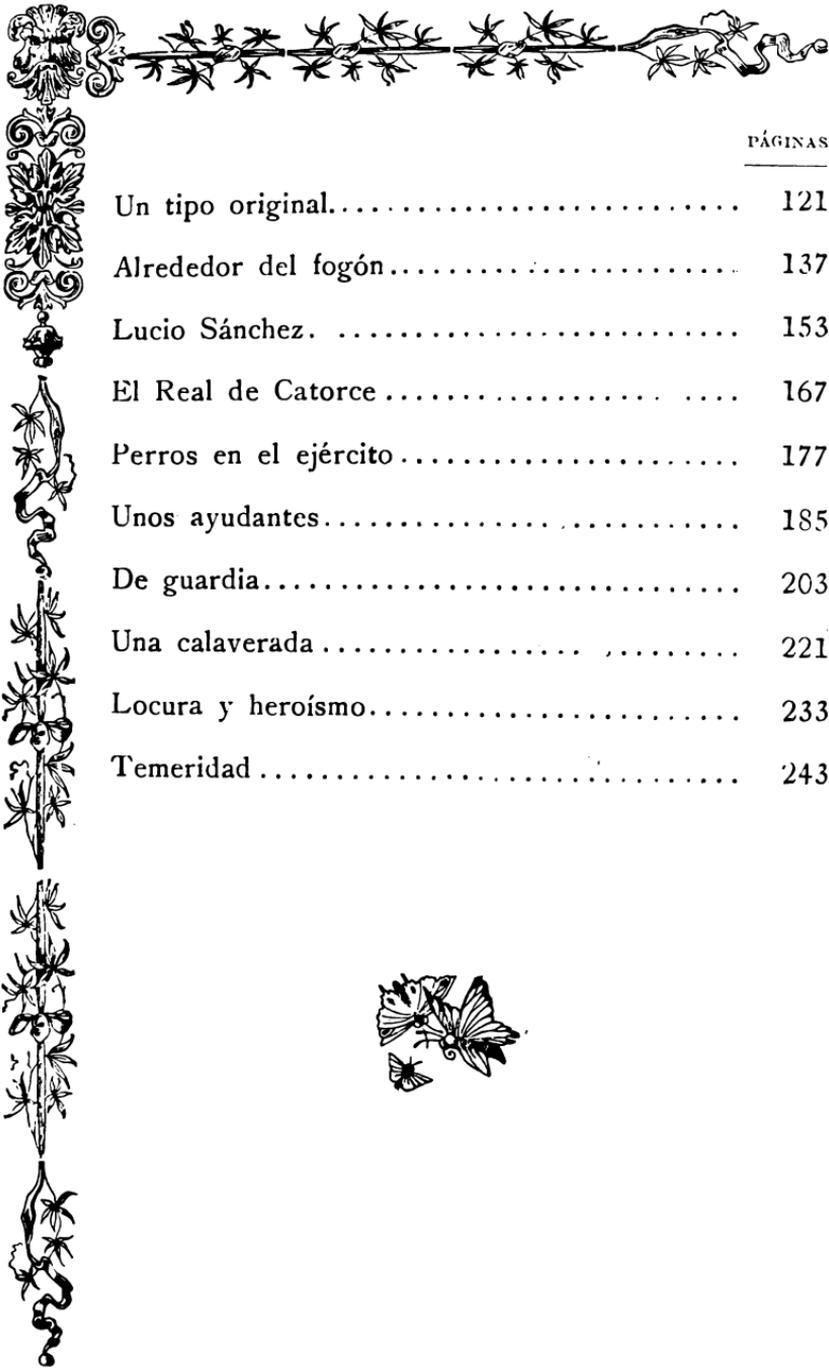
EJÉRCITO ARGENTINO





ÍNDICE

| | <u>PÁGINAS</u> |
|------------------------------|----------------|
| Dedicatoria..... | V |
| Índice..... | VII |
| El primer voto..... | IX |
| Prefacio..... | XI |
| Á muerte..... | 3 |
| El Ratoncito..... | 11 |
| La sargento Refugio..... | 23 |
| Introducción de bebidas..... | 35 |
| Las soldaderas..... | 47 |
| La prisión militar..... | 59 |
| Víctima del amor..... | 71 |
| Un desafío original..... | 83 |
| Ignacia Ruíz..... | 97 |
| Astucias de guerra..... | 109 |



PÁGINAS

| | |
|----------------------------|-----|
| Un tipo original..... | 121 |
| Alrededor del fogón..... | 137 |
| Lucio Sánchez. | 153 |
| El Real de Catorce..... | 167 |
| Perros en el ejército..... | 177 |
| Unos ayudantes..... | 185 |
| De guardia..... | 203 |
| Una calaverada..... | 221 |
| Locura y heroísmo..... | 233 |
| Temeridad..... | 243 |





El primer voto

SOBRADO conocido es en el mundo literario el ilustrado traductor de Smiles; temperamento esencialmente artístico, supo siempre hermanar con singular talento las armas y las letras, y hoy nos hace asistir en este libro, cuya lijera gestación es realmente admirable, á esa vida familiar del soldado americano que se inmola á los grandes ideales: la patria, el honor y el amor, y que mira sonriendo á la muerte.

Los cuadros que se presentan á nuestra vista con sencillez encantadora son mosaicos pompeyanos de diversos matices y formas, que incrustados en la piedra matriz forman un panorama completo, revelándonos de cuánto son capaces el sentimiento nacional, la astucia, el valor y la gracia.

Profunda observación, pleno conocimiento de los actores en los lances de cuartel, que en vano se trataría de aprender en libros ni en escuelas, dan un sello peculiar á esta obra, cuyo tema ha sido apenas, que sepamos, desflorado antes. Cada capítulo es: ó una tragedia aterradora, ó un drama conmovedor, ó una comedia divertida, donde los personajes se mueven, actúan y hablan con carácter propio.





De esta amalgama extraordinaria salta en relieve la íntima personalidad militar con sus grandes cualidades, sus vicios y sus defectos, y flamean en cada una de las páginas, como banderolas en el campo de batalla, la lealtad y el heroísmo.

Si á estas narraciones de suyo interesantes se agregan la ingenuidad, el aticismo y la palpable realidad que diseña todos los rasgos, se podrá explicar cómo de telas tan baladies é inconsistentes, se ha podido tejer la delicada filigrana, que el general Máyer ofrece como homenaje á sus compañeros del ejército argentino.

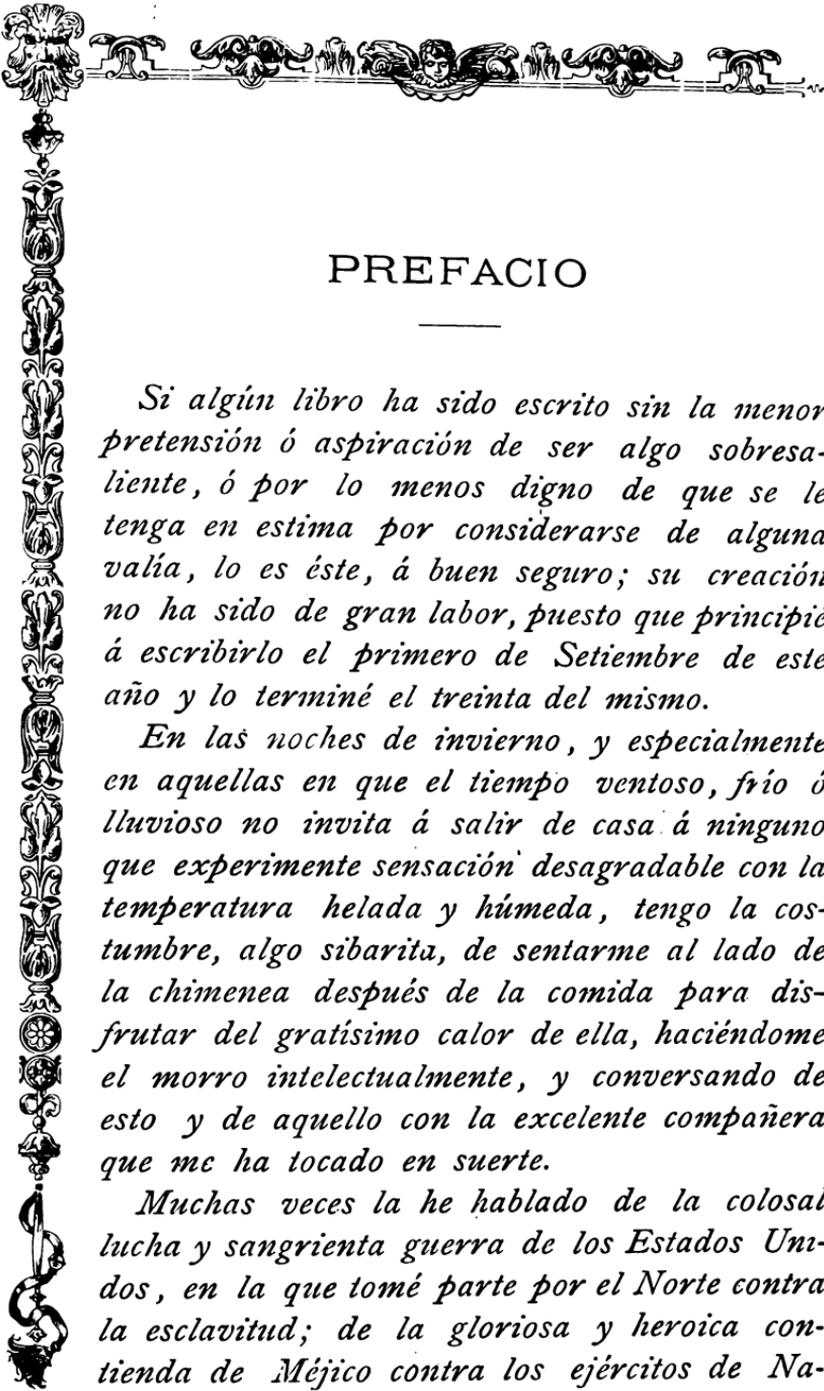
Ellos y el letrado público de América sabrán aquilatar el mérito de este notable trabajo.

Opinión tan poco autorizada como la mía, no significa otra cosa al frente de este libro, que un inmerecido honor que se me discierne por el sólo título de mi respeto por el escritor y de mi afecto por el amigo.

Fed. Bueno, hijo.

Buenos Aires, Diciembre 20 de 1891.



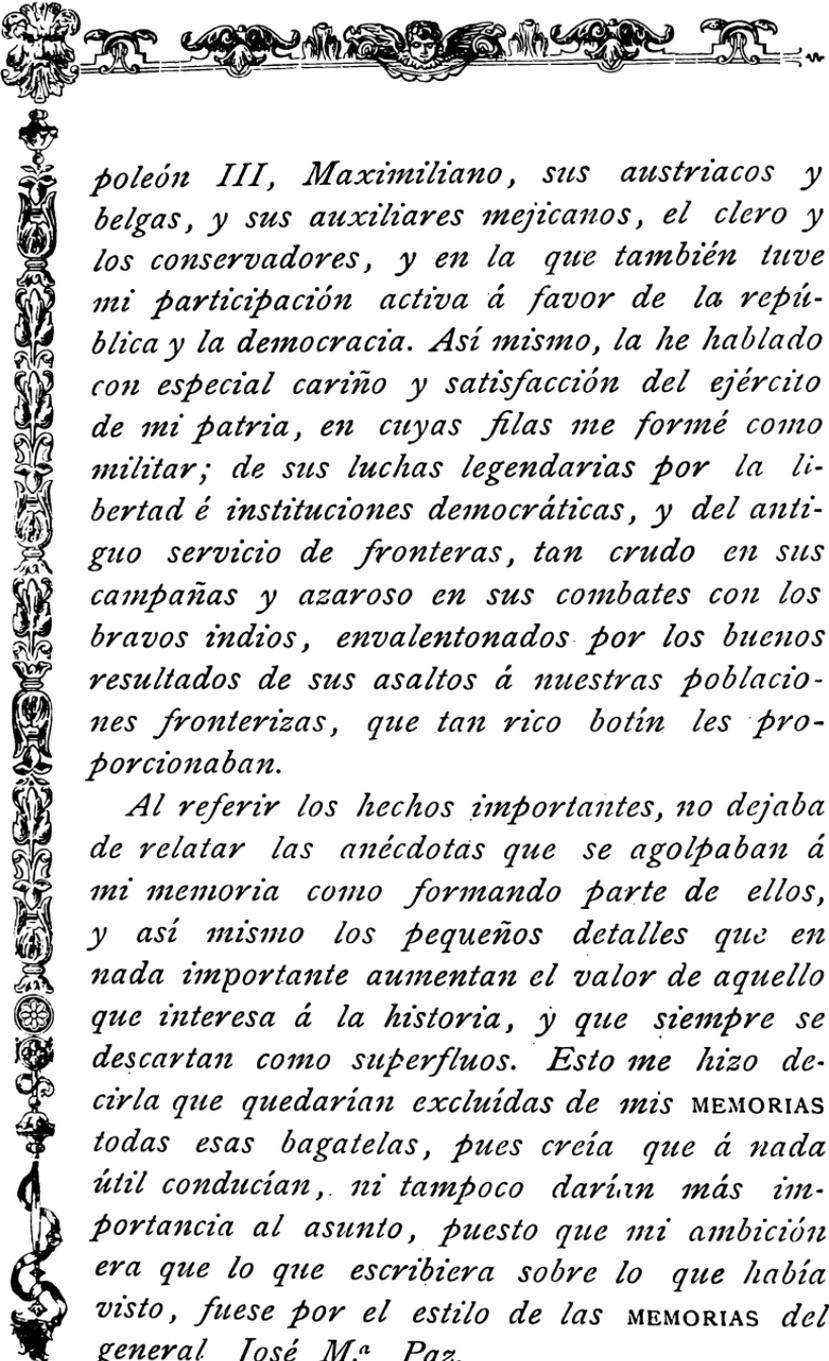


PREFACIO

Si algún libro ha sido escrito sin la menor pretensión ó aspiración de ser algo sobresaliente, ó por lo menos digno de que se le tenga en estima por considerarse de alguna valía, lo es éste, á buen seguro; su creación no ha sido de gran labor, puesto que principié á escribirlo el primero de Setiembre de este año y lo terminé el treinta del mismo.

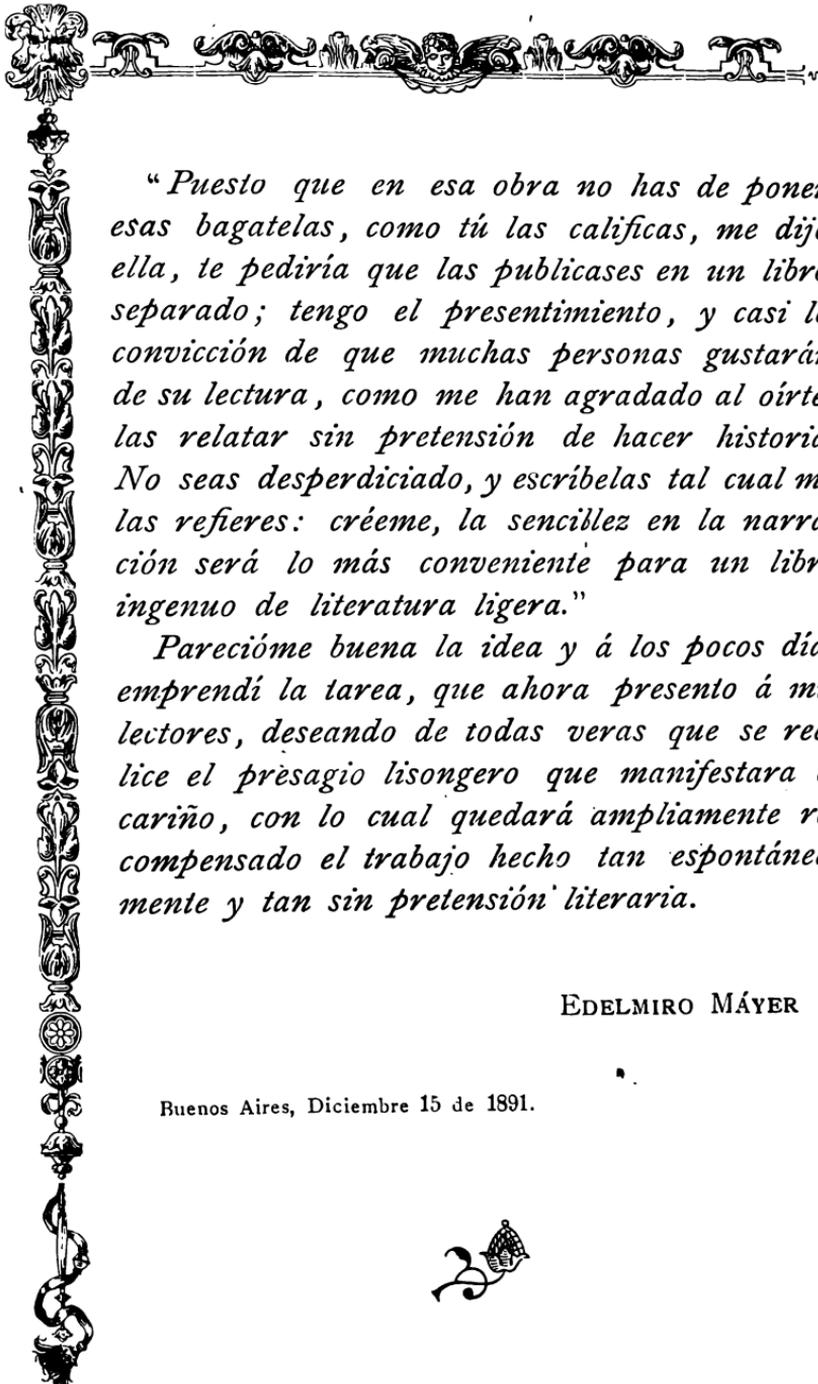
En las noches de invierno, y especialmente en aquellas en que el tiempo ventoso, frío ó lluvioso no invita á salir de casa á ninguno que experimente sensación desagradable con la temperatura helada y húmeda, tengo la costumbre, algo sibarita, de sentarme al lado de la chimenea después de la comida para disfrutar del gratisimo calor de ella, haciéndome el morro intelectualmente, y conversando de esto y de aquello con la excelente compañera que me ha tocado en suerte.

Muchas veces la he hablado de la colosal lucha y sangrienta guerra de los Estados Unidos, en la que tomé parte por el Norte contra la esclavitud; de la gloriosa y heroica contienda de Méjico contra los ejércitos de Na-



poleón III, Maximiliano, sus austriacos y belgas, y sus auxiliares mejicanos, el clero y los conservadores, y en la que también tuve mi participación activa á favor de la república y la democracia. Así mismo, la he hablado con especial cariño y satisfacción del ejército de mi patria, en cuyas filas me formé como militar; de sus luchas legendarias por la libertad é instituciones democráticas, y del antiguo servicio de fronteras, tan crudo en sus campañas y azaroso en sus combates con los bravos indios, envalentonados por los buenos resultados de sus asaltos á nuestras poblaciones fronterizas, que tan rico botín les proporcionaban.

Al referir los hechos importantes, no dejaba de relatar las anécdotas que se agolpaban á mi memoria como formando parte de ellos, y así mismo los pequeños detalles que en nada importante aumentan el valor de aquello que interesa á la historia, y que siempre se descartan como superfluos. Esto me hizo decirle que quedarían excluidas de mis MEMORIAS todas esas bagatelas, pues creía que á nada útil conducían, ni tampoco darían más importancia al asunto, puesto que mi ambición era que lo que escribiera sobre lo que había visto, fuese por el estilo de las MEMORIAS del general José M.^a Paz.



“Puesto que en esa obra no has de poner esas bagatelas, como tú las calificas, me dijo ella, te pediría que las publicases en un libro separado; tengo el presentimiento, y casi la convicción de que muchas personas gustarán de su lectura, como me han agradado al oírte-las relatar sin pretensión de hacer historia. No seas desperdiciado, y escríbelas tal cual me las refieres: créeme, la sencillez en la narración será lo más conveniente para un libro ingenuo de literatura ligera.”

Parecióme buena la idea y á los pocos días emprendí la tarea, que ahora presento á mis lectores, deseando de todas veras que se realice el presagio lisongero que manifestara el cariño, con lo cual quedará ampliamente recompensado el trabajo hecho tan espontáneamente y tan sin pretensión literaria.

EDELMIRO MÁYER

Buenos Aires, Diciembre 15 de 1891.



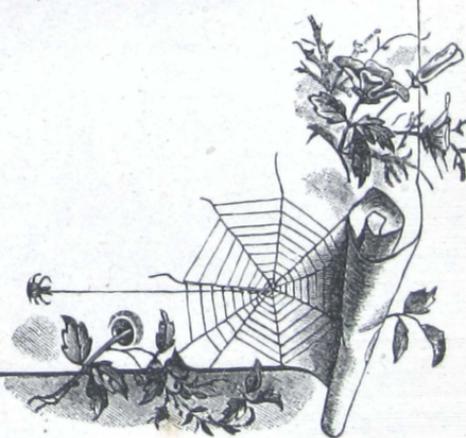


Señor don

Juan José García Velloso
de sus amigos

Edelmiro Hojedo

Buenos Aires, Diciembre 25 de 1891





A muerte

ALLÁ por el año 1865 se hacía la guerra al invasor francés en Méjico, no con gran fortuna en las batallas campales, porque el ejército regular de la República había sucumbido en San Lorenzo á las órdenes de Comonfort, y en la ínclita Puebla de Zaragoza, donde durante más de sesenta días había sostenido un heróico sitio, teniendo que rendirse por falta de víveres y de municiones.

Se operaba con dificultad en las sorpresas que se intentaban contra el enemigo, pues el invasor contaba con el importante auxilio que le facilitaba el clero y los *mochos*, como se llamaba á los conservadores antes que entregasen á Napoleón III la autonomía de la patria, movidos por el despecho producido por la pérdida en la *Guerra de la Reforma* de los fueros eclesiásticos y militares por los que tan tenazmente habían combatido. Durante la guerra nacional sólo se les daba el título que en opinión de los patriotas les correspondía legítimamente: el de traidores.

El invasor ocupaba militarmente las principales ciudades de la República, y los defensores de la independencia y de la de-

mocracia se habían visto obligados á dividirse de conformidad con un decreto del presidente Benito Juárez, por el cual se creaban las divisiones Norte, Sud, Centro, Oriente y Occidente, mandadas por los generales Escobedo, Álvarez, Régules, Díaz y Corona.

En una de ellas estaba Mirlito, coronel de infantería, renombrado no sólo por su instrucción militar y su valor heroico y aventurero, sino también por su marcial y elegante apostura, su espíritu jovial, su marcadísima tendencia á rendir homenaje á toda mujer bella, joven ó graciosa, sus maneras de cumplido caballero, y su generosidad que, en su exageración, rayaba en prodigalidad.

Verdad es que á veces galanteaba á alguna hija de Eva que no valía gran cosa como belleza física; pero cuando al coronel Mirlito se le echaba en cara este pecadillo contra su reconocido buen gusto, ó se le hacía bromas al respecto, contestaba manifestándose de conformidad con el gusto estético de los demás en lo que se refería al poco mérito físico de la aludida, pero así mismo alegaba muy buenas razones para disculpar sus actos.

Ya se ve que donde podían pisar y descansar un poco mientras organizaban la tropa instruyendo á los reclutas que se recibían, no era por cierto en ciudades donde abundan las bellas mujeres; y razón tenía pues el coronel cuando decía que: á falta de pan buenas son tortas. Sobre todo, consideraba un deber de hombre cumplir con la galantería donde quiera, en quien quiera, y como quiera que se presentaran las circunstancias en materia de amor, pues nunca debe estar Marte separado de Venus; que era bueno tener presente que: "máquina que no trabaja pronto se enmohece;" y otras muchas razones que, á no dudar, debían ser buenas, puesto que todos las aprobaban.

Lo cierto es que no faltan muchos que como el coronel creen firmemente que es una obligación perfecta aquella de no perder oportunidad alguna para galantear asiduamente á una mujer donde quiera que se la encuentre, aunque para ello tenga que pelar la pava ó que pelarse la frente. Esto suele tener sus dificultades y á veces sus serios inconvenientes, pero, ¿qué militar de sangre ardiente y con algo de diablillo dentro del cuerpo medita, ni un instante siquiera, en las consecuencias que pueda acarrearle su conducta á lo Don Juan Tenorio? creemos que más bien es contraproducente, pues los peligros en perspectiva sólo sirven para estimular los deseos del enamorado sempiterno y despreocupado.

Haría como dos meses que la división estaba tranquila en un pequeño pueblo de la sierra, haciendo vida de guarnición, pero preparándose para emprender una expedición contra uno de los convoyes que debían salir de la capital hacia el norte de la República, cuando se incorporó el teniente coronel Cañas, dándosele de alta como segundo jefe del batallón que estaba á las órdenes del coronel Mirlito. Era un hombre como de treinta años, alto, bien formado, de ojos, barba y cabellos negros, aspecto grave y reposado, trato culto y suaves modales. Los informes que se tenían de su instrucción, valor y pericia militar, eran de los más favorables, y en su foja de servicios se mencionaban actos distinguidos en los campos de batalla.

Antes que transcurrieran muchos días, notaron todos que existía una marcada antipatía entre él y el coronel, no pudiéndose dar cuenta por el momento de la causa que la originaba, á pesar de ser un punto muy discutido entre todos, pues no se ignoraba que antes de la llegada de Cañas al batallón, ninguno de ellos había visto al otro en parte alguna.

Una tarde en que se hacía ejercicio de batallón, dejó el

mando el coronel, ordenando al segundo que lo continuara, y retirado á alguna distancia se puso á observar las maniobras. El batallón extrañó sin duda la manera de mandar del teniente coronel, pues no maniobró con la misma precisión que lo hiciera con el primer jefe, y después de dos ó tres movimientos defectuosos, se acercó éste con viveza é hizo algunas observaciones, retirándose en seguida al sitio en que había estado.

Continuaron las maniobras, pero siempre sin precisión en la ejecución, lo cual hizo que el coronel, no pudiendo soportarlo por más tiempo, y dejándose arrastrar por la vivacidad de su genio, se dirigiera al batallón tomando su dirección y mando de una manera brusca, y por cierto bien descortés para Cañas; tan así debió sentirlo éste, que envainando su espada se aproximó al coronel dirigiéndole algunas palabras que los demás no pudieron oír, pero que muy graves debieron ser puesto que éste se quedó suspenso por un momento, dejando que el otro se retirara del campo de instrucción.

Concluído el ejercicio regresaron todos al cuartel. Al llegar el coronel á su alojamiento se encontró con dos jefes que como padrinos le enviaba Cañas, provocándole á un desafío. Súpose después que los padrinos no habían tratado de arreglar cosa alguna para evitar un duelo, el que según se aseguraba, había sido propuesto y arreglado que fuera á muerte; y como era natural, se supuso por todos que la causa que lo provocaba no podía ser el suceso acaecido durante el ejercicio.

Debía haber otra razón, y la había en efecto.

El teniente coronel tenía dos hermanas de una belleza tal, que hubiesen sido capaces de hacer perder la chaveta al más flemático holandés. Contaría la mayor unos veinte y cuatro años; era el tipo acabado de la andaluza que desborda en gracia, é indudablemente debía ser lo que indicaban sus ojos rasgados,

profundamente negros y brillantes: mujer de ardientes pasiones y de resuelta voluntad; una de aquellas mujeres que gustan pasar el tiempo haciéndose admirar y juegan con el amor, hasta que se enamoran con la febril ceguera, propia de los temperamentos apasionados.

Al llegar la pequeña división al pueblo, la había visto el coronel Mirlito, y en el acto se había prendado de ella, lo que quiere decir también que apenas tuvo un momento franco, se arregló de modo que muy luego entabló relación con la familia de la joven. Ella cantaba y tocaba el piano, y como el coronel era muy músico, tocando brillantemente el piano y la flauta, no es difícil explicarse cómo se formó el primer eslabón de la simpatía que pronto se profesaron; y esa chispa artística la sopló el tentador supremo hasta producir un incendio... Ya conocemos las consecuencias de esas quemazones!

El coronel no era hombre de haberla prometido casarse para obtener su cariño ilimitado; pero el amor que inspira un militar que no va á permanecer mucho tiempo en un punto, es de rápidas y á veces de funestas consecuencias. Parece que enceguecida la niña por su pasión, cometió actos de ligereza nada propios de la honesta reserva que debe tener una púdica doncella, lo cual llegó á oídos del hermano, que vino entonces á reuñirse á la división, que estaba aún en su propio pueblito, para cerciorarse del caso y tomar las medidas que juzgara apropiadas: no quedándole duda alguna de lo que pasaba entre su hermana y el coronel, aprovechó el incidente del ejercicio para tener en apariencia otro motivo y batirse á muerte con quien andaba en pasos no muy puros con su hermana. Las palabras que había dicho tan sigilosamente al coronel, eran sin duda mencionando el hecho y haciéndole saber que le mandaría sus padrinos.

Á la mañana siguiente estaban todos sobre el terreno elegido para la sangrienta y bárbara lucha que debía ser á revólver, á treinta pasos, avanzando á voluntad, y haciendo uso de los seis tiros del arma que manejaban con admirable destreza.

Era un día encantador de primavera, día que convidaba á la vida y no á morir. El ambiente tibio y perfumado por las flores infinitas del campo, la belleza de éstas y de los árboles que adornaban aquel sitio pintoresco, parecía que debiera haber influido en el ánimo de todos para que allí, ante tan delicioso panorama, no fueran los hombres á perturbar esa armonía, produciendo disonancias horripilantes, hijas de sus pasiones brutales. Á pesar de esto, aquel lugar ameno que invitaba al deleite y al reposo, iba á ser muy pronto el teatro de un drama producido por el encono salvaje, pero quizá disculpable, dado el modo de ser de nuestra sociabilidad.

Aquellos hombres eran conocidos por su valor y experiencia en los combates; sin embargo, los únicos que estaban fríos como la indiferencia, eran los dos que iban á combatir... los padrinos y los cirujanos se hallaban inquietos y hasta se podría decir azorados. El doctor que acompañaba al teniente coronel se le acercó y le dijo con voz respetuosa, en la que se sentía vibrar el corazón contristado por un hondo pesar:

—¿Por qué insiste usted en que sea un duelo *á la yankee*? ceda al pedido anheloso de sus amigos, que este desafío tome otra forma. Ustedes pertenecen á la causa de la independencia y libertad de Méjico, y sin embargo, van á sacrificar la vida estérilmente por una susceptibilidad militar.

— Es inútil agregar una palabra; si yo muero ó mato á mi contrario, es por algo más que por una necia susceptibilidad.

No insistió más el doctor, y los padrinos procedieron enton-

ces á medir la distancia, cargaron las armas, colocaron á los ahijados en sus puestos, dándose la espalda, poniendo en mano de cada uno el revólver ya preparado. En seguida mandaron militarmente la media vuelta, y apenas ejecutado este movimiento por los contrarios, se oyeron los dos primeros tiros casi simultáneos, viéndose que avanzaban pausadamente al mismo tiempo que apuntaban las armas.

Ambos estaban heridos desde el primer disparo, pero al tercer tiro del coronel cayó en tierra Cañas, pues una bala le había roto el femur izquierdo. Sin embargo, así caído y apoyándose sobre el codo izquierdo continuó apuntando y haciendo fuego, y tan bien, que el contrario había recibido cuatro proyectiles en el cuerpo. Llegó éste tambaleándose hasta donde yacía postrado su enemigo, y ya con la vista nublada no sólo por los efectos de sus heridas, sino también porque la última bala le había dado en la parte superior de la frente y la sangre le corría sobre los ojos; con una mano que se le veía temblorosa é insegura, consiguió poner la boca del cañón sobre la cabeza de Cañas, y haciendo un esfuerzo convulsivo, apretó el gatillo perforándole el cráneo con la última bala que tenía el arma y desplomándose en seguida moribundo sobre el cadáver de su adversario.

Al día siguiente fué enterrado el teniente coronel Cañas con todos los honores que le correspondían según la ordenanza militar. El coronel Mirlito tuvo que soportar una larga curación, de la que salió perfectamente restablecido, y sin más daños en su cuerpo que las cicatrices dejadas por las heridas; pero su espíritu sufrió mucho con este hecho trágico y lúgubre de su existencia: más de una vez ha turbado sus placeres la imagen sangrienta del teniente coronel Cañas.



El Ratoncito .

ACABADA de ser tomada la ciudad de Querétaro, después de sesenta días de un sitio riguroso, cayendo en manos de los republicanos el archiduque Maximiliano de Habsburgo, que en mala hora para él había aceptado la corona imperial de Méjico que le ofrecieron los clericales ultramontanos del país, ayudados por Napoleón III. Allí acababan de sucumbir, para no levantarse más, casi todos los principales jefes y las mejores tropas del llamado imperio; pero la capital permanecía aún bajo el poder del general Marques, lugarteniente del emperador, y conocido con el sobrenombre de “Leopardo de Facuba” á consecuencia de los hechos bárbaros y sanguinarios con que se había distinguido como general del partido clerical, pues ni á los médicos y practicantes dejó de fusilar cuando cayeron en sus manos.

El general Escobedo, vencedor en Querétaro, envió á los tres días de la toma de la ciudad, un refuerzo de caballería y de infantería al general Díaz que sitiaba la capital. Con esta tropa iba el celebrado batallón Zaragoza, antiguo cuerpo de rifles

de los Estados de Nuevo León y Coahuila, y en el que se había formado el general Zaragoza desde subalterno hasta coronel, por cuya razón llevaba su nombre, que se le acordó después de la muerte del vencedor de los franceses frente á Puebla. Era el batallón más reputado del ejército, y con sobrada razón: fué el único cuerpo que después de toda la larga y encarnizada guerra de tres años llamada de la Reforma, entre liberales y clericales, y después de toda la guerra sin cuartel contra los franceses é imperialistas, desplegó con orgullo la misma bandera con que había salido á campaña en 1857. Esta había sido bordada por las señoritas de Monterey para que la tremolaran con altivez en los campos de batalla, simbolizando la libertad y el progreso de su pueblo, y con la que, diez años después, entraba el Zaragoza victorioso en la capital de la República, libre ya de retrógrados vencedores y del invasor extranjero.

En la segunda jornada que hacía desde su salida de Querétaro, la tropa venía algo pesada á pesar de no haber hecho sinó siete leguas, lo cual no fatiga mucho al andador infante mejicano, pero ello era debido al calor sofocante y al polvo que levantaba al marchar. El batallón caminaba por hileras de cuatro en fondo y con bastante holgura entre fila y fila. El coronel se hallaba á la cabeza entre la banda lisa y la compañía de granaderos, jinete sobre un soberbio caballo doradillo de pura raza de cazar zorros. Era un jefe que había servido en la guerra de sucesión de los Estados Unidos, donde llegó al empleo de coronel, combatiendo contra la esclavitud y á favor de la democracia. Los soldados tenían entera fe en él y á pesar del gran respeto que les inspiraba, profesábanle un gran cariño lleno de confianza ingénua, y hasta podría decirse que había entre ellos la familiaridad del compañerismo.

El coronel se había fijado que uno de los tambores llevaba en sus brazos un perrito, que ya conocía por haberlo visto muchas veces entre los de la banda lisa. El tal animalito era de color amarillo sucio, cuatro ojos, como se dice comunmente, patas cortas, rabón y cuerpo recio. No se dejaba ni acariciar por soldado alguno, á no ser tambor ó corneta del cuerpo, pues por todos los demás sentía la más profunda indiferencia cuando no se le hacía caso, y se mostraba rehacio cuando se le pretendía halagar.

—Ramos, ¿qué demonios te propones al llevar en tus brazos á ese perro?—preguntó el coronel al tambor. —Me parece que debieras tener de sobra con tu mochila, carabina y caja.

—Señor coronel, si es el Ratoncito.

—Ya le conozco, pero el llamarse así no creo que constituya un derecho para que lo carguen durante las marchas, y digo esto, porque veo que lo llevan alternativamente, relevándose como si fuera un acto de servicio obligatorio.

—Es que lo queremos tanto! nos parece que fuera el hijo de la banda, y como nos entretiene después de la jornada, no queremos que se nos canse haciendo marchas que tienen que ser fatigosas para el pobrecito, por la mucha tierra suelta que hay en el camino; también consideramos lo cortas que son sus patitas.

—Ha de haber gato encerrado, dijo el coronel, pues había observado algunas ligeras sonrisas y guiñadas de inteligencia cambiadas entre los de la banda.

—No crea, mi coronel, es el animalito más inofensivo que pisa sobre la costra de la tierra, como asegura el sargento Cano, tan instruído en lo que se relaciona con la vida de los perros. Además, pertenece al sargento, quien lo quiere como á las niñas de sus ojos, por haber sido criado por la difunta su mujer, lo que hace que aumente nuestro cariño por el Ratoncito.

El coronel cortó la conversación, pero no parecía haber quedado satisfecho con las razones del tambor Ramos, quien sobresalía entre todos por lo vivo, lo que le había valido el apodo de *Mandinga*.

La tropa hizo alto por un cuarto de hora para descansar y beber un poco de agua de un arroyo cristalino y frío que corría al frente, refrescando la atmósfera é invitando á un baño, que nadie pudo tomar por orden del general. El coronel, que se había recostado debajo de un arbusto mientras su asistente daba de beber á su caballo, vió pasar cerca de él á una de las mujeres del batallón y la llamó.

—¿Llevas agua, Juanita?

—Y fresquísima, mi coronel! contestó la soldadera alcanzándole un jarrón de barro de Guadalajara.

Era esta la mujer del sargento Núñez de la compañía de cazadores, chinita preciosa como de unos veinte años, y tan suave en su mirada, su voz y sus modales, que los demás la llamaban *La virgencita*. Era tenida entre todos como el modelo de la virtud conyugal, lo que sin duda alguna constituía un hecho fenomenal en los fastos de la vida femenina de los campamentos y cuarteles.

—Juanita, tengo una curiosidad y es necesario que me saques de ella, so pena de quebrar amistades.

—Señor, usted sabe que para otro podría negarme á hablar cuando me quisieran tomar declaraciones, pero eso nunca sucederá con usted, porque mi marido y yo le queremos como á lo mejor del mundo, después de Dios y de la Virgen, y nos haremos matar por usted cuantas veces sea necesario.

—Gracias, hija, no me parece que haya necesidad de tanto sacrificio, aunque creo que con una vez que se murieran por mí ya tendrían lo suficiente. ¿Conoces las mañas del Ratoncito?

—Pero mi jefe, si eso es más sabido que el Credo.

—¡Hola! ¿y por qué lo llevan cargado los de la banda?

—Para que esté fresco en el momento que tenga que hacer su servicio.

—¿Qué clase de servicio le obligan á prestar?

—Pues claro está; en las marchas no tiene más que constituirse en proveedor de comida fina para esos bellacos ladrones de la banda. Nadie puede concebir lo pícaro que es ese perro patizambo, *más jesuita que un hipócrita* y más ladrón que Macaco.

—¿Quién es Macaco?

—Pues quién ha de ser, señor, sinó aquel ángel caído que suele tener permiso de Dios para entrar alguna vez de visita al paraíso de que fué arrojado por desacato, y que es capaz de robarle la corona y las alhajas á la misma Virgen Santísima si se descuidan los ángeles que la rodean.

—¡Ya caigo! dijo riéndose el coronel; tú te referes á Caco, el dios de los ladrones y de los comerciantes según la antigua mitología. Pase tu error de nombre y de circunstancias, y dejando á un lado tus conocimientos de los dioses y del cielo, refiéreme algo del Ratoncito, y de cómo es proveedor de comidas finas, como tú dices.

—Nada más claro, pues lo puede comprender hasta el niño recién nacido. Cuando la tropa pasa á inmediaciones de alguna población en que por fuerza ha de haber gallinas, lo sueltan y como un rayo se dirige á buscarlas, y con toda la astucia de un zorro viejo las husmea, arreglándose de modo que sin causar escándalo se acogota la mejor de ellas, y como una luz se las lleva á los de la banda. Repite la operación dos y hasta tres veces para esos sinvergüenzas, que después no son capaces de convidar ni con una presita á un enfermo del batallón, porque

son tan míseros para con el prójimo que no sea de la banda, que le negarian hasta el agua al gallo de la pasión: son unos malvados carbonarios y masones herejes, hijos legítimos en lo perverso de aquellos judíos que escarnecieron á nuestro señor Jesu-Cristo.

—¡Con que esa teníamos! ¡vaya un inocente, el tal Ratoncito!

—¡Esa teníamos! . . . Si no fuera más que eso. No se puede creer, mi coronel, lo bribonazo que es ese pícaro cuatroojos. El sargento Cano dice que es un animalito tan inteligente, que no le falta sinó hablar para que se pueda decir de él que tiene un alma como los cristianos; pero yo creo que sin necesidad de eso tiene alma, pero alma de algún condenado que ha desertado del infierno y ha buscado asilo en ese cuerpo. ¡Oh señor! qué discípulo ha formado ese tahur de tambor mayor, que lo quiere como á su hijo. Ponga atención y hágalo espíar y ya verá si el muy taimado es ladrón ladino no sólo de gallinas, sinó también de dinero y alhajas, y de todo aquello que cualquiera de los de la banda le señale al pasar.

—¡Qué estás contando Juanita! ¡no exajeras algo impulsada por tu conocida enemistad por sus dueños?

—Qué dianas ni qué retretas, mi coronel; sería cosa de nunca acabar si una se pusiera á referir todas las habilidades de ladrón y contrabandista que tiene ese trompeta de perro color de *tiricia* en cara de chino. Causa de él hubo de perder sus ginetas de sargento mi marido, antes que usted tomara el mando del batallón, y sólo su buen nombre y antecedentes lo salvaron de la desgracia innerecida, y que habría sido motivo de vergüenza tan grande para él que á la primera se habría hecho matar, y yo me habría quedado viuda.

—Vamos, refiéreme el hecho sin muchos preámbulos y comentarios, pues de lo contrario tendrás que contármelo durante la

marcha, y los dueños del Ratoncito podrán sospechar que tú me estás haciendo revelaciones que perjudiquen sus intereses.

— ¡Qué me importa á mí lo que ellos piensen! ya les he cantado yo la verdad con más claridad que un medio día, y todo lo que sentía mi corazón enconado cuando aconteció el suceso que voy á narrarle brevemente, pero diciendo la pura verdad.

Juanita sacó un pañuelo de manos, secóse la traspiración del rostro, y tomando cómoda postura al lado del coronel, le dijo con acento más calmado:

—Hubo en el batallón un perro lanudo, de esos que llaman de aguas y que pertenecía al sargento Torres, de la compañía de granaderos. Era un perro decente, señor, y muy hábil, porque todos le habían enseñado una porción de pruebas, iguales á las que se hacen en los circos. Esta santa criatura amaneció una mañana muerta de una puñalada en el corazón, y nadie supo quién lo había muerto, que sospecharlo no era posible, puesto que no se le conocía enemigo alguno; pero mi marido y yo hemos creído siempre que el matador fué algún cori eta ó tambor, porque después lo desollaron, secaron el cuero y lo guardaron, según ellos para disfrazar y reirse del Ratoncito, pero después se vió claramente que no era para semejante risa, sinó para ejercer el contrabando en el cuartel, y poner en peligro la reputación de un buen sargento.

—Vamos, Juanita, creo que estás haciendo una confusión en tu relato, pues de otro modo no me puedo dar cuenta de la idea de que en el cuartel se pueda ejercer el contrabando; allí no hay aduana ni derechos que pagar.

—Valiente, mi coronel, hágase el inocente para hacerme creer que no sabe lo que se quiere decir y lo que se entiende por contrabando en los cuarteles. Bien debe conocerlo porque también ha sido subalterno y ha debido ser medio diablón,

puesto que ahora que es coronel y gallo que no se ablanda al primer hervor, tiene más mañas para el amor que razones Lucio Sánchez para sacarle prestado á una un par de reales, que nunca devuelve, por las mismas argucias. Se ha olvidado que cuando los oficiales ó soldados meten mujeres de visita á hora que estas no son permitidas, cometen un contrabando? y cuando los soldados introducen furtivamente bebidas espirituosas ¿no cometen también un contrabando?... Pues bien, esto último es lo que hacía el Ratoncito siguiendo las órdenes é instrucciones de esos bergantes de la banda, encabezados por ese ruin mastodonte, que en mala hora han hecho tambor mayor del cuerpo.

—Mira, Virgencita, vamos al caso y déjate de indirectas á tus superiores.

—Dispense si lo he ofendido, pero la verdad es la verdad; y si me apura le he de contar todo lo que sabemos de usted, en cosas de dimes y diretes con las buenas mozas, y entonces si que sería relato más largo que un sermón de cuaresma, ó que un plantón de diez horas para un soldado que está enfermo del estómago; será mejor que no me interrumpa y verá como le refiero el suceso de un sólo aliento. Á los pocos días de muerto el perro del sargento Torres, vimos otro algo parecido en el cuartel, con el que se entretenían los de la banda. ¿Y qué cree usted que era? El Ratoncito á quién habían cubierto con la piel del muerto, y como era mucho más chico que el difunto, lo agrandaban envolviéndole con trapos. Jugaron y se rieron, ellos y los demás del batallón, y á la hora de puerta franca se llevaron también al Ratoncito disfrazado de perro de aguas. Desde ese día hubo borrachera general en los de la banda y en muchos soldados que no salían del cuartel. El mayor del cuerpo estaba como una furia, porque el jefe lo acusaba de no hacer

cuidar debidamente la puerta del cuartel, y permitir de ese modo la entrada de bebidas. Una mañana que le tocaba entrar de guardia á mi marido, como sargento de puerta, mandó el mayor que se hiciera una inspección minuciosa en las cuadras, dando las órdenes más exstrictas para la revisión de todos y de todo lo que entrara al cuartel. Señor, á pesar del inmenso cuidado y vigilancia, habían introducido aguardiente á juzgar por las borracheras que hubo. El mayor, arinó un tole tole y movió la sin hueso con más vigor que diez comadres que se cuentan sus contrariedades; y aunque hubo castigos fuertes para los delincuentes, nadie dijo cómo había obtenido el aguardiente. Á mi marido lo pusieron preso, acusándole de haberse descuidado en el cumplimiento de sus deberes, no acusándole de soborno porque es bien conocida su honradez á toda prueba. El jefe lo mandó llamar á su presencia al día siguiente, diciéndole que lo ponía en libertad, pero á condición de que antes de tres días, diera un parte fiel y bien probado, exponiendo el modo cómo se había introducido el contrabando, y que de no hacerlo así, sería degradado en su clase para echarlo á las filas. Mi pobre marido vino afligidísimo á contarme su desdicha, pero lo tranquilicé, diciéndole que iba á averiguar los medios de que se habían valido para burlar la vigilancia; en seguida me fuí á ver á Refugio, la mujer del sargento Torres, y cuando estuvimos solas la dije: "Mire sargento Refugio, usted sabe lo que le pasa á mi marido y la condición que le ha impuesto el jefe; pues bien, es necesario que me averigüe del tambor mayor el modo cómo se hizo el contrabando, y esto antes de mañana." La Refugio se me quiso hacer anguila al principio, pretendiendo esquivar la cosa, pero yo la hablé claro y sin indirectas, jurándole que si mi marido perdía sus ginetas, que le habían costado largas y penosas campañas, sin contar las acciones de guerra en

que había estado y cuatro buracos que le habían acomodado en el cuerpo las balas enemigas, yo le contaría al suyo, probándolo con testigos como lo manda la ley, que ella andaba ma-leando con la banda lisa; y como el sargento Torres, por mucho menos le dibuja los lomos á rebencazos, se condolió de nuestra aflicción y averiguó todo lo que queríamos saber.

— ¡Hola! y de qué medios se habían valido para burlar la vi-gilancia de puerta, y el registro de inspección personal?

— No le digo, mi coronel, por medio del contrabandista más hipócrita: el Ratoncito. La mujer del tambor Freyre, estaba esperándolo en el almacén de la vuelta, donde había comprado aguardiente mezcal, con el que llenó una tripa gruesa y como de dos varas de larga; luego que los de la banda calcularon que era tiempo para que estuviese pronto el contrabando, principiaron á correr por el patio al contrabandista, el que á una señal dada salió corriendo á la calle y se dirigió como flecha al almacén. La Josefa, lo tomó, desatándole el cuero del perro de aguas, lo des-balijó de los trapos con que estaba cubierto, y en su lugar co-locó la tripa llena de aguardiente, volviéndole á asegurar la piel del honrado difunto, que ahora servía en manos de unos perversos como encubridora de acciones ilegales. Una vez terminada la operación, le dió un terrón de azúcar para halagar su vicio de goloso, y en cuanto lo hubo comido emprendió el trote en dirección al cuartel; llegó á la puerta y luego que vió el paso libre se metió corriendo á la cuadra de la banda lisa, donde le aliviaron de la carga, que no sólo compraban para su uso particular, sinó para venderlo caro á los que estaban en el cuartel sin poder salir.

— Es un medio ingenioso, aunque no es nuevo; no me han de hacer á mí de esas jugarretas.

— No cacaré mucho, mi coronel, mire que no es bueno vana-

gloriarse, y mucho menos usted, á quién *ya se lo han fumado*. ¿No ve que tienen más camándulas y recovecos, que una mujer cuando quiere engañar? no sabe lo peines que son, ni caspa dejan!

—Qué diablura me han hecho, y de la cual no me he apercebido?

—No hace todavía ocho días, que usted le decía con enojo al capitán Casas, que tenía la convicción de que en la cuadra de la banda no se hacía bien el servicio nocturno, pues siempre veía con cara de recién despertado á la imaginaria de cuarto, y que á pesar de sus esfuerzos para sorprenderlos no lo había conseguido. Hasta dijo, que ha habido vez en que se ha descalzado para que no lo sintieran cuando entrara á la cuadra, y ello sin resultado, pues encontraba de pie al que estaba de servicio.

—¡Es cierto eso!

—Pues bien, allí duermen todos á pierna suelta, sólo que uno de ellos se acuesta al lado de la puerta dentro de la cuadra y el Ratoncito del lado de afuera: así que éste olfatea que alguien se aproxima, se levanta sin ladrar ni hacer ruido y se echa sobre la cara del dormido, ó lo agarra con los dientes del cuello y lo sacude para despertarlo, y conforme se levanta éste poniéndose de pie, se vuelve á echar hipócritamente haciéndose el dormido. ¿Sabe ahora, por qué no ha podido pillarlos en falta?

—Está bien, Juanita, te agradezco los informes. Ahora ¡arriba! para seguir la jornada.



El sargento Refugio

HACÍA seis años que el sargento Torres de la compañía de granaderos del batallón Zaragoza se había casado con una viuda jóven llamada Refugio, y de cuyo matrimonio nació un hijito que entonces tendría unos cinco años, siendo tan chino y feo como el padre y rechoncho como muy pronto debía serlo la madre.

Torres era hombre de elevada talla, seis pies dos pulgadas por lo menos de estatura y ancho de espaldas. Su origen indio era innegable; su cara lo atestiguaba, tanto en su forma y color como en el aire caviloso y taciturno que ponía de manifiesto. Persona honrada, soldado valiente y lleno de disciplina, sufría á veces amargamente á causa de la conducta irregular de su mujer, que para fin de fiestas, como se dice vulgarmente, se había aficionado á la ginebra con mas ternura de lo que convenia á su razón y á la tranquilidad de su marido, pues cuando la ginebra que bebía se le iba del estómago á la cabeza se hacía insoportable: tenía pesada la bebida, como decían las otras soldaderas.

Estando sobria era de carácter poco afable, pero cuando se

le elevaba el alma con la bebida traicionera, según decía, ni el demonio que la soportara por díscola y barullera, temiéndola todas porque nunca se le caía de la liga la navaja sevillana, que manejaba con destreza, como podía atestiguarlo más de un soldado que con ella se había querido tomar ciertas libertades, pues no dejaba de ser regularona y de dar su gatazo cuando se emperifollaba. De regular estatura y á la fecha como de unos veinte y ocho años, tenía el defecto físico de ir adquiriendo rápidamente un crecimiento de circunferencia tal que, cuando se sentaba en una silla común, sobresalía su cuerpo por lo menos unos treinta centímetros de cada lado, eso que no era mujer que usara aumentativos corporales de artificio. Tan consciente estaba ella de lo que tenía que á veces solía exclamar con energía, cuando le hacían la incómoda observación de que cada día se ponía más gorda:

—Sea mucho ó poco, bueno ó malo lo que yo tenga, lo luzco con orgullo porque al fin así me lo ha dado Dios: vale más ser tortuga gorda y no bacalao flaco. Esas que me llaman paloma pechugona y dicen que para verme la punta de los pies tengo que levantarlos hacia adelante, hablan así de pura envidia, porque son de aquellas que no tienen carne ni para un puchero flaco.

La única persona á quien respetaba era el coronel, no por miedo, pues este le era desconocido, sinó por un cariño profundo que por él sentía. Para ella el coronel era algo más que un hombre, y esta especie de veneración nacía de un acto insignificante por parte de él. Sabía éste muy bien que las mujeres de los soldados saben todo lo que pasa en el cuerpo porque todo se lo cuentan entre sí guardando con fidelidad el secreto, de ahí que se propusiera cautivarlas con agasajos y regalos; atenciones á que no estaban acostumbradas de los demás jefes y

que forzosamente debía alucinarlas para tener confianza y simpatía al principio, las que después terminarían en confidencias.

El coronel estudiaba el lado flaco de cada una y sus predilecciones, y las observaciones que hacía le daban la norma de conducta para obsequiarlas regalando á una un par de zarcillos de *double*, á otra un anillo de oro con piedras de pacotilla, aquí un chal y allá un vestido de colores chillones, á ésta un par de botines y á aquella un par de enaguas bordadas, dando esto un resultado uniforme: todas eran sus confidentes y no se movía una paja en el batallón sin que él lo supiera.

Á Refugio la había catequizado hasta domesticarla con un regalo que le hizo á su ídolo: su hijo. Pasando un día por un pueblito vió en una tienda un traje de escocés para niño, comprólo y se lo regaló pidiéndola que lo hiciera lucir en los días de fiesta. Así sucedió; el primer domingo lo vistió al chico, llevándolo de paseo por todas partes repitiendo á todos que ese traje era obsequio del coronel. El muchacho parecía un mono vestido, pero para ella estaba mejor adornado que el más rico de los niños de Méjico.

En una de las marchas que hizo la División del Norte en 1866, llegó el batallón á un pueblito del Estado de Tamaulipas llamado Río Blanco, para permanecer allí unos quince días. En ese punto hubo un convento de frailes, con lo cual queda dicho que era un distrito abundante y hermoso, porque esos señores son gente entendida en eso de hacer sus nidos. Hacía ya algunos años que se habían suprimido los conventos pasando á ser propiedad nacional, así es que solían servir de cuarteles á los cuerpos que llegaban de guarnición. El batallón Zaragoza fué preferido para ocupar el convento y como era

natural entraron también las mujeres de los soldados, á tomar alojamiento en uno de sus patios.

Una tarde y á la hora en que los soldados andaban francos y de paseo por los barrios, se escurrió el coronel detrás de uno de los pilares del atrio de la iglesia inmediato á la puerta de fierro; extendió una manta sobre el suelo, acostóse y se tapó con un capote de soldado, de modo que los que pasasen y lo miraran lo tomaran por algún soldado de la guardia que estaba echando apaciblemente su siesta. El coronel se valia de este medio para observar las entradas y salidas del cuartel, y sin que el mismo oficial de guardia conociera su presencia. El subteniente que la mandaba era un joven valiente y disciplinado, bondadoso en extremo, pero que en cuanto á inteligencia no había sacado patente por invento alguno, puesto que no era capáz ni de inventar el hilito de cortar mantequilla.

Á poco rato de estar el coronel en acecho, oyó en la plaza la voz destemplada y airada de la sargento Refugio, que venía entre otras dos soldaderas que la acompañaban tratando de calmarla. El oficial salió al portón, y todo fué enfrentarse la Refugio con él cuando se desató en improperios contra el bonachón de Lozano, quien, sin hacer caso de las injurias, se limitó á decirle con toda calma que entrara al cuartel, que callara la boca, y que durmiera la mona que traía. Esta última frase la exasperó fuera de todo límite, y avalanzándose sobre el oficial con los puños crispados, le arrojó al rostro una andanada de palabras soeces, terminando con decirle: "La mona ha de haber sido la desgraciada que ha sido su madre, pues si la fruta no cae lejos del árbol, claro está que usted es hijo de orangután ú otro animal semejante."

El pobre Lozano se amostazó quizá por la falta de respeto que se mostraba á sus padres, ó porque la conducta de la sar-

gento Refugio era muy poco conforme con lo que prescribe la disciplina militar, y bien pudiera ser que fuese porque no andaba muy desacertada la comparación de cara de mono con que se le favorecía; realmente, no era deudor á la naturaleza por haberle dotado de belleza, y más bien había sido olvidado de una manera lastimosa.

El resultado fué que mandase llamar al sargento Torres, pues aquello llevaba aspecto de concluir en alguna paliza que habría que aplicarle buenamente á la Refugio si se le ocurría echar mano á la navaja y emprenderla con la guardia. Llegó el sargento y Lozano le ordenó que llevara adentro á su mujer, que la hiciera callar, y en seguida que la acostase para que se le pasara la embriaguez.

— ¡Vamos! la dijo el marido.

— Voy porque para eso venía y no porque este mequetrefe y tú, grandísimo chivato, me manden á dormir.

— Vamos, Refugio, cállate la boca y no me vuelvas á llamar chivato, pues sabes que no me gustan palabras injuriosas.

— Pues por lo mismo te he de decir chivato! y ni el diablo y todos los suyos me han de hacer dar un paso ni para atrás ni para adelante: aquí estoy y me quedo.

Durante este corto diálogo habían penetrado al atrio y estaban como á cinco pasos del coronel, que todo lo había oído y observado. El sargento se había puesto colorado como pavo enojado cuando oyó las últimas palabras de su mujer, y en su mirada se veía la ira que lo dominaba, sólo contenida en su desborde por la presencia del superior.

— Vamos, Refugio, no me digas malas palabras, mira que soy tu marido y el sargento primero de tu compañía.

— Á ver como no eres mi padre también y capitán de la compañía; te he de llamar chivato! *chivato!!* ЧИВАТО!!!

—Vamos, Refugio, mira que por última vez te lo digo, y si repites la palabra ofensiva, no sé lo que te voy á hacer.

—Pues sí, te la he de decir! gritó enfurecida la Refugio, y alzando la voz ya algo ronca le lanzó al marido la palabra de insulto: *CHIVATO!*

Apenas la había proferido, cuando ciego de cólera se acercó el sargento para pegarla, pero ella retrocedió como para evitar los golpes, y entonces le dió él un puntapié en la boca del estómago, arrojándola de espaldas contra el suelo, donde quedó tendida como queda un cadáver al caer. El oficial y las dos mujeres la rodearon inmediatamente, el coronel se sentó y el sargento quedó inmóvil. Refugio casi sofocada se incorporó pocos momentos después, esforzándose por tomar aliento, y cuando consiguió que en sus pulmones penetrara un poco de aire clavó la mirada en su marido y amenazándolo con el puño cerrado, le lanzó, de manera apenas perceptible, la injuriosa palabra: *chivato!* Iba el sargento á echarse sobre ella cuando se oyó la conocida voz del coronel.

—Refugio, cuidado con decir una sola palabra más! ven acá y acuéstate á mi lado.

—Sí, mi coronel, allá voy porque usted es el que lo manda, pero no he de obedecer á muñecos ni á mi marido que es un . . .

—Silencio, ó me levanto! le gritó enojado el coronel.

Al oír estas palabras, Refugio se dirigió á donde estaba el jefe con la misma temerosa humildad del perro á quien su dueño amenaza con el látigo, y con voz extrañamente tímida le dijo:

—No me guarde rencor, mi coronel, es la bebida la que ha faltado, pues yo nunca dejo de respetarlo. Aquí, á su lado voy á dormir la mona, más tranquila que un angelito. No me guarde rencor.

De esto que acabamos de referir no había pasado ni dos meses cuando, estando el Zaragoza en el Saltillo en marcha hácia Querétaro, la sargento Refugio hizo una de las suyas, de carácter tan grave que el coronel se vió obligado á hacerla castigar por el marido.

El batallón estaba franco y sería como las dos y media de la tarde cuando se levantó el coronel de dormir la siesta y se puso á recorrer el cuartel, visitando las cuadras y observando si las cosas estaban en su lugar y todo con el aseo debido. Al entrar á la cuadra destinada á las mujeres vió á una anciana que acompañaba á su único hijo, un excelente soldado de la segunda compañía, curándose de unas heridas que tenía en el brazo. Se acercó y notó que eran causadas por arma cortante, y dirijiéndose con aire de reproche á la paciente, la dijo:

—Viejita, será posible que tu andes en pleitos? tú, que has sido siempre tan juiciosa te has dado también á hacer vida pendenciera?

—No, mi coronel! contestó la pobre soltando el llanto, nunca he de desmentir la buena opinión que le merezco; y esto que me ve ha sido causado por la sargento Refugio que está algo tomada.

—Cuéntame los permenores.

—Pasaba por el almacén del *Buen precio* y entré á comprar un poco de azúcar, de café, y unos cigarillos para mi hijo, cuando la Refugio que estaba en el despacho de bebidas, me llamó para que tomara con ella una copita; como yo rehusara con buen modo diciéndola que jamás bebía ni siquiera un trago, se enojó y me dijo que ella me lo haría beber. Yo no la contesté y como ya me había despachado el almacenero me dirijí á la calle, pero la sargento Refugio me salió al encuentro apostrofándome muy feamente, mi coronel. La aguanté, sin

embargo, y la pedí que me dejara seguir mi camino, pero esto la enfureció, diciéndome que yo hacía eso de pura hipócrita para captarme la voluntad de usted; que yo he debido ser una buena pieza, pues que á la vejez me daba por santurrona y ahora iba á misa y me confesaba, molestando á los demás con mis rezos en la noche. Entonces me enojé y la dije que yo era así porque se me antojaba, alegrándome no ser una loca desvergonzada, como ella que era la deshonra de su marido y la vergüenza de su hijo. Pero no bien hube dicho esto cuando ya la Refugio había echado mano á la navaja, la había abierto, y me tiró dos hachazos á la cabeza que me los quitó con el brazo, y viniendo en mi ayuda los soldados que estaban allí la separaron y desarmaron, volviéndome al cuartel con mi compañera para curarme de las heridas. Es todo lo que hubo y le juro que es la pura verdad.

—Está bien! dijo el coronel, y dirigiéndose al cuerpo de guardia ordenó al capitán de cuartel que mandara buscar á Refugio, conduciéndola un cabo y dos soldados, comunicándole que era por orden suya.

Á poco rato la trajeron á su presencia; en la cara se veía al coronel que estaba enojado, y por consiguiente iba á hacerse justicia inmediata y á lo Pedro el Cruel.

—Qué te ha hecho la madre de Reyes para que tú la lastimes?

—Me desairó, mi coronel, sí, me desairó, á mí, la sargento Refugio, que soy mujer más hombre que el más pintado, salvo el respeto que le debo á usted. Esa trompeta de mojitata se negó á tomar conmigo una copita que yo pagaba; y estoy segura que conforme me vió ya se había propuesto venir con el chisme de que yo estaba divirtiéndome un poco con mis amigos.

—No ha habido más que eso?

—Y le parece poco? crée usted que yo me había de dejar despreciar por esa beata vieja, zorra hipócrita?

—Basta! ordenó el coronel, y mandó al cabo que fuera á llamar al sargento Torres, marchándose en seguida á su pieza. Allí entró el sargento, se cuadró militarmente, haciendo el saludo de ordenanza.

—Ordene, mi coronel.

—Sargento, Refugio ha herido á la madre de Reyes que es una buena mujer é inofensiva, y me veo en la necesidad de dar un buen ejemplo entre las soldaderas, pues de lo contrario vamos á tener escándalos todos los días. Tengo que hacerla castigar, pero en consideración á que usted merece todo mi respeto por su conducta excelente, no haré que se la castigue por la tropa ni delante de ella, pero le pido que como marido le dé una buena azotaina.

—Sí, mi coronel.

—Llame á su mujer á mi presencia.

Salió el sargento y al poco rato volvió acompañado de Refugio que traía una cara compungida.

—He dado orden á tu marido que te dé en su cuarto por lo menos unos cincuenta azotes, en castigo de lo que has hecho con la pobre vieja de Reyes; y te prevengo que si vuelves á hacer algo parecido te hago echar del batallón. Vaya sargento y cumpla.

—Con su permiso, mi coronel; contestó el sargento, giró sobre sus talones é hizo un ademán imperativo á su mujer para que le precediera. Pero ésta, antes de obedecer se dirigió al coronel diciéndole:

-- Si usted lo manda es porque lo merezco y lo aguantaré sin quejarme; pero no me guarde rencor, mi coronel, no me guarde rencor!

—Vete!

Salieron ambos y pocos momentos después los oía el coronel entrar á su pieza, que estaba separada del dormitorio de éste por un tabique delgado, lo que hacía que el castigo tuviera que ser oído en todos sus ruidosos pormenores.

—Mira mujer, hasta para tus castigos tienes suerte, pues si el coronel no hubiera intervenido en esta ocasión, Dios me perdone! pero me tienes tan cansado con tus *trancas* que creo que hoy te hubiera muerto á azotes, después de la maldad cobarde que has cometido con la pobre vieja madre de Reyes. Eres la desgracia de este ínclito batallón, y más que bueno es el coronel que sólo ha ordenado que te dé cincuenta azotes; así reza la orden, pero también me dijo que la azotaina fuera de mano de hombre. No te aflijas, Refugio; por lo que respecta el número es corto para tus merecimientos, pero por lo que hace á la calidad te prometo que han de ser rebencazos de los que sacan lonjas.

—Aprovéchate sin vergüenza, pega duro y parejo, que sabré aguantarlo porque es de orden de mi coronel. Pega á tus anchas, canalla de verdugo, pues no me castigas sinó por cuenta agena. Principia de una vez y déjate de echar sermones zonzos, que de fraile no tienes sinó lo bruto é insaciable.

Apenas hubo pronunciado Refugio su última palabra cuando se oyó el ruido seco del primer rebencazo. Siguiéronse pausadamente otros y á cada uno de ellos se oía la voz del sargento que los contaba: dos, tres, cuatro. . .

—Pega, no más, bruto, animal! que no has de poderte jactar que pegas por tí y en lo tuyo, pues por más que seas mi marido no has sacado patente de invención para tener la exclusiva.

—Trece, catorce, quince. . .

—Cuenta no más los rebencazos que pegas por cuenta agena, que lo que es las que yo te hago no has de poder sumarlas.

—Veinte y dos, veinte y tres, veinte y cuatro; cállate Refugio! veinte y cinco, veinte y seis...

—He de hablar, que para eso me ha dado Dios la lengua y para sacártela á tí, chivato!

—No me exasperes! treinta y cuatro, treinta y cinco...

—Lastímame no más, perro sarnoso, que no han de faltar manos amorosas que me curen las heridas. Viejo chivato!

—Refugio, mira que si sigues así, he de darte doscientos por mi cuenta, conforme cumpla el número de la orden. Cuarenta y cinco, cuarenta y seis...

—Atrévete á hacerlo y verás si soy manca, chivato.

—Cincuenta! y ahora por mi cuenta para que no seas deslenguada.

Cesó el pausado golpear que parecía marcar el compás de una marcha fúnebre, y sintióse un repiqueteo parecido á redoble de tambor tocando un paso de carga furioso.

El coronel golpeó recio contra el tabique y con voz de mando firme y sonora, mandó:

—Basta, sargento! Refugio, acuéstate á dormir, y silencio!

—Si mi coronel, dicho á dúo fué la único que se dejó oír; y antes que trascurrieran cinco minutos se oyeron unos ronquidos, que debieron ser de Refugio, pues su marido salía del cuartel en ese instante.





Introducción de bebidas

RECORDAMOS haber leído en un libro de medicina que entre las causas que más influyen á favorecer el vicio de la embriaguez, está en primera línea la falta de instrucción y las profesiones duras y fatigosas: como es casi general la primera en los soldados, y no pudiéndose negar que la carrera militar pertenece á las segundas, tenemos pues, explicada hasta cierto punto, la afición de muchos soldados por las bebidas espirituosas. La misma vida aventurera y penosa los predispone á ese vicio. En campaña tienen que soportar las crudas inclemencias de la intemperie; lluvias copiosas, fríos capaces de helar un horno ardiendo, calores abrasadores; y esto soportado sin abrigo alguno, y muy frecuentemente, sin poderse alimentar bien, ni poder apagar su devorante sed.

Así, pues, cuando el soldado llega á un pueblo parece que quisiera desquitarse de todo, bebiendo hasta embriagarse; y después de un tiempo de larga guarnición lo hace quizá para olvidar la monotonía de la vida de cuartel. Este defecto, con otros que le son propios, el libertinaje y la pereza, según la dura expresión técnica, pero que los soldados dulcifican llamándolas

purito amor corrido y dulce bienestar de no hacer nada, afean, sin duda alguna, la carrera militar, que posee en cambio, las buenas cualidades del valor, la lealtad, la limpieza y el orden.

Á imitación de muchas legislaciones civiles antiguas y modernas, siempre ha impuesto la Ordenanza militar penas severas contra ese abuso, muy especialmente, cuando se comete estando el soldado de servicio. Los jefes de cuerpo toman en guarnición toda clase de medidas precaucionales, á fin de evitar que en el cuartel se introduzcan bebidas espirituosas; de ahí la lucha constante entre los guardianes de esas medidas y los soldados que no pueden salir á la calle, por no tener puerta franca á causa generalmente, de estar sufriendo la pena que les ha acarreado algún acto de transgresión á las disposiciones contra la intemperancia.

¡Cuán vanas suelen ser todas las precauciones que se mandan tomar! Es inútil que el sargento de puerta inspeccione y que el cabo de vigilancia registre uno á uno á todos los soldados que regresan de paseo, y muy prolijamente, á los sindicados como sospechosos. Ni las mujeres de los soldados se escapan de las pesquisas; aún más, á éstas se las registra con mayor esmero, pues son las que introducen con más arte el aguardiente; son contrabandistas de primera fuerza, que siempre ponen el aire más inocente y el modo más candoroso, cuando vienen provistas del néctar prohibido.

Á medio día en punto se distribuye el rancho, y á esa hora principian á entrar al cuartel las soldaderas llevando algún platico ó golosina para sus maridos, con quienes comen generalmente. Es el momento propicio para introducir el contrabando, burlando al sargento y al cabo que las registran en presencia del oficial de guardia, para evitar demasiado celo y minuciosidad en la inspección.

Un día entró precipitadamente el teniente Vergara, y dirigiéndose al oficial de guardia, de quien era gran camarada, le dijo con aire de misterio y lleno de contento:

—Vengo para evitarte una rabieta y á proporcionarme al mismo tiempo un deleitoso momento. ¡Qué cara le vamos á ver poner á la insinuante Prudencia! Se va á quedar frita cuando le descubras su escondite.

—¿Qué estás diciendo, loco? ¿Qué demonios me importan los escondites que pueda tener la mujer del cabo Santos y lo que en ellos pueda hacer?

—No me entiendes, hombre; lo que quiero decirte, es que ya sé de que medio se vale para introducir el aguardiente con que regala á su cara mitad; ¡es una china ingeniosa! De largo tiempo ha venido preparando el golpe estratégico.

—Cuéntamelo pronto, porque ahora mismo ha de llegar.

—Nada; me reservo el placer de la sorpresa. Hazla inspeccionar bien cuando entre, ó tú mismo puedes hacerlo: soy capaz de apostarte un mes de sueldo á que no descubres el contrabando.

—Pero en fin, cuéntame siquiera cómo has conseguido saber los artificios de Prudencia.

—Los celos, Rodríguez, los celos furiosos de una rival. Tú sabes lo que es esa pasión ingrata, puesto que en Monterrey te los hizo sufrir tu novia, y entiendo que fueron en grado heroico, superlativamente mortificantes. Bien sabes, pues, que es pasión capaz de llevar hasta la desesperación al que la siente, y que lo conduciría aún á hacerle cometer actos de falsía, no digo de indiscreción, que es lo que ha sucedido con la Inés Robles, quién está celosa como una furia de la Prudencia, pues ha visto que su marido le arrastra el ala y que ella se contornea de gusto. Hoy estaba tomando yo una taza de café que la Inés

me había llevado, y bien informado de sus tribulaciones quise divertirme un poco y le ponderé lo buena moza que era Prudencia y lo gracioso de su andar. “No es oro todo lo que reluce,” me dijo algo picada, “y yo no veo tal gracia en el andar zandungueado de esa descocada.” Continuó por un rato en ese orden de ideas y allí fué donde pesqué el modo de que se valía para su mañosa introducción de bebidas.

En eso estaban cuando llegó Prudencia llevando en la mano izquierda un canastito. Realmente, era una chinita preciosa! tendría unos veinte años; la cara ovalada era una perfección; ojos negros y rasgados, con pestañas largas, cejas delgadas y bien delineadas en su curva, la boca carnosa y roja, barba fina y pelo abundante, peinado lisamente en la cabeza y atado en dos largas y gruesas trenzas, unidas por una cinta en su extremidad y suspendidas por una peineta de carey, lo cual hacía que resaltara más lo tupido de ellas. Un rebozo delgado que cayendo de los hombros envolvía la delgada cintura, hacía resaltar la belleza de los contornos de su cuerpo, y lo corto del vestido dejaba ver dos pies diminutos y altos de empeine, bien calzados con zapatitos que no impedían ver el nacimiento de una pierna bien torneada.

El oficial de guardia la hizo entrar á la prevención y con sonrisa satisfecha, la mandó que le diera la canastilla para registrarla. Nada de prohibido encontró allí, y mirándola de arriba abajo con aire escrutador la dijo con acento de hombre convencido:

—Prudencia, no tengo la menor duda de que hoy traes aguardiente para Robles; con que así, sácalo de donde lo tengas escondido para evitarme que te registre.

—Mire, mi teniente, va á perder su tiempo registrándome, si es que busca contrabando; pero más bien creo que es otra

cosa lo que se propone, pues veo que el teniente Vergara se sonríe con pillería, y ha de ser que quieren divertirse pellizcándose, como lo hizo el otro día ese atrevido, cara de escuerzo del capitán Moscoso, á quien tuve que hacerle pagar su insolencia con una buena bofetada.

—No, chinita encantadora, no me juzgues tan mal. Me sonrío porque se me hace agua la boca al verte tan donosa, y me admiro lo que aumentan diariamente tus atractivos seductores.

—Mírenlo al teniente Vergara, tan zalamero que me sale ahora, como para que le crea que siempre se ha fijado en mí.

—Y así no más es, mi envidiable Prudencia; tan te he observado siempre, que recuerdo perfectamente que cuando te conocí ahora seis meses eran delgadas tus trenzas, y mira lo que han aumentado, como todos tus encantos, según debo suponerlo.

Al oír esto se quedó turbada la china, y recogiendo con presteza la canasta, le dijo al oficial de guardia que se iba porque su marido la estaba esperando y ya hacía mucho tiempo que estaba allí.

—No te apures, Prudencita, la dijo Rodríguez, no te voy á registrar la ropa porque creo que allí nada llevarás de prohibido, y porque para mi tranquilidad y tu susceptibilidad quisquillosa conviene que no anden mis manos sobre los hermosos dones con que te ha favorecido la naturaleza, pero quiero ver lo que puede el arte, por eso me tomaré el permiso de deshacerte una de las trenzas para ver con qué las pones tan gruesas, puesto que en seis meses no te han podido crecer tanto, á pesar de lo que dice el teniente Vergara.

—Está bien, mi teniente, y le evitaré la molestia; yo misma me voy á desatar el pelo; pero permítame que á mi vez le diga que yo tampoco tengo la más mínima duda de que al-

guna sin vergüenza envidiosa se lo ha de haber soplado, porque de lo contrario nunca se les habría ocurrido andarme por el pelo cuando tenían un pretexto legal para andarme por el cuerpo.

Llena de despecho se destrenzó el cabello, sacando de cada una de las trenzas una tripa como de cuarenta centímetros de largo, bien llena con el más puro aguardiente mezcal.

Allí, como en las aduanas, terminó todo con un decomiso.

Pocos días después de lo que acabamos de narrar, estaba de guardia el teniente Vergara. Serían como las dos de la tarde cuando sintió un barullo en una de las cuadras, y corriendo allá para ver la causa, encontró con que el causante de ello era nada menos que el marido de Inés Robles, que estaba tan ébrio que apenas podía marchar, resistiéndose á acostarse como se lo pedían sus compañeros.

— Maldito pícaro! de dónde has sacado aguardiente para embriagarte?

— Si no estoy en *trua*, mi teniente; si no he bebido licores tampoco; no he hecho más que comer el rancho y chupar unas naranjitas que me trajo mi mujercita.

— Y eso te ha puesto en ese estado?

— Quizá me hayan hecho daño dos bananitas que tomé después de las naranjas. Mire, mi teniente, eso ha de haber sido lo que me ha alegrado un poco, pero no estoy mal de la cabeza, son los nervios que andan alborotados con el tiempo, señor!

— Yo te voy á dar nervios, sin vergüenza, ¡marcha al calabozo!

Nada observó Robles, y con paso humilde y tambaleante se dirigió al punto indicado, donde lo encerró el cabo de guardia; el oficial de guardia volvió al cuarto de banderas, preocupado

con lo que acababa de pasar, cuando se le presentó Prudencia Santos.

— Qué quieres? le preguntó el teniente.

— Vengo á ofrecerle unas naranjitas y bananas, contestó la soldadera con tono socarrón y sonrisa maliciosa.

— Gracias, no necesito de ellas.

— No las rehuse, mi teniente, mire que como las que le ofrezco no las ha tenido nunca para su uso. Vamos, ¿deja que le hable con confianza, y quiere que seamos amigos, pero de los buenos?

— Bien, vamos al grano, ¿qué es lo que estás *rumiando*?

— Principiemos por el principio; servicio por servicio, no le parece justo?

— Sí, mujer parlanchina, déjate de hacer maniobras y vente á la carga; qué es lo que quieres?

— Mire usted, el otro día me hizo pasar una vergüenza, me hizo tomar una rabieta, y lo que es peor, ahora me han puesto por sobrenombre "La rabona," pues dicen que el teniente Rodríguez me tuzó las trenzas. Yo me imagino quién es la que ha contado la cosa, y ha de ser la misma que ha hecho correr la voz de lo sucedido, para hacerme rabiar y para que me pusieran ese apodo; todo ello por purita venganza porque su marido se ha apercebido que valgo más que ella. Ahora bien, le propongo que me diga quién fué la que le refirió que yo ponía tripas con aguardiente dentro de las trenzas, y le digo cómo se lo fuman á usted metiendo contrabando todos los días, haciéndolo cómplice inocente, para reirse después con las demás mujeres del batallón.

— Sí, convenido, pero á condición de que no te darás por entendida, pues me lo dijeron no por denunciarte, sinó para mostrarme que carecías de ciertas bellezas que todos te atribuían.

— Por esta cruz, dijo Prudencia, cruzando el pulgar sobre el índice de la mano derecha y besando la forma de cruz.

— El otro día la hice rabiarse á Inés Robles diciéndola que tú eras una preciosa mujercita, y que nada más natural que un hombre perdiera los cascos por tí; y al ponderar tus bellezas enumeré la de tus trenzas tan abundantes de sedoso cabello. “De tripas con aguardiente querrá decir” — exclamó ella con ímpetu.— Yo cacé al vuelo la cosa y me vine á prevenir al compañero Rodríguez, para evitarle un disgusto y proporcionarme un solaz original.

— No digo! es la misma que me imaginé; pero no crea que se le ha escapado la denuncia, lo ha de haber hecho intencionalmente, porque está más rabiosa que un alacrán colorado. Me cela con su marido como si él valiera una pitada de tabaco aventado, y como si me faltaran galanes, cuando tengo para escojer como entre peras.

— Ya! ya! Prudencita, ahora dime cómo me hacen tonto á mí y cómo le ha llegado el contrabando espirituoso á Robles habiendo pasado por mis manos, como tú dices.

— Hoy estuvo Inés y entró con un canastillo en que llevaba naranjas y bananas para Robles, y cuando usted fué á registrarla sacó de la canastita una naranja que le regaló á usted con mucho donaire y desparpajo, no es verdad?

— Tal cual lo dices, y la naranja era muy buena.

— Pues esa que le dió era la única que llevaba, pues las demás y las bananas no eran sino cáscaras.

Y para qué demonios llevaba cáscaras?

— Es que en las de naranjas iban buches de pavos llenos de aguardiente, y lo mismo contenían las tripas que encerraban las cáscaras de bananas, todo muy bien acondicionadito, y á propósito para hacer pasar gato por liebre á los inocentes.

La cara que puso el teniente se la puede imaginar el lector á quien alguna vez hayan dejado con un palmo de narices.

De pronto se oyó al centinela que con estentórea voz llamó la atención de todos:

— Guardia, á formar! el ciudadano coronel del cuerpo!!

El teniente Vergara despidió á la Prudencia que salió corriendo para la cuadra de las mujeres; la guardia tomó apresuradamente las armas y se formó con el tambor á su cabeza; el teniente mandó echar armas al hombro y se batió marcha. El coronel entró al cuartel acompañado de su amigo el coronel del Regimiento de caballería *Legión del Norte*, y después de saludar á la guardia ordenó al sargento de puerta que comunicara á las cuadras la orden de romper filas. Pasaron al cuarto de banderas y el teniente Vergara le comunicó las novedades del día; y cuando le hizo saber que el soldado Robles estaba en el calabozo por ebriedad, se mostró contrariado.

— No te puedes imaginar, Gerónimo, dijo el coronel á su amigo, lo que me fastidia saber que se embriagan en el cuartel; no me asusta que lo hagan fuera cuando están francos, puesto que pueden entrar á cualquier despacho de bebidas; pero aquí, donde se ejerce toda clase de vigilancia; es cosa de hacer perder la paciencia á un Job esto de que han de poder burlar la guardia. Ya veo de qué medios se valen para hacer el contrabando de bebidas.

— Todo eso es viejo para nosotros, y sólo á ustedes los infantes se les puede hacer esa jugarreta.

— No me vengas con pamplinas! á los infantes y á los artilleros se las pegan como se las pegarían á ustedes los de caballería.

— Te apuesto á que á mí no me la pasan.

— Aceptado! Vaya por un almuerzo al que invitaremos á diez amigos para mañana, á que te pasan ahora mismo por las narices medio litro de aguardiente.

— Perfectamente, pero yo he de registrar á los individuos.

Salía entonces la banda de música compuesta de veinte y cinco hombres, que iba á la plaza á tocar la llamada para el ejercicio; el coronel la detuvo y con la mayor flemma dijo á los músicos:

— Mi compañero, el coronel de la Legión, dice que ningún infante es capaz de meter al cuartel medio litro de aguardiente, si él lo registra. Vamos á ver si se portan á su regreso, ó me dejan mal parado; va una opuesta de por medio y nuestro crédito como infantes.

En completo silencio salió la banda á la calle, y pocos momentos después se oyó que tocaba llamada doctrinal. Como á la media hora volvió ejecutando una marcha alegre y colocándose los dos coroneles en la puerta del cuarto de banderas, se dió principio al registro por parte del jefe de la Legión. Cuando hubieron pasado los más le llegó el turno al individuo que tocaba el helicón, contrabajo, quien producía fuertes notas con su instrumento. El coronel palpó al músico por todas partes, como lo había hecho con los demás, pasando al inmediato, y cuando iba á terminar con éste, dejó de tocar el helicón, bajó su gran instrumento y metiendo en la campana de él mano y brazo, extrajo una trementa tripa repleta de aguardiente, y dirigiéndose á su coronel se la mostró con ademán triunfante; pero cambiando en seguida, tomó un aire compungido diciendo con acento melancólico y desfalleciente:

— Quién sabe, mi coronel, si aquí habrá suficiente mezcal para poner como una uva á un soldado de caballería: como son tan voraces para todo!

— Ah! cara de botija, declaro que me has hecho perder la apuesta, y por la lección te voy á regalar cinco pesos.

Todos soltaron una franca risotada, y después de despedir á la banda entraron al cuarto de banderas, donde ya estaba el teniente Vergara con una soldadera conocida por *La Rácula*. El oficial le dijo algunas palabras al coronel, y éste se dirigió á su amigo:

— Esta mujer pide permiso para entrar á ver á su marido y llevarle para su cena una ollita con frijoles, pero aún no ha entrado porque me dice el teniente que lleva contrabando seguramente, pidiéndote que la registres como hombre entendido.

Principió el coronel por destapar la olla de barro y vió un guisito de porotos que despedía un delicioso olor; en seguida tomó á *La Rácula* tocándola por todas partes, y satisfecho de la inspección, dijo:

— Á no ser que sea dentro del cuerpo, estoy seguro que ésta no lleva contrabando de aguardiente.

Entonces tomó el teniente la olla, destapóla, y volcándola sobre un plato derramó el guiso de frijoles; pero con sorpresa de los dos jefes vieron que á pesar de haber estado llena la olla, era poquísima la cantidad relativamente á su tamaño. El teniente tomó el jarrón de agua y derramándola, tomó de nuevo la olla, metió el índice y el pulgar, hizo un esfuerzo y sacó un corcho, en seguida la volcó sobre el jarrón y cayó en él por lo menos un litro de aguardiente mezcal.

Ante tan inesperada solución no le quedó al amigo del jefe del Zaragoza sinó declararse vencido.

— No se me había ocurrido que podría tener doble fondo la olla, pero tampoco se me hubiera ocurrido que un infante fuese más lince que un soldado de caballería.

— Nada tiene de extraño, siendo obvia la razón. Los infantes siempre andan y viven entre racionales, y es sabido que quien anda con la miel algo se le pega, y como ustedes siempre andan acompañados de sus caballos. . .

— No concluyas tu idea; ya tomaré la revancha.





Las soldaderas (1)

LA Ordenanza militar de los Estados Unidos de Norte América autoriza que sigan á la tropa cuatro mujeres por compañía como lavanderas, y al efecto lleva cada una su certificado correspondiente, gozando de una ración como el soldado; pero en los ejércitos del resto de la América, es sabido que nunca falta un buen número de ellas, que ya como esposas, madres ó compañeras, siguen á los cuerpos hasta en las más penosas campañas.

Por regla general, pertenecen á la escala social más baja, y la vida que llevan y el centro en que viven no son lo más á propósito para elevarlas moralmente, pues no es allí donde puedan recojer ejemplos de templanza y de virtud; si á ello se agrega, lo que es tan sabido, de que tanto el hombre como la mujer aprenden y siguen con más facilidad lo malo que lo bueno, se tendrá claramente la norma de la moral predominante en esas criaturas.

Sin embargo, y por más que parezca una anomalía, se en-

(1) Este nombre se da en Méjico á las mujeres que en el ejército siguen á los soldados, como en la Argentina se les distingue con el de *milicas*, y el de *rabonas* en el Perú y Bolivia.

cuentra entre esas mujeres con mucha frecuencia un caudal inmenso de sentimientos delicados, é impulsos llenos de nobleza y abnegación; pero como por desgracia predomina en ellas la ignorancia más absoluta, casi siempre se dejan guiar por sus impulsos naturales, prescindiendo muy á menudo de lo que en toda buena sociedad se entiende por pudor y delicadeza. ¡Así son también las cosas que se ven en su existencia!

El batallón Zaragoza tenía un buen número de ellas: como unas treinta y cinco; y si bien en su mayor parte eran de aquellas que inspiran el más profundo respeto, por el precepto bíblico que ordena no codiciar los bienes ajenos ni la mujer del prójimo, había algunas que eran verdaderos antídotos contra el amor y algunos de los siete pecados capitales; y para la castidad muchísimo más eficaz que los preceptos canónicos, por ser género más que neutro en materia de sexo, por lo feas y repelentes; seres de quienes se podría asegurar sin temor de errar, que eran mujeres que nunca habían tenido sus quince años. En cambio y para llenar la ley de la compensación se lucían unas cuatro ó cinco descendientes legítimas de aquellas que el demonio sacaba del averno para mortificar al pobre San Antonio, cuando ayunaba en el desierto.

En el campamento solían ser causa de enojos entre la tropa, porque al fin y al cabo no era tanta su ignorancia que llegase hasta no saber, aunque no fuera sinó por instinto, que eran distinguidas por todos; y qué mujer rechaza indignada los galanteos de que es objeto?; quién ignora que son gratos hasta á aquellas que tienen frío y egoísta el corazón? no es pues difícil suponer cómo los recibirían esas bellezas cuarteleras en cuyo pecho rebosan incesantes: el amor, la abnegación y la caridad sin límites.

Los maridos suelen sulfurarse al ver enternecidas á sus caras mitades, pero su propia razón y el consejo de los demás los apaciguan, siempre que no pasen de actos de galantería lícita las demostraciones de admiración que manifiestan los prójimos, pues ¿quién no acostumbra ver, hasta con indiferencia, un peligro cualquiera si este está presente en todas partes y á cada momento? y qué hombre carece de suficiente vanidad para resistir al halago hecho á su fatuidad por el elogio de los demás manifestado en favor de algo que le pertenece, y que sólo él debe disfrutar?

Las soldaderas del batallón Zaragoza eran de las más *aviadas* de la División, pues á más de lo poco que les daban sus maridos y lo mucho que ellas *pepenaban* y se *agenciaban* en las marchas y en guarnición, gozaban de ración de soldado y de muchas franquicias que les concedía el coronel, á más de los regalos que les hacía de vez en cuando. Verdad es que también les exigía obediencia militar á sus disposiciones, y que no dejaba de hacerlas castigar si faltaban abiertamente á sus órdenes. Había comprendido todo lo que se podría sacar de ese elemento y lo explotaba en provecho del bienestar y de la disciplina de su cuerpo. De ellas había hecho su policía secreta y las enfermeras de sus soldados, con lo que se atraía la gratitud de estos pobres y la confianza ciega de las otras.

Qué podría pasar en el Zaragoza sin que lo supiera su jefe? Estaba al corriente hasta de los afectos íntimos de sus soldados y de todas las fragilidades de sus soldaderas. Jamás confesor alguno tuvo tanto predominio sobre sus feligreses como el ejercido tan mañosamente por “nuestro padre y protector” como le llamaban sus confidentes. Les solía prestar dinero y ¡cosa singular! nunca dejaron de pagárselo, y eso que el coronel sabía que ese dinero pasaba á veces á manos de los maridos que

iban á jugarlo á los naipes en otros cuerpos. Los mismos maridos aconsejaban á sus mujeres que cultivasen el afecto y confianza del jefe, pues entraba en sus intereses que estuvieran en los mejores términos posibles con el superior; lo que en esa clase de vida y dadas las circunstancias, equivalía á pagar un seguro sobre incendio, ya que ninguno estaba libre de tener que recurrir á la generosidad y buena predisposición de aquél que todo lo podía en el batallón. Un viejo soldado le dijo una vez á su mujer, que no se anduviera en remilgos para captarse la buena voluntad del jefe, porque eso equivalía á *tener al diablo de una pata*.

Qué diremos de la conducta de ellas en los campos de batalla? . . . Ahí es donde se las ve en su doble carácter de mujeres caritativas y heroicas y de merodeadoras incompasivas, maestras en el pillaje desalmado.

Durante la guerra franco-mejicana, los defensores heroicos y tenaces de la República fueron vencidos en casi todos los campos de batalla, y viéndose dispersos andaban por las sierras en pequeñas divisiones, agusanándoseles las heridas á aquellos que caían pasados por las balas ó el acero enemigo, por carecer por completo de toda asistencia médica y de todo medicamento, y con mucha frecuencia hasta de agua para lavarse las heridas, puesto que ésta faltaba aún para apagar la sed. Cuántas veces se pasaron dos y tres días, sin más líquido para satisfacer la devorante ansiedad de beber que el que salía de la hoja del maguey cortada de la planta!

Las soldaderas eran entonces las únicas que podían traer algún consuelo á los martirizados compañeros. Se dispersaban, á riesgo no sólo de extraviarse y padecer, sinó con la seguridad de que si eran tomadas por los franceses ó los traidores, no esca-

parían de que les dieran, por lo menos, un par de cientos de azotes á carne limpia, so pretexto de que eran exploradoras del enemigo.

En los campos de batalla, en los días de calor, cuando al soldado se le salían los ojos de las órbitas, y en que jadeante se extenuaba por no tener que beber, aparecían en medio de la lluvia de balas, corriendo igual peligro que los combatientes, llevando agua en las *caramañolas*, bajando de sus caballos para dar de beber primero á los heridos y después á los demás, sin hacer distinción de rango ni de simpatía ó antipatía. Pero no sólo á eso se limitaban, sinó que con sus palabras y entusiasmo nervioso alentaban al combate á los soldados. Cada una de ellas se creía en el deber de decir algo que mantuviera alto el espíritu del valor.

— Bien, muchachos, no aflojen, denles tumba en esta tierra á esos pícaros franceses, pues parece que en su país no tienen lugar, porque son muchos!

— Aseguren la puntería y nada de perdón con esos desgraciados hijos de Méjico, que han vendido á su patria trayéndonos al extranjero y á un emperador. ¡Viva la República!

Y cien frases por el estilo que iban acompañadas generalmente con interjecciones enérgicas, que en desvergonzadas no desdecían á las más cínicas de un cuartel. No por eso faltaba alguna que otra de carácter noble y hasta sublime en cierto concepto.

En la acción de la Soledad, estaba esperando el batallón Zaragoza una carga del enemigo, mientras se hacía un ligero tiroteo de guerrillas, cuando aparecieron varias soldaderas del batallón á preguntar al coronel si disponía algo para ellas. Les contestó que todavía no eran útiles y que esperasen en los bagajes. La madre del soldado Reyes le pidió permiso para

hablar á su hijo que estaba en segunda fila y muy próximo al coronel; una vez obtenida la licencia se acercó á él, inclinóse sobre su caballo, tomó entre sus manos la cabeza del mocetón, y mirándole con dulzura y amor le dijo con voz conmovida:

— “Pórtate como hombre, hijo mío, no deshonres á tu patria y las entrañas de tu madre!; si desgraciadamente caes, soy yo quien te ha de atender y cuidar!” y besándolo en la boca se enderezó sobre su montura y con ademán lleno de magestad, hizo sobre él la señal de la cruz. Su acento era más tranquilo cuando pronunció las palabras de bendición que pedía para aquél que había llevado en su seno. “Que Dios, grande y misericordioso, te tenga en su santa guarda!”

Este pequeño episodio no dejó de conmover al coronel, por más que fuera soldado viejo, y según aseguraba, libre de debilidades de sentimentalismo en los campos de batalla; pero se repuso pronto y mandó que se retirasen las mujeres. Obedecieron éstas, pero la sargento Refugio acompañada de la Prudencia corrieron por la retaguardia del batallón, diciendo la primera:

— Si en el cuerpo hay alguno á quien le pese el fusil, porque se le hayan aflojado los brazos, que lo avise!; aquí está la sargento Refugio que lo aliviará de él para que nadie pueda decir jamás que ha habido un maula en las filas del héroe Zangoza!

Apenas hubo terminado ésta, cuando salió la Prudencia parando su caballo y como el más pintado jefe proclamó á la tropa, pero con una de esas frases que son capaces de servir á un retórico como ejemplo de lo sublime. Probablemente quedó avergonzada la célebre frase del general Bonaparte á su ejército en Egipto: “Soldados, desde las cumbres de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan!” pues la Prudencia se afianzó

sobre su silla, echóse para atrás el sombrero de ancha ala y levantando bien alto su mano derecha armada de un rebenque, dijo con voz chillona pero estrepitosa como cornetín rajado:

— “Soldados del Zaragoza! fájense los calzones, porque las mujeres los estamos mirando desde los bagajes!!”

Apenas queda desocupado por los combatientes el campo de batalla, y á veces sin esperar á que llegue ese momento, ya se esparcen las soldaderas como aves de rapiña, para despojar á muertos y heridos, no sólo de dinero y alhajas, sinó hasta de la ropa blanca: otras se echan sobre los bagajes de los vencidos, saqueándolos con asombrosa rapidez. Nadie las convencerá de que el saqueo no sea un legítimo botín que les corresponde como parte integrante de los vencedores.

En 1866 se retiraban las tropas invasoras del territorio mejicano y dejaban á Maximiliano con algunas legiones extranjeras y las fuerzas mejicanas de los generales traidores y del clero nacional. Una división había atacado al presidente Benito Juárez que estaba en Chihuahua, donde poco faltó para que lo hicieran prisionero, obligándolo á retirarse hasta cerca de la frontera de los Estados Unidos. Esta división imperialista se vió amenazada por la división norte del ejército republicano, y ejecutó su retirada sobre Zacatecas, pero temerosa de ser cortada, emprendió la marcha hacia su cuartel general que estaba en la ciudad de Querétaro. Los republicanos les atajaron el paso en la hacienda de San Jacinto, cargándolos con tal ímpetu que la victoria quedó pronto decidida, escapando muy pocos imperialistas.

La caballería siguió la persecución de los dispersos y la infantería acampó para preparar su rancho, mientras se tomaba cuenta de los muertos y heridos. El coronel del Zaragoza había

hecho su ligera ramada al lado de una cerca de piedra, y allí estaba fumando tranquilamente, en tanto se disponía á echar una siestita, esperando al teniente coronel que debía traerle el parte de haber ejecutado todo lo requerido después de un combate.

De pronto sintió un tropel de caballos que venían al galope é incorporado como para levantarse á ver lo que había, miró, á su asistente que en ese instante estaba de pie frente á él, y comprendiendo éste el movimiento de su jefe, le hizo un ademán tranquilizador y con aire de disgusto mostró con el índice el lado por donde venía la algazara.

—Soldaderas, mi coronel! dijo y volvió á su fuego para calentar el agua con que iba á hacer el café, de que tanto gustaba su jefe y él también.

—Aquí está el asistente Barreda, por acá ha de estar nuestro coronel, compañeras!, se oyó gritar á una de ellas, y casi al mismo tiempo sujetaban todas sus caballos. Dónde está nuestro jefe?

—Á ver si se calla ese gallinero! contestó Barreda, y á ver si hay un poco de más respeto en el sitio en que se halla el alojamiento del coronel, ó yo les voy á enseñar á palos lo que significa disciplina!

No hubiera dicho esto el austero asistente, pues el diluvio de improperios que le arrojaron á un tiempo toda aquellas mujeres, excitadas no sólo por la peripecias del día sinó también por el alcohol que indudablemente habían bebido festejando el triunfo, habría sido capaz de asustar á cualquiera que no hubiese estado curado de espantos como lo estaba Barreda, quien no se atemorizó y había echado mano á su fusil, cuando levantándose el coronel y quedando á la vista de aquellas desafortunadas, restableció el silencio interrumpido.

—Qué significa ese tumulto en mi presencia, grandísimas sin vergüenzas?

—Perdone, coronel, que no lo habíamos visto! contestó la sargento Refugio, á quien la cara arrebatada y la torpeza de la lengua denunciaban que había empinado más de una vez el codo festejando la victoria.

—Para qué me buscan de ese modo como animales alborotados?

—Pues cómo no mi jefe y nuestro padre bienhechor, venimos así, llenas de alboroto porque le traemos un regalo de algo que pepenamos entre el bagaje de los traidores.. Si viera, señor, qué suerte hemos tenido, pues le aseguro que nos ha de tener en cuenta lo que le traemos, para que vea si le queremos; todas dijimos en el acto que esa prenda era para el hombre más bueno del batallón, y que todas conocemos que es de gusto delicado y merecedor de todo lo que Dios ha puesto sobre la tierra.

Volvióse á formar una algarabía; todas hablaban á un tiempo y el coronel no sacaba en limpio qué sería lo que le traían con tanto encomio; así es que dirigiéndose á Juanita Núñez, alias *La virgencita*, le ordenó con acento de fastidio:

— Habla tú y nadie más! refiere lo que haya, clara y terminantemente.

—Mi coronel, al caerle á los bagajes de retaguardia vimos un carruaje de jefe, muy cerrado y sin cochero, pues éste probablemente había huido en uno de los caballos, no habiendo más que uno atado. Nos echamos sobre la portezuela, pero estaba con llave, teniendo que violentarla, al mismo tiempo que otras subían por la delantera. Ya no había allí equipajes; otros se nos habían adelantado á juzgar por los baules y balijas que estaban destrozadas alrededor del carruaje; pero adentro nos encontramos con dos mujeres; la una era soldadera vieja que

le pedía á la otra que no llorase y que se tranquilizara, porque no la habían de matar; pero ésta no se daba por entendida, teniendo la cara tapada con la manos, llorando y sollozando á lágrima tendida. Por la ropa comprendimos que era mujer de jefe, y con toda consideración le bajamos las manos para verle la cara; y la verdad sea dicha mi coronel, somos mujeres, y con todo, nos cautivó la preciosura de la Magdalena más linda que haya visto yo en mi vida, no digo en carne y hueso, sino en pintura como se ve en las iglesias. Fué inútil que la hablásemos y le averiguáramos, pues aunque todas la preguntaban algo, á ninguna podía contestar: estaba más asustada que el demonio cuando perdió la gracia divina y Nuestro Señor lo arrojó á puntapiés del cielo.

—Y quién era, y qué han hecho de esa desgraciada señora?

El marido era un teniente coronel que mataron en la primera carga que dió nuestra caballería, y hemos sabido que hacía apenas tres meses que se había casado, así es que es viudita fresca y apetitosa. Mire, mi coronel, *es de á tiro recluta*, como que no ha penado ni pelechado en los campamentos, y como quien dice aún no está instruída en el servicio, pues no había salido de manos del cabo instructor, su marido.

—Dónde la han dejado?

—Aquí la traemos para usted, mi jefe; eso es en lo que todas hemos convenido: es presa para el jefe generoso del valiente Zaragoza. Prudencia y tú, *Rácula*, traigan la alhajita para entregarla.

El coronel se dió vuelta para ver la parte del grupo en que según la dirección de la voz de la Refugio debía estar la pobre prisionera, y vió que se adelantaban las dos nombradas: la *Rácula* dió vuelta á su caballo dejando ver á una joven que traía en ancas. Hizo que la bajaran y al tenerla cerca le dirigió

palabras consoladoras para tranquilizar su ánimo, que algo debieron influir, pues que quitando de su rostro la mano que con un pañuelo enjugaba las lágrimas, dirigió su vista al coronel y con voz sofocada le dijo:

—Sálveme, señor, protéjame! Oh, cuán desgraciada soy!

Ordenó el coronel que se retirasen todas y que buscaran á la vieja Reyes, para que inmediatamente fuera allí; en seguida se aproximó á la joven y tomándola de una mano la llevó á la ramada que ocupaba, la hizo tomar asiento y con voz de convicción la habló serena y suavemente.

—Repóngase, que yo la prometo á fe de caballero que seré para usted nada más que un hermano, cuidándola como tal hasta que veamos lo que haya que hacerse, después que me informe de las circunstancias en que está.

El asistente sirvió el café para el coronel y la joven viuda, y mientras estaban tomándolo y conversando, llegó la vieja Reyes.

—Mira, viejita, tu hijo está bueno y puede prescindir de tus cuidados por unos días, que es necesario que los consagres á esta desgraciada joven. Es necesario que la consideres como si fuese mi hermana, lo que quiere decir que deseo que la cuides como á la niña de mis ojos.

—Así se hará, mi coronel, y qué donosa que es la pobrecita.

—Barreda, dijo el coronel á su asistente, momentos después al ir á recorrer la línea para ver al general en jefe, te quedas de guardia aquí, y al primero que quiera faltar á esta joven que está bajo mi protección, le arreglas cuentas en debida forma.

—Sí, mi coronel.

El pobre coronel tuvo que hacer de guardián durante ocho días. Cuidaba á la viudita con todo esmero y respeto; le plantaba su tienda de campaña al lado de la suya. Ella dormía con

la viejita Reyes, y el coronel con la responsabilidad que se había echado encima. Cumplió lo que prometiera, y presentándose á los ocho días una oportunidad para mandarla con toda seguridad á su familia en Querétaro, lo hizo con todo esmero y precaución. Al año la vió allí el coronel, libre ya de todo voto.

No era una belleza extraordinaria como la suponían las soldaderas, pero no dejaba de ser mujer bonita é interesante, por lo afable de su conversación y lo elegante de sus modales. Lo que sí hubo de extraordinario, según los compañeros alegres del coronel del Zaragoza, fué la flema de él, que no dudamos se la tendrán en cuenta cuando le arreglen los muchos tropezones que ha dado en su larga vida de soltero.





La prisión militar

Como el hecho de ser soldado y estar sujeto á una inflexible disciplina no destruye la tendencia humana de faltar á las leyes, claro está que á pesar de la disciplina y vigilancia se cometen en el ejército muchos pecadillos, siendo algunos trasgresiones tan crecidas de las Ordenanzas, que hay que enjaular y enjuiciar frecuentemente á los individuos pertenecientes á tan respetable ó respetada corporación: de ahí la necesidad de las prisiones militares, que fueron imprescindibles cuando aún se gozaba de los fueros militares.

Ellas existen en Europa en la época actual, y son edificios construidos expresamente para ese fin, ó bien los sentenciados son enviados á las fortalezas. Las prisiones militares de los antiguos son desconocidas, y debemos suponer que serían las mismas que las de los demás ciudadanos. Sabemos que los hebreos usaban las cisternas secadas como calabozos, y aunque poco menciona la Biblia sobre cárceles, es de suponer que sea á causa de que los judíos eran partidarios decididos de la pena de muerte, que aplicaban pródigamente. Los egipcios usaban las pirámides y los sepulcros; los griegos aprovechaban los subterráneos de las

minas, pero también tenían edificios á propósito; los romanos poseían sus cárceles y calabozos, utilizando igualmente las canteras abandonadas; y en la edad media, y aún después de ella, han gozado de renombre las prisiones de Europa, tanto por su abundancia como por la crueldad allí ejercida: recuérdese no más los plomos de Venecia y los calabozos de la *Santa Inquisición*.

Se nos ha ocurrido lo anterior al pensar que en esta parte, Méjico tenía algo de extraordinario allá por el año 1869, y que nos hace creer que sería único en su género: la prisión militar de la capital era un convento de monjas. Afortunadamente para la religión católica y para la moral pública no había monjitas allí, pues éstas como todas las demás de la República se habían ido á sus casas ó á otras partes, como lo hicieron los innumerables frailes después de la guerra de la Reforma en 1858, en que fueron suprimidos todos los conventos.

Los edificios pasaron á ser propiedad nacional; unos fueron rematados y otros reservados por el Gobierno para usarlos como cuarteles ó depósitos; el convento de monjas llamado de *San José de Carmelitas descalzas* cuando se fundó, vulgarmente conocido por *Santa Teresa la Antigua*, para distinguirlo de otro fundado posteriormente con el nombre de *Santa Teresa la Nueva*, fué destinado á prisión militar. Era un soberbio edificio como todos los de su clase en la capital de Méjico, y ya que vamos á hablar de algunas escenas que allí pasaron, nos parece natural que reseñemos someramente la historia de su fundación.

A fines del siglo diez y seis había en el convento de Jesús María dos religiosas, Sor Inés de la Cruz y Sor Mariana de la Encarnación, que entusiasmadas con la lectura de las obras de Santa Teresa, siguieron en su propio convento las reglas de aquella ardiente escritora ascética. Estas religiosas trataban á

un ricacho de Méjico, el que sabiendo naturalmente los propósitos de ellas, se determinó á fundar un convento de Carmelitas descalzas, para lo cual donó sus casas que estaban en el sitio que ahora ocupa el edificio, y sus demás bienes á favor del convento, obteniendo del Papa el permiso necesario para establecer en ellas la capilla, y que allí se recibieran las dos monjas mencionadas. Como estos asuntos eran cosa grave en esos tiempos, y necesario su festejo con toda la pompa y solemnidad que el caso requería, hubo fiestas y ceremonias que conmovieron á aquel pueblo tan devoto.

Dice el cronista de ese hecho memorable que el 1.º de Marzo por la mañana pasaron al convento de Jesús María los señores virrey y arzobispo, el obispo de Michoacán, la Real Audiencia, tribunales y ambos cabildos. El arzobispo hizo llamar á las dos religiosas, las disolvió la clausura, y las sacó de su antiguo convento. Acompañadas de todo el concurso, las condujeron en coche á la santa iglesia catedral, donde asistieron á la misa mayor que celebró de pontifical el señor arzobispo, y acabada se hizo solemnemente el sorteo de la advocación que se había de dar al nuevo convento, que *repetidas veces salió siempre el señor San José*. Así lo asevera el cronista, con lo cual nos enseña que se hacía más de una insaculación, y queda demostrado que el paciente esposo de la virgen María se mostró tenaz en querer ejercer su protección en las futuras monjitas del nuevo convento.

En seguida se emprendió á pie una procesión en que iban las dos fundadoras, llevando cubierto el rostro con tupido velo negro, siendo llevadas de las manos por sus madrinan, que eran nada menos que las dos hijas de los virreyes. El augusto Sacramento lo llevaba en las manos el arzobispo. Al llegar al nuevo convento entraron en la clausura acompañadas de la

virreina, sus hijas y familia. Se colocó el divinísimo en la iglesia, y ya dentro de ella mandó el señor arzobispo á las dos religiosas, que se levantarán los velos, y descubriendo los rostros diesen las gracias á los señores virreyes y á todo el concurso que las había acompañado, con lo que se concluyó la función.

El muy *tilingo* de cronista nos deja aquí trunca la relación, porque á pesar de haber visto á las monjitas con el rostro descubierta, nada nos dice de él para hacernos saber si eran feas ó bonitas, viejas ó jóvenes, gordas ó flacas, blancas ó trigueñas, y tantas otras cosas que se ven en una cara. Pero, se le puede perdonar esa omisión en agradecimiento de otras cosas que relata, por ejemplo, por lo que nos dice que al salir ya de la clausura la señora virreina con sus hijas y comitiva, una de las damas no quiso salir y se quedó, diciendo que quería ser monja carmelita, lo que pidió con tanta instancia y fervor, que el señor arzobispo se lo concedió y le vistió el hábito, siendo la primera que se recibió en éste y se llamó sor Beatriz de Santiago, y murió en él llena de virtudes y años.

En la iglesia está la capilla del Señor de Santa Teresa, conocido hoy como el del *Señor del rebozo*, y que allí desempeñó durante dos siglos el mismo oficio que el *Señor de los milagros* ejercía hasta hace pocos años en Santiago de Chile, el de correo, ó mejor dicho, estafeta ó buzón de correo. El *Señor del rebozo* es un Cristo clavado en la cruz, muy parecido á todos los de su clase; está tallado en madera y lo cubre un pequeño tul adornado con finísimas randas. Hasta ahí nada tiene de extraño, pero lo que llama la atención de todos, es un rebozo que le han echado sobre las espaldas, que en sí no es extraordinario por ser un rebozo común. ¿Qué ha motivado tan inusitado adorno en un Cristo crucificado?

He aquí lo que cuenta la tradición y que repetimos sin co-

mentarios porque no vienen al caso. Á principios del siglo diez y siete hubo en dicho convento, una monja tan devota del Señor y tan fervorosa en su adoración, que á fuerza de tanto rezar, ayunar y flajelarse, postró á su ya débil cuerpo, de tal manera, que al fin no pudo levantarse del lecho. La desdichada sufría más que por sus dolencias físicas, por la privación de no poder ir diariamente á la capilla para hincarse á los pies del Señor crucificado y dirigirle sus acostumbradas oraciones. Tanto debió sufrir y tan santa debía ser, que el Señor Jesu-Cristo se condolió de ella al extremo de que después de media noche se desclavaba de su cruz, salía de la capilla y atravesando los patios y corredores del claustro se dirigía á la modesta celda de la afortunada monja, penetraba en ella y pasaba dos ó tres horas allí, conversando y consolando á la paciente.

Una de esas noches, cuando iba á salir el Señor para volver á clavarse pacientemente á su cruz de la capilla, vieron que estaba lloviznando, y la monjita, temerosa de que atrapase un resfrío, le prestó para cubrir sus espaldas el rebozo que tenía en su celda. Á la mañana siguiente vieron todos al Señor con tan extraño atavío, y ya se iba á declarar que era una profanación el hecho de haberle puesto un tapado semejante, cuando intervino la santita de la monja confesando lo acaecido, con lo cual se convirtió en milagro lo que al principio estuvo por ser considerado como un sacrilegio.

Pero lo que calla la tradición es el origen del buzón puesto al pie de la cruz, donde se echaban cartas con sus limosnas correspondientes, y en las que se le pedían favores y se le hacían confidencias y consultas que eran contestadas á los tres días.

Quién fuera tan afortunado para poder poseer una de esas cartas-contestación, aunque más no fuese que como un autó-

grafo celestial!; pero ya no es posible obtenerlas, pues los liberales dieron fin á esa correspondencia, como dieron con los diezmos y primicias de que tan bien disfrutaba el clero mejicano, tan rico y poderoso en época anterior.

Pero volvamos á la prisión militar de que la iglesia no formaba parte. En la época á que nos referimos había muchos presos, no sólo por faltas correspondientes al fuero militar, sinó que allí habían ido á parar los militares presos por delitos políticos; de ahí que se vieran en esos claustros y corredores á cuatro generales y varios oficiales superiores, todos ellos en una parte del edificio; en la otra estaban los capitanes y demás subalternos de la clase de oficiales. Estos trataban de pasarlo del mejor modo posible, en lo que eran ayudados por su juventud; tenían sus juegos y bailes, y hasta habían formado una asociación titulada *La hermandad del secuestro corporal*, liga que no tenía más objeto que divertirse á costillas del último que cayera en *la capacha*.

Cuando llegaba un nuevo preso encontraba casi siempre algún amigo ó conocido entre los enjaulados, y éste le servía de *cicerone* en su nuevo alojamiento, dándole cuenta de la clase de vida que se llevaba, y le pintaba con más ó menos verdad el carácter de sus actuales compañeros de guarnición forzada y sin servicio. En medio de los detalles que le daba le hacia saber que se había formado por la mayoría una asociación, especie de francmasonería, que indudablemente reportaba muchos beneficios á los asociados, aconsejándole que se hiciese miembro de ella. Para ser admitido bastaba que uno de ellos respondiera de su conducta honorable, como militar y caballero, limitándose lo demás á que el iniciado hiciera un pequeño gasto para obsequiar á los demás con *algún refresco*, pero que en cambio se diver-

tían muchísimo en la recepción que era uno de los más gratos pasatiempos que allí se proporcionaban.

Todos aceptaban y pedían ser propuestos comprendiendo que no les convenía vivir aislados entre tantos oficiales compañeros; así es que ese mismo día se citaba á toda la hermandad para la recepción que en la noche se haría del neófito.

Tenía la hermandad un padre guardián, que lo era entonces un capitán de caballería, de quien se podía asegurar que si el rango fuera posible ya habría sido general en travesuras, siendo fundador de la institución sagrada, como la llamaba; había el padre leguito que era el limosnero mayor, y para cuyo empleo se escogía al más robusto de la cofradía; el padre dispensero, el padre tesorero, y una porción más de títulos de corte más bien que de convento.

Llegada la noche y al toque de la campana que manejaba el padre repicador, golpeando una cacerola con un mazo de madera, iban saliendo de las celdas los iniciados, con aire grave y silencioso, envueltos en largas sábanas, uno de cuyos extremos tenía un durísimo nudo grande que formaba la punta de la especie de capucha que cubría la cabeza, llevando como cordón de cintura un pedazo de cuerda de respetable espesor. Inclínada la cabeza y sin atropellarse entraban al refectorio uno á uno, y no habiendo allí ni un sólo mueble se sentaban en sus cillillas formando rueda.

—Hermanos del secuestro! decía el padre guardián con vocavernosa, hijos del dolor y de la desolación! mártires sublimes de la mala interpretación de las Ordenanzas militares, y pacientes víctimas de bárbaras é inclementes sentencias! oremos!

Al pronunciar la última palabra se golpeaba el pecho é imitaba el murmullo particular producido por un rezo de rosario

dicho entre dientes, y acompañado de suspiros. Todos á una lo imitaban con más fervor, y los suspiros que daban eran capaces de haber enternecido á los jueces que allí metieran á esas víctimas del rigor de la disciplina militar; y si la fuerza unida de los golpes de pecho hubiera caído sobre la cabeza de los jueces y fiscales militares, no habrían necesitado de su repetición para marchar al otro mundo en derechura.

Pero en medio del ruido uniforme producido por las voces, se dejaba oír alguna que pronunciaba palabras excepcionales, pues no se las podía considerar como emanadas del sentimiento de resignación cristiana.

—Tengo encima un año de prisión, pero cuando salga le he de meter un jeme de acero en el cuerpo al canalla del fiscal de mi causa.

—Tribulación! tribulación! exclamaba el padre guardián levantando ambas manos sobre su cabeza, y gesticulando lleno de espanto.

—Tribulación! tribulación! repetían á una todos los cofrades, tal como repiten en un corral todos los pavos el *cló, cló, cló* que lanza al aire alguno de ellos que está haciendo la rueda, y mirándose lo que le cuelga sobre el pico.

—Padre leguito, quién es el hermano que falta al respeto á la santidad de este lugar y á la sublimidad de la oración penitente?

—Es el hermano Serapio, reverendo padre guardián.

—Levántese ese pecador empedernido, en cuyo corazón hierve de continuo el espíritu perverso de la venganza, tan contrario á la humildad cristiana y á los preceptos de nuestra institución, que mandan que si á uno de nosotros nos pegan una bofetada bien plantada en la megilla, lo que debemos hacer es darnos vuelta con toda modestia dando la espalda al que nos ha gol-

peado con la mano, á fin de que, sin dificultad, nos aplique un puntapie donde el creador en su inmensa sabiduría no nos ha colocado la nariz.

El hermano Serapio se levantó cruzado de brazos y en actitud de unción y arrepentimiento.

—Que se arrodille en el centro de la rueda, ese pecador recalitrante, y que el hermano despensero le aplique cuatro pellizquitos.

El sentenciado cumplió el mandato y aproximándosele el que iba á ser ejecutor de la sentencia le dió un beso en la frente, y en seguida entrelazó los dedos de ambas manos y con ella le dió cuatros morrudos golpes en la cabeza, haciéndole tambalear á cada uno de los tales pellizquitos. Ejecutada la sentencia se levantó el hermano Serapio y se fué á hincar delante del padre guardián pidiéndole su absolución, la que le fué concedida con frases que no podían menos que hacer reír á todos los oyentes. Esto produjo otras *tribulaciones!* y diferentes castigos, de los que recordamos algunos.

—Padre Largucho, aplíqueme seis sentaditas al hermano Tragón, y déselas reciamente, pues es demasiado favorecido con abundantes carnes para que le cause mucho dolor el castigo impuesto á su lengua procaz.

Los nombres conventuales de los dos dan una idea de lo que eran físicamente: el primero un álamo y el otro una botija. Sentóse el hermano Largucho en el centro de la rueda formando una especie de N con sus piernas y la caja del cuerpo, en seguida se le sentó sobre la rodillas el hermano Tragón colocando sus pies sobre los de su cofrade, quien le tomó las dos manos y se las retuvo contra las rodillas de éste.

— Hermano Largucho, dad principio á las sentaditas y no temáis romperle las narices; una, dos, tres! dijo el padre guardián,

y junto con la última palabra abrió la piernas el ejecutor, dándole con violencia por descanso el suelo al pobre Tragón, que por amplia y pródigamente que estuviera favorecido por la naturaleza, no dejó de sentir el cambio súbito de asiento. La operación se repitió seis veces, produciendo la hilaridad de todos, lo cual hizo que faltara el hermano portero, que fué sentenciado á servir de escritorio sobre el que escribiría la sesión el hermano archivero; y el hermano boticario tuvo que servir de púlpito cuando predicó el hermano Lengualarga.

Hincóse el portero y doblando el cuerpo se puso de cuatro pies y arrodillándose el archivero á su lado sacó de debajo de su sábana un diario que á golpes extendió sobre la espalda del paciente, haciendo el movimiento de querer poner un tintero sobre aquella parte de la espalda que por decencia cambia de nombre, y sacando de un bolsillo un pedazo de palo en cuya extremidad se veía relucir la punta de un alfiler, hizo el aparato de cortar una pluma probando en la uña del pulgar izquierdo la resistencia del corte hecho. Calóse un par de anteojos y puso manos á la obra de levantar el acta con la mayor circunspección, pero con marcada rapidez en la escritura y frecuente repetición de mojar la pluma en el supuesto tintero; el lector se puede imaginar fácilmente lo desagradable que al pobre escritorio le sería cada mojada de pluma, pues se encojía de cuerpo y soltaba un quejido lastimero que terminaba con un suspiro tembloroso.

Llegado el momento del sermón, tomó el hermano boticario la misma postura que tuvo el archivero, y colocado á su lado el Lengualarga pronunció el más desatinado sermón que jamás haya podido predicarse en un púlpito, con lo que quedó asegurada su reputación de haber sido colosamente estrafalario; pero hay que agregar que sus brazos se agitaban como movidos por

la furia de una aterradora conmoción, y el huracán de golpes que caía sobre el desgraciado púlpito, retumbaba como golpes sobre el parche de un bombo.

Concluyó el sermón con una oración parecida á la primera.

—Padre leguito, salid acompañado de dos cofrades, dijo el padre guardián una vez terminado el rezo, y recorred la población á recolectar una piadosa limosna para este pobre convento, mientras que aquí os esperamos en silenciosa meditación.

Salió el leguito con sus acompañantes y la cofradía quedó en un profundo silencio. No habían transcurrido cinco minutos, cuando se oyó un lamento salvaje y sollozos desesperados, apareciendo los acompañantes del leguito con aspecto de desolación.

—Reverendo padre guardián! vociferó uno de ellos, el hermano leguito ha muerto de un patatús!

—Qué nos contáis? qué desgracia! y cómo ha acontecido hecho tan grave y doloroso?

—Entramos á la trastienda de una fiambrería conocida á tomar un ligero lastre, pero se le fué la mano al hermano leguito, tanto en lo sólido como en lo líquido, y se quedó sofocado después de un corto pataleo.

—Que vayan los hermanos archivero y boticario acompañados de vosotros y que conduzcan el cadáver de nuestro infortunado hermano, víctima del imperdonable pecado de la gula.

Salieron los mencionados regresando al poco rato y trayendo en forma de X al muerto, lo colocaron sobre las espaldas y en esa misma postura en el centro, volviendo ellos á ocupar su puesto en la rueda. Mandó entonces el guardián que todos se despidieran fraternalmente del difunto por orden, de derecha á izquierda, dando él comienzo á la ceremonia, que consistía en hincarse entre las piernas del cadáver, extender los brazos para

colocar las manos en el suelo cerca de la cabeza é inclinarse para depositar un beso estrepitoso en la frente del hermano que había sucumbido víctima de su desordenado apetito. Todo pasó tranquilo hasta que llegó el turno al recién propuesto, pues cuando se hincó, notóse que todos los hermanos desprendían el morrudo cordón que ceñía sús cinturas, á punto que el infortunado neófito iba á besar la frente del leguito; le estrechó éste el cuerpo con sus hercúleos brazos y con las piernas le enredó las suyas, dejándolo sin movimiento.

Como tocados por un resorte se levantaron los de la rueda y principiaron á hacer llover una tunda de azotes sobre la inocente víctima. Cuando el guardián juzgó conveniente dió la voz de mando suspendiendo la azotaina, y una vez que se hubo levantado el neófito, fué abrazado con la mayor efusión por aquellos mismos que habían hecho ejercicio muscular sobre su pobre cuerpo.

—Ahora, compañeros, dijo el capitán, vamos á cenar y á beber por el nuevo cofrade de la *Hermandad del secuestro personal*.





Víctima del amor

EN el año 1866 estaba en el Estado Mayor de la División del Norte el mayor García de ayudante, hombre joven, como de treinta años, era mirado y recibido por todos con placer, no sólo por sus cualidades militares y su trato social como caballero, sino también por llevar consigo la alegría donde quiera que estuviese. Sabía de memoria más versos que deudas tienen nuestros gobiernos hispano-americanos, y de continuo cantaba danzas habaneras con entonación correcta y gracia particular. No dejaba, por lo demás de ser simpático á las mujeres, pues era bien parecido y elegante, sentándose á caballo con gracia, poseyendo un metal de voz atrayente y teniendo aquella verbosidad fluida que tanto gusta en sociedad, y más cuando se salpica la conversación con lo que se llaman *buenas ocurrencias* y *salidas espirituales*, que por cierto, no le faltaban ni durmiendo.

Como todos los militares tenía su lado flaco, el amor; él mismo lo decía, padecía de sed crónica de amar y ser amado, aunque nadie le creía la primera parte, pues hacía la corte á dos y á tres á la vez, y á cada una con el mismo fervor, olvidándolas después con la misma facilidad con que se había sentido

atraído y subyugado. Tenía relación afectuosa con todos en general, pero distinguía con la más sincera amistad al coronel del batallón Zaragoza, á quien confiaba sus cuitas y con quien saboreaba sus dichas. “ Si alguna vez me enamoro indiscretamente, le decía al coronel en cierta ocasión, me casaré y tú serás mi padrino. ”

Entre las casas que visitaban los dos amigos en Reynoso, donde estuvo la tropa dos meses, había una que frecuentaban con más asiduidad, porque allí pasaban las noches con mayor placer que en cualquiera de las otras de sus relaciones. Esta casa pertenecía á un coronel emigrado, que había luchado en la gran guerra de secesión, donde perdió su tiempo, y también la mayor parte de su fortuna; y como tenía algo de terco, rehusaba volver á su patria porque no quería prestar el juramento de sumisión al Norte vencedor.

La familia la componía él, un hijo jovencito, y dos preciosas hijas; la mayor, Isabel, tenía veinte y un años, y Sara la segunda, contaba diez y nueve. Ambas tocaban el piano y cantaban, así es que allí estaban en su elemento el coronel y el mayor, y nada tenía de extraño que el padre de las niñas les recordara á veces la hora á los dos melómanos.

El coronel se daba más con el padre porque era hombre ilustrado y lleno de un talento claro y vivo, sin más debilidad que su fanatismo por la causa de la Confederación, y su odio contra los abolicionistas yankees. Perdonaba al coronel del Zaragoza, y esta excepción la hacía porque no era nativo de los Estados Unidos, y también porque se encontraban fuera de allí. Isabel buscaba la sociedad del coronel hispano-americano, porque profesaba sus mismas ideas respecto de la esclavitud que, según ella, la detestaba porque no le agradaban los malos olores. To-

cando bastante bien el piano no gustaba tomarse la molestia de pasar horas en un estudio mecánico y gozaba en tocar á primera vista, aunque muchas veces defectuosamente, las piezas de los grandes maestros arregladas para cuatro manos.

La otra señorita, Sara, prestaba más atención al mayor, con quien cantaba á duo, y el que la hacía reír á cada momento con sus ocurrencias chispeantes. Por la mañana solían hacer los cuatro unos largos paseos á caballo, con aquella hermosa y noble libertad que conceden las costumbres norteamericanas, y como la cosa más natural se formaban dos grupos inseparables; el coronel é Isabel, el mayor y Sara.

En uno de esos paseos le dijo Isabel á su acompañante:

— Coronel, quiero tomarlo por confidente respecto de la *flirtación* de Sara con el mayor, y quiero que me ayude á evitar que eso siga adelante por parte de su amigo.

— Qué, no le gusta á usted mi compañero?

— Todo lo contrario, pero hay una cosa que debe impedir que llegue á sentir seriamente un afecto profundo por mi hermana, pues ha de saber que dejó un compromiso en Richmond, y aunque después de la toma de esa ciudad por el ejército unionista, no hemos sabido sino de oídas algo de su novio, que fué teniente coronel de los sudistas, no sería extraño, que si aún no se nos ha unido para reclamar la promesa dada, sea tan sólo porque ignora donde estamos; es hombre de carácter y también de fortuna.

— Dígale á Sara que no debe jugar con García, que lo desengañe, pues se está apasionando de ella, y como ya me lo ha dicho, esta vez es sin criterio alguno y por lo tanto se casará al terminar esta campaña si ella se decide á ello como lo espera.

— Ahí está el mal, mi amigo; se lo he dicho á mi hermana,

la he recordado su compromiso, y por consiguiente la he afeado el hecho de andar *flirtando* tanto con García.

— Qué ha contestado ella?

— Qué estoy predicando en desierto, porque cree que su novio la ha dejado, pues nada influye en su espíritu para que se le quite el despecho que siente por lo que ella considera que es un abandono, imperdonable en un hombre á quien tanto ha querido. Además, se siente contenta al lado de García; últimamente la dijo mi padre que parecía que olvidaba á su novio, y ella le contestó que nada de extraño había en que de su corazón se hubiese borrado la imagen de quien con ella se mostrara tan olvidadizo.

— Le diré todo al compañero y allá se las arregle, pues creo como usted, que no sería raro que el día menos pensado se presente el otro á reclamar su compromiso; tampoco dudo de que en Sara despertará su sola presencia todo el amor que le ha tenido, pues no creo que haya dejado morir su afecto, sinó que ahora lo sofoca su amor propio ofendido, sintiéndose halagada por el asiduo galanteo de García.

Todo siguió tranquilo su curso natural, y á los dos meses de permanencia, se preparó la División para marchar contra el enemigo que avanzaba á unirse con otra fuerza que salía de Matamoros; la primera llevaba un convoy con novecientos mil pesos plata acuñada, y la otra uno inmenso de mercaderías finas.

La noche, víspera del día de partida, estuvieron los dos amigos en casa de Isabel y Sara hasta las doce, y habiendo una preciosa luna llena, se pasearon largos momentos por el jardín, gozando del hermoso ambiente y dando rienda suelta y vuelo completo á la efusión de sus corazones. La despedida fué placentera predominando en las últimas frases la esperanza

de verse pronto, y envueltos en un luminoso efluvio de dicha.

Al llegar el coronel á su alojamiento con la santa y loable intención de acostarse á dormir como un inocente que se ha fatigado corriendo y divirtiendo, le dijo el mayor que deseaba hablarle y comunicarle su felicidad, que era inmensa.

—No dudo que será más colosal que las pretensiones de los tontos infatuados, pero déjalo para mañana, pues ahora tengo mucho sueño. Todo me lo referirás durante la marcha, y ello nos servirá de entretenimiento.

Al rayar el día siguiente emprendió la marcha la División con todos los jefes en sus puestos, llenos de entusiasmo, porque sabían que antes de una semana vendrían á las manos con una de las divisiones enemigas. Nadie dudaba que la suerte les fuera propicia y el triunfo que alcanzasen completo y de resultado decisivo, después de lo cual se principiaría sin tardanza á tomar las medidas exigidas para dirigirse hacia Querétaro, y en seguida á la capital de la República.

La alegría rebosaba, manifestándose por medio de cantos y de risas producidas por las ocurrencias y bromas que abundaban entre aquellos soldados, que no ignoraban que muy pronto no volverían á reir muchos de ellos, puesto que era seguro que la muerte les arreglaría la cuenta. Pero así es la vida militar: el verdadero veterano marcha al combate sin pensar en la muerte ni en cosa alguna que sea desagradable, y creemos firmemente que muchos esperan una batalla con los mismos sentimientos de placentera expectativa con que una joven espera el anhelado momento de ir á un baile, por tener la convicción de que va á divertirse mucho.

La clase de tropa de la raza hispano-americana siente placer en el combate, es inherente á su individualidad ese deseo de combatividad que tantos males ha producido en nuestras re-

públicas, y que tanto ha hecho en descrédito nuestro. Los oficiales tienen otro móvil, egoísta si se quiere, pero lógico en todo: es su carrera, y los combates son los que favorecen los ascensos que desean todos, naturalmente. El deseo de obtener el grado inmediato los hace aparecer á veces como insensibles á las desgracias de los demás, pero es claro que esto no es más que consecuencia forzosa de la ley militar: si no hay vacantes no hay ascensos. Así se explica perfectamente la frase de un teniente al ver caer con el cráneo destrozado á su capitán: "Pobre mi compañero, ha caído muy temprano, y ahora ¡á los tres galoncitos!" con lo que manifestaba el deseo de distinguirse para obtener el ascenso á capitán en reemplazo del muerto.

Acampó la tropa tras una jornada de ocho leguas, preparándose todos á tomar su rancho y en seguida recostarse para echar una grata siesta. El coronel del Zaragoza estaba ya instalado y se iba á sentar para tomar su almuerzo, después de haberse sacudido el abundante polvo con que había sido cubierto, cuando se le apareció el mayor García con aire precipitado.

—No vengo á comunicarte orden alguna, fué lo primero que dije, olvidando hasta el saludo; vengo á almorzar contigo y á manifestarte después del almuerzo todo lo que anoche no quisiste oír, portándote como un egoísta, indiferente á la felicidad de un amigo.

—Te voy á prevenir una cosa, García, y es que si quieres hacerme confidencias hazlas durante el almuerzo, porque inmediatamente de terminarlo me voy á dormir la siesta, que durará por lo menos una hora, pues estoy de jefe de día y tendré que salir en seguida á recorrer el campamento, é ir á ver al jefe de Estado Mayor y al general en jefe.

Está bien, señor marmota, conforme almuerce me voy á

pedirle permiso al general para acompañarte como ayudante cuando recorras los cuerpos. Me ahoga todo lo que tengo que confiarte, y estoy seguro que vas á sentirte feliz al saber los por-menores de mi amor por Sara.

-- Vamos á almorzar y déjame de asuntos de amor, que harto tengo con mis propios sentimientos para necesitar oír los arrullos tuyos.

Dos horas después andaba recorriendo las líneas el coronel acompañado de los ayudantes de servicio y del mayor García. Como nada había de extraordinario en el campo se hizo tranquilamente la inspección, dándose tan sólo las órdenes propias del caso, así es que el mayor aprovechó de todo el tiempo para referir á su amigo la última escena que había tenido lugar en el jardín de la casa del coronel sudista.

— Así pues, terminaba García, te resumiré en pocas palabras lo convenido. Primero y principal: Sara me ama y yo la adoro *indiscretamente*, lo que quiere decir que nos casaremos, pues por lo que hace á su antiguo compromiso lo considera roto, y en su corazón no hay sinó desdén por el hombre que ha sido capaz de olvidarla faltando á un solemne compromiso. Segundo: nos casaremos así que sea teniente coronel, lo que será sin duda alguna al terminarse esta campaña. Tercero: que no perderemos oportunidad de escribirnos largas y cariñosas cartas; y por último, la he prometido distinguirme entre todos, y que he de arrancar con mis propias manos una bandera al enemigo. Ya sabes todo lo principal, y aquello que me reservo te lo comunicaré el día de la batalla. Adios!

Estaba la División en los campos de Santa Gertrudis, cuatro días después de esta conversación, y á corta distancia de la enemiga que conducía el gran convoy de Matamoros. Se pasó

la noche sobre las armas esperando el día para marchar sobre ella, que no podía moverse con seguridad á causa de ser tan pesado el convoy. El general republicano había hecho un movimiento estratégico y atrevido, que le permitió escojer el terreno para dar la batalla en circunstancias favorables.

A eso de las nueve de la noche se presentó al coronel el mayor García.

—Sólo tengo diez minutos para hablarte, pues estoy de servicio. Mañana nos desayunaremos con pólvora, plomo y acero, y bien pudiera darme una indigestión que me llevara al otro mundo, así es que vengo á pedirte que llesves sobre tu cuerpo este paquetito: contiene el retrato y las cartas de Sara, porque al fin á ti no te han de matar, pues eres como la salamandra para el fuego. Si caigo para todo el viaje devuélveselas, pudiendo asegurarla que mi último suspiro lo habré lanzado pensando en ella.

Dióle al coronel el paquetito, éste prometió cumplir el encargo, pero no sin hacerle algunas bromas.

—García, creo que me das una comisión que no se realizará, puesto que no has de caer, por aquello de que cosa mala nunca muere.

—Es precisamente por esa consideración que te constituyo guardián seguro de esas prendas.

En seguida se despidieron riéndose.

La noche se pasó tranquila sin más movimiento que el producido por los guardias y escuchas, y una hora después de aclarar el día dió principio el batallar. En momentos en que el ala izquierda de la división republicana cedía en parte á la presión ejercida por las tropas imperialistas, se fué á la carga el centro guiado por el coronel del Zaragoza, que iba á tener que habérselas con los austriacos mandados por el coronel Hahn, repu-

tado oficial. En ese instante y estando como á doscientos metros las dos líneas, la imperial firme y marchando á paso de ataque la republicana, se acercó el mayor García al coronel y le dijo:

— La tropa austriaca que está á tu frente tiene flameando una bandera: con tu permiso la voy á arrebatár.

— No te permitiré adelantarte mientras no estemos por cruzar las bayonetas, lo que pronto llegará á suceder.

De pronto suspendió sus fuegos la línea de los austriacos y se oyó distintamente la voz de carga mandada por su coronel. Un momento semejante es de los más solemnes para una tropa: cruzar bayonetas no es cosa que se ve en todos los campos de batalla, pero allí iban á chocar dos jefes que sabían que sus tropas eran capaces de eso y de algo más. De pronto sintió el coronel del Zaragoza un tiro á su espalda y al mismo tiempo vió caer del caballo á su contrario: un sargento del batallón se había parado un instante, echado su rifle á la cara, y apuntando serenamente había dado muerte al coronel Hahn. Casi simultáneamente atravesó al galope el mayor García dirigiéndose al punto en que flameaba la bandera austriaca, cantando á voz en cuello una danza cuyas estrofas decían:

“ Jesús, qué miedo me dan tus ojos
Cuando me miras con tal desdén,
Depón, hermosa, celos y enojos,
Que esa mirada no te está bien
Si tú me dieras
Un sólo beso
Con esa gracia
Que tienes, tú,
Te diera en cambio,
Cual rico Creso,
Cuanta riqueza
Tiene el Perú. ”

No acabó de cantar la dancita, pues al aproximarse á la bandera, la escolta de ella bajó sus armas, metiéndole en el cuerpo ocho balas de rifle Minié.

La victoria fué completa y rico el botín, muchos los muertos y heridos, y grande el número de prisioneros. En medio del regocijo general, hubo muchos á quienes el triunfo había privado de uno ó más amigos, hecho que todos consideraban como lo más natural del mundo. Los oficiales fueron enterrados, y los cadáveres de la tropa de uno y otro partido, amontonados en grandes pilas entregándolos al fuego, durando unos tres días la cremación.

Habían pasado algunos días desde aquel en que se diera la batalla, y no habiendo temor de enemigos ni operaciones activas que ejecutar, pidió permiso por tres días el coronel del Zaragoza para ir hasta Reynoso y cumplir la dolorosa misión que le confiara su amigo el mayor García. Montó á caballo y seguido de un ayudante y dos asistentes emprendió rápidamente la jornada, llegando á las diez de la noche á su destino. Hizo su policia personal y se dirigió á casa de su amigo el coronel sudista, á quien nada había comunicado de lo sucedido en el ejército. Estando cerca de la casa oyó música, era una charanga que tocaba una polka, y al llegar frente á la casa de Isabel y Sara, vió que allí era la fiesta.

Dolorosa fué la impresión que recibió, no pudiendo menos que detener el paso y ponerse á pensar en lo que debía hacer; pues eso de ir á comunicar una tristísima nueva á un hogar en que el contento estaba en todas partes, no era asunto placentero. Por fin se resolvió á entrar á la casa y comunicar la mala noticia según se lo indicaran las circunstancias, tratando de que fuese del modo más conveniente para evitar trastornos.

Fué recibido á la entrada por el jefe de la casa, quien le manifestó la mayor cordialidad al saludarlo; después de cambiadas algunas palabras le dijo que había sabido el fin trágico del mayor, pero que sus informes eran de que había muerto gloriosamente.

—Es lástima que haya concluido tan pronto su carrera, pues era un hombre de porvenir: pero es sabido que esos golpes son gajes del oficio. Las niñas lo han sentido muy de veras, y en particular Isabel, pues Sara ha estado muy ocupada con su novio que hacía cuatro días que había llegado, cuando recibimos la noticia de la dolorosa muerte de nuestro alegre amigo.

—Ah! con que ha llegado el novio de Sara, que tanto tiempo guardó silencio sobre su persona?

—Si, al pobre le habían pegado dos balazos que casi le causaron la muerte, el mismo día de la rendición de Richmond; estuvo tres meses en un hospital, é ignorando por completo donde nos habíamos dirigido después de nuestros desastres. Cuando pudo, no descansó ni un momento para ponerse en movimiento y averiguarlo, y conforme lo supo, arregló sus asuntos y se vino á vernos y á llenar su compromiso, el cual se ha efectuado hoy y lo estamos festejando. Yo espero que nos acompañará usted en el regocijo.

El coronel sintió que su corazón latía con precipitación, y su espíritu fluctuaba entre un pensamiento y otro; por fin se resolvió á entrar y hablar con Sara, para devolverle su retrato y cartas. En eso salióle al encuentro Isabel tomándolo del brazo, y mirándolo con ojos empañados por las lágrimas:

— Oh! mi amigo, por qué ha tardado tanto? yo lo esperaba inmediatamente después de la batalla. Qué contratiempo para usted y para mí, haber llegado en momentos de esta fiesta! tenía tanto que decirle para que no juzgara mal á mi hermana Sara,

y ahora no es posible que estemos solos para poderme desahogar. Pobre García, tan noble y cariñoso!

—Traigo para Sara un encargo de él; tengo que entregarla el retrato que le dió á mi amigo, y también las cartas que le escribió.

—No la vea ahora, por Dios, y si lo hace nada la diga de García. Así lo hará, no es verdad, mi buen amigo?

—Bien, Isabel, tome el paquetito y usted lo entregará cuando lo crea oportuno; yo me voy, pues me siento ahogar. Mañana vendré á visitarla y á despedirme, si es que no me hace cambiar esta intención el recuerdo de García, muerto locamente por haber prometido á Sara que se distinguiría arrancando una bandera al enemigo.

—Vuelva, que no lo verá, sólo estaremos mi padre y yo.

El coronel llegó á su alojamiento, despertó á su comitiva, y emprendió su retirada al campamento.





Un desafío original

EL único país que conocemos que se haya distinguido por cierta originalidad en la bárbara costumbre del duelo, es los Estados Unidos de Norte América. La tradición relata los más singulares casos, pero en esos combates personales siempre se ha observado la regla de lo equitativo, aún cuando el desafío fuera á muerte. Verdad es que han tenido lugar siempre en las recién pobladas planicies del Oeste ó en la California hasta pocos años después del furor de oro, que llevara allí á toda clase de aventureros.

En todo país que disfruta de la civilización occidental se observan reglas establecidas en códigos escritos y tácitamente aceptados, por más que ellos estén en pugna con las leyes civiles y criminales de la nación; pero el duelo que vamos á referir reúne tales circunstancias de originalidad que bien puede ponerse al lado de aquellos que han adquirido tanta celebridad, pues han conseguido que se les designe con el nombre de *desafíos yankees*.

Estando en 1865 la División del Norte cerca de la frontera norte americana, ocurrió un incidente en este último territorio figurando en él algunos mejicanos. Entre los testigos llamados

á comparecer ante el juez estaban los coroneles Garza y Mejía, ambos distinguidos ciudadanos en servicio activo de la causa republicana. No se conocían personalmente, ni jamás habían tenido motivo alguno que los pusiera en relación; pero por desgracia los aproximó fatalmente el hecho de tener que ir á deponer ante el tribunal de la Unión, y difirieron en sus apreciaciones de tal modo, que los juicios emitidos por Mejía colocaban bajo un mal punto de vista y llegaban hasta á desmentir lo aseverado por Garza.

Lo supo el coronel Garza y decir que se sintió ofendido, equivaldría á pintar el sol con el calor de la luna, pues era el tipo más acabado del Quijote en materia de honra, y agréguesele la circunstancia de ser de temperamento bilioso. Su estatura menos que mediana no era de las que pudiese inspirar temor, pero al ver su mirada fría y sus labios comprimidos cuando se disgustaba, comprendía cualquiera que *no era de los mansos*, según la gráfica frase de los soldados. En todos los actos de su vida no se había visto sinó la lealtad y la más cumplida honorabilidad; la amistad en él era una especie de religión contra la cual no cometía ni pecados veniales. Valiente hasta el heroísmo era en igual grado generoso, y á pesar de lo irascible de su temperamento era compañero agradable en su trato íntimo, pues su cultura ponía freno á los arranques de su genio.

El coronel Mejía era otro cumplido caballero, suave en sus modales, sereno en todos los actos de su vida, y hombre instruido y de talento. Su testimonio ante el juez había sido dado conforme á la verdad, y nada más que á la verdad, según los informes que había recibido, y si desmintió con ello á Garza no lo hizo llevado por un espíritu maligno.

Garza buscó á Mejía, y cuando le hubo encontrado pidióle que le permitiera decirle dos palabras.

—Señor coronel Mejía, le dijo con la más esquisita urbanidad, soy el coronel Garza á quien usted ha afrentado con su falsa declaración en los tribunales de la Unión. No soy hombre que pueda soportar semejante injuria sin castigarla como se merece, pero está de por medio la patria vilipendiada por sus hijos traidores y ultrajada por la planta del invasor extranjero: nos debemos á ella, y únicamente á ella podemos sacrificar sin mengua nuestras vidas, siendo esto tanto más obligatorio cuanto más elevado sea el puesto que ocupen sus defensores y las aptitudes que tengan. Yo guardaré en lo más hondo de mi corazón la ofensa que á mi honra ha inferido usted, hasta que hayamos expulsado del suelo de la patria al invasor, y que, venciendo á los traidores, restablezcamos la república colocando triunfantes nuestras instituciones en medio del regocijo de todos los patriotas. Si muero en esta contienda llevará mi alma el perdón para usted, pero si sobrevivo lo buscaré, y do quiera que le encuentre le cruzaré el rostro con mi látigo: tiene usted empeñada mi palabra de honor.

Sorprendido verdaderamente no atinó Mejía á dar una pronta contestación, y cuando quiso hacerlo, ya Garza se había marchado después de un ligero saludo. No volvieron á verse, pues Mejía pasó á unirse con el presidente Juárez en Chihuahua, y Garza quedó en la división del Norte.

Dos años después estaba restablecida la República, y funcionando sus instituciones. El coronel Mejía, perteneciente á una distinguida familia que residía en la capital, fué electo diputado al Congreso, siendo uno de sus miembros más conspicuos.

Al salir una tarde de las sesiones ordinarias, fué detenido por un señor correctamente vestido de negro, y que en su mano derecha llevaba un latiguillo con puño de oro. Esto pa-

saba frente al hotel Iturbide, edificio levantado para su residencia por el emperador de Méjico, fusilado en Padilla como traidor en 1824.

—Me conoce usted, señor coronel Mejía?

—No tengo ese honor, contestóle éste después de haberlo observado por un instante.

—Soy el coronel Garza, quien, esclavo de su palabra dada, le cruza la cara con este látigo.

Junto con las palabras había levantado la mano, ejecutando la amenaza. Mejía retrocedió, pero pisó con tal desgracia el cordón de la vereda con el pie derecho, que se le torció violentamente astillándose el tobillo, y cayendo á la calle. El mismo Garza, fué el primero que trató de ayudarle á ponerse en pie, y hecho esto, sacó una tarjeta suya y se la entregó á Mejía: en ella estaba escrita su dirección y hora en que se le podía ver.

El herido fué llevado al hotel Iturbide, y de allí conducido en coche á casa de su familia, donde se le puso en manos de facultativos, para que lo curasen. La operación fué penosa en todo sentido para el paciente, pues no solamente lo martirizaba el dolor físico, sinó que su espíritu mortificado le quitaba el sueño. Los médicos se le quejaban, haciéndole presente que su desazón era perjudicial y retardaría la curación.

—Esc puede ser muy bien, dijo una vez con voz febril, pues me duele muchísimo el tobillo, pero es que me quema el latigazo que he recibido en la cara.

Tres días después del suceso, recibió el coronel del Zaragoza la siguiente cartita:

“ Mi respetable señor coronel: nadie es capaz de servirme como usted para que yo pueda cancelar cuentas con el coronel Garza, pues el asunto es tan grave, que sólo podrá terminarse abriendo una tumba para él ó para mí. Dadas las circuns-

“ tancias, sólo á un hombre cumplido y á un militar de sus do-
“ tes debo confiar lo que considero mi ser moral: la honra del
“ soldado y del caballero. Venga á verme á las tres de la tarde,
“ en que estaré sólo y hablaremos.

“ Estoy seguro que no apelo en vano á los nobles sentimien-
“ tos de usted.

“ Soy con todo afecto.

“ Su atento servidor

E. MEJÍA.”

Al coronel del Zaragoza, no le hizo mucha gracia la esquila, pues conocía todo lo acontecido y, teniendo amistad con Garza, apenas tenía relación con Mejía, así es que inmediatamente se fué á ver al agresor, y encontrándole en su alojamiento, se limitó á darle la carta recibida para que se impusiera de ella. Garza tomó la carta y después de imponerse de su contenido se levantó con aire satisfecho:

— Acepta, y aún me harás con ello un favor. Había pensado nombrarte padrino mío, pero buscaré otro compañero y todo será más satisfactorio para mí; los actores seremos caballeros del mismo temple, y suceda lo que sucediere todo pasará con la mayor honorabilidad y cortesía. Tan me satisface que tú seas el padrino de Mejía, que pediré al que nombre que acepte cualquier forma y términos que tú propongas en todo y por todo, y eso será lo mejor.

El coronel del Zaragoza pasó á verse con Mejía, á quien encontró recostado en un gran sillón Voltaire, tomando una taza de té, y leyendo los *Comentarios* de Story. Llevaba entablillada la pierna derecha descansando sobre un alambrado. Su fisonomía pálida estaba tranquila, como de costumbre, y saludando afectuosamente pidióle al coronel que se sentara, le pasó

un cigarro habano, y le hizo servir una taza del té que tomaba.

— Señor coronel, no tengo suficiente amistad con usted para pedirle el servicio de ser mi padrino en un desafío á muerte, pero hago uso del derecho que implícitamente tenemos los compañeros de armas. Conozco bien sus condiciones morales é intelectuales, por eso lo he elegido después de haber recorrido en mi memoria á los demás compañeros que están en la capital, pues creo que quien se va á batir debe dejar que todo lo haga y arregle su padrino.

— Cree usted, señor Mejía, que el duelo debe ser llevado al último extremo?

— Sólo la muerte mía ó de Garza podrá apagar el fuego que produce en mi cara la idea de que está vivo quien ha podido cruzarla de un latigazo para afrentarme. En ese concepto arregle todo, le doy la más completa autorización, pero que sea para mañana si es posible.

— Y cómo haremos para que pueda ir al terreno de la lucha estando imposibilitado no sólo de marchar sinó aún para tenerse en pie?

— Mi cuñado y mi viejo asistente me acompañarán, llevándome en el carruaje del primero cuyo cochero es de entera confianza.

— Para igualar el combate tendrán que batirse sentados.

— Me parece muy bien.

— Pues voy á arreglar todo con el padrino contrario, y le haré saber el resultado.

Convinieron los padrinos en que el lance se llevaría á cabo dos días después, á las seis de la mañana, en una quinta próxima á la capital; que las armas serían pistolas de arzón, y á voz de mando; que ambos combatientes estarían á veinte pasos uno de otro, sentados en un banquito de tijera.

Serían las dos de la mañana del día en que se iba á efectuar el duelo, cuando fué despertado el coronel del Zaragoza que disfrutaba de un tranquilo y prolongado sueño. Le preguntó al sirviente la causa que lo motivaba, y éste le dijo que lo buscaba el coronel Loera, quien insistía en quererle hablar con urgencia.

— Hazlo entrar!

Penetró al dormitorio el coronel Loera, vestido de particular en traje de etiqueta.

— Lo molesto en su sueño, pero he creído que debía comunicarle algo que acabo de oír por casualidad. Usted sabe que hay tertulia en casa del gobernador del distrito; pues bien, allí llegó un comisario de Policía hará una media hora, á quien parece que se le había mandado llamar, pues el gobernador lo llevó á un lado y le dijo á media voz que mañana iba á tener lugar el desafío entre Garza y Mejía á las seis de la mañana, y que el Presidente de la República quería que no se verificase por lo que le ordenaba que colocara un oficial frente á esta casa y en la de los otros actores, y que conforme salieran á la madrugada se les invitara á pasar á la Gobernación, donde él estaría para recibirlos. Junto con el comisario he salido yo para advertirle lo ocurrido á fin de que tome sus medidas.

El coronel las tomó, pues inmediatamente lo comunicó á los demás, conviniendo en postergar el duelo para el día siguiente á las dos de la tarde. Despistada la Policía no hubo tropiezo para que á la hora y día convenidos se hallaran presentes los duelistas, padrinos y médicos invitados. Escojióse el terreno, se midió la distancia, colocando á veinte pasos uno de otro los banquitos de tijera. Garza tomó asiento en el suyo, sin manifestar su nerviosidad acostumbrada: iba vestido de negro y con la mayor sencillez. Mejía fué bajado del coche por su cuñado, su médico, el

asistente y el cochero, sentándosele en su banquito. Estaba pálido pero tranquilo, y al preguntarle su padrino cómo se sentía, le contestó:

— El traqueteo del coche no es de lo más á propósito para producir calma en mi dolor del tobillo, pues he venido viendo estrellas, y eso que hace un día tan claro como pocas veces se ve.

El coronel se aproximó al médico de Mejía, y le preguntó si no creía que la venida en el coche, que tan fuertes dolores le había causado, podría influir en la puntería.

— Cómo no! es necesario que antes de diez minutos no den comienzo al combate, y voy á darle unas cuantas gotas de un calmante.

Mientras se hicieron todos los convenios y preparativos pasó como un cuarto de hora. Una vez cargadas las pistolas, se perfiló debidamente á los contrarios dándoles á cada cual la suya, y el coronel del Zaragoza fué quien dió las voces, y á la ejecutiva partieron simultáneamente los dos tiros: habían errado el blanco.

Los padrinos tomaron las pistolas para volverlas á cargar, y dirigiéndose Garza á su contrario le dijo:

— No le parece á usted que hay algo de vergonzoso, en que dos militares viejos descarguen sus armas sin dar en el contrario? será por que es mucha la distancia que nos separa?

— Yo no puedo moverme, coronel, por eso creo que es á usted á quien corresponde aproximar su asiento, y espero que entonces nos evitaremos que haya causa para que el rubor se nos monte á la cara por portarnos como reclutas.

Los padrinos se opusieron á toda innovación, continuando el lance de conformidad con lo pactado, pero el segundo tiro tuvo un resultado fatal. El coronel del Zaragoza vió que Garza se había estremecido, y se le aproximó.

— Estás herido?

— Sí, y como tenía que ser: herido de muerte. Tengo fuerza y resistencia para continuar haciendo fuego, pero yo no tengo rencor ni odio contra Mejía, y es mejor que sea uno sólo el que vaya á juntarse con sus mayores. Da por terminado el lance pues la herida es en la ingle y me ha atravesado todo, no hay vida posible. Te agradezco tu conducta, y ahora les pido que me levanten y me pongan al lado de Mejía, pues tengo que hablarle.

Así lo hicieron los padrinos depositándolo al lado de su heridor, y al hallarse allí, se alzó sobre el pie izquierdo, apoyándose apenas en el derecho, y extendió la mano á Mejía pidiéndole que se la estrechara, y cuando éste hubo cumplido con el pedido, le dijo Garza con voz emocionada:

— Coronel, voy á morir, pero antes que esto suceda, declaro aquí, delante de estos amigos, que no me ha compelido á darle el latigazo su conducta en los tribunales, pues poco después fui informado de todo, comprendiendo que no había habido perfidia de parte suya; pero yo había dado mi palabra de honor y tenía que cumplirla sin consideración de ningún género. Me despido de usted para siempre, pero llevo conmigo el mayor respeto para usted. Adios!

La escena conmovió á todos de tal manera que ninguno pudo hacer uso de la palabra, y silenciosamente fueron puestos en sus carruajes los dos duelistas y conducidos á su alojamiento. Acompañaban á Garza los padrinos y los médicos.

— Doctor, cuántas horas tengo de vida, es decir, durante qué tiempo puedo hacer uso de mi razón y de mi mano para escribir?

— Quizá dos ó tres, coronel.

— Eso me basta. Es necesario que todo quede arreglado para que no se persiga á Mejía, y les pido que se uniformen para las declaraciones en el caso de que quieran agitar este asunto. Ya tengo mi idea; conforme llegue á casa voy á escribir una declaración, en que haré saber que por torpeza dejé caer mi revólver sobre una silla, y que saliendo un tiro me ha causado esta herida; que la declaración la hago para evitar interpretaciones erróneas, que podrían nacer por el hecho ocurrido con el coronel Mejía, puesto que se había hablado de un duelo para cuando aquel mejorase de su quebradura del tobillo.

Llegaron al alojamiento y después de una revisión que los médicos ejecutaron, se puso á escribir el herido; primero la declaración y en seguida una carta para sus dos hermanos que estaban en Texas, donde poseían un gran establecimiento de campo heredado de sus abuelos. La carta se la entregó á su médico, amigo y discípulo de ellos, y en cuya casa se alojaban cuando iban á visitar la ciudad de Méjico.

Después de arreglar todas sus cosas, disponiendo por escrito de sus bienes y despidiéndose de su asistente como de un hermano, perdió el sentido y estuvo agonizando unas cinco horas. Su lecho fué rodeado por infinidad de amigos y compañeros de armas, y al ser llevado al cementerio al día siguiente, pudo verse un acompañamiento espontáneo en su manifestación de pesar por la prematura separación de un hombre que valía tanto.

La muerte de Garza fué comunicada á los hermanos, y antes que hubiese transcurrido un mes estaban los dos en Méjico. El médico los conocía á fondo, y no ignoraba la tendencia de ellos, tan natural en hombres que viven en parajes poco poblados, de hacerse justicia por mano propia; así es que conforme los saludó les preguntó la causa de su venida.

—Cuál ha de ser, contestó el mayor, sinó la de arreglar cuentas con el coronel Mejía. Ha muerto á nuestro hermano mayor, á quien hemos querido y respetado tanto ó más que á nuestro padre, y no es razonable que siendo hombres lo dejemos tranquilo y con vida.

—Bien! les dijo el doctor sacando un sobre cerrado de uno de los cajones de su escritorio; esta carta la escribió Adolfo para ustedes antes de morir, encargándome muy seriamente que la entregara á ustedes conforme llegasen á esta ciudad; cumplo pues con la voluntad de mi pobre amigo.

Tomóla el mayor de ellos, la abrió y se puso á leerla, pero no bien hubo principiado cuando el llanto nubló su vista, y alargándosela al doctor le pidió que la leyera en voz alta, pues estaba dirigida á los dos hermanos. El doctor tomó asiento y colocándose de modo que la luz diera sobre lo escrito, dió lectura de ella con voz pausada y entonación conmovida.

Méjico, Diciembre 27 de 1868.

Queridos hermanos: dentro de pocas horas habré dejado de existir entre los vivos, y si bien no he recibido la herida que mata en un glorioso campo de batalla, luchando por la libertad, me ha sido dada en el terreno del honor por un contrario valiente y caballero. Ni él ni yo podíamos obrar de diferente modo. No dejo la vida con placer, pero tampoco tengo pesar en ir á unirme á nuestra santa madre que, implorando á nuestro Creador en favor de su hijo para que le deje penetrar en el cielo al lado de ella, lo conseguirá en mérito de las muchas virtudes que la adornaron en la tierra.

Temo que el gran amor que nos hemos profesado pueda extravíarlos y hacer que alguno de ustedes intente vengar mi muerte, y por eso les dirijo esta carta que Dios misericordioso

me ha permitido escribir conservándome para ello razón y fuerza. Si el amor y respeto que siempre me han profesado no se ha apagado después que yo repose en mi tumba, espero que obedecerán el último pedido que desde el lecho de mi muerte les dirijo con toda la vehemencia de mi alma é invocando la memoria de nuestros venerados padres. No solamente les pido que olviden que haya podido haber un mal en lo que me ha pasado, sinó que les exijo que vayan á ver al coronel Mejía, y le ofrezcan la amistad leal que yo le hubiera profesado si viviera. Fui yo quien ofendió á ese noble soldado y caballero, y ustedes que me sobreviven deben hacer lo posible para hacerle olvidar mi grave falta.

Si desatendiendo este pedido de un hermano moribundo, obraran contra él, desde luego maldeciré haber tenido por hermanos á ustedes, que tanto he amado siempre.

Adios, Luis, adios, Félix; hasta la vista en la eternidad.

ADOLFO.

Era afligente ver á esos dos hombres estremecerse con la fuerza de los sofocados sollozos que salían de su pecho.

—Vamos, Félix, vamos á ver al coronel Mejía, y á cumplir con la voluntad de Adolfo.

Despidiéronse y se fueron á casa del coronel Mejía. Este, sin saber quienes eran los hizo penetrar en su estudio; cuál no sería su sorpresa al oír que Luis le decía que eran los hermanos del coronel Garza, y que habian venido expresamente desde San Antonio de Texas para buscarlo.

—Veníamos resueltos á darle muerte, de cualquier modo, pues si se negaba á batirse con nosotros, lo habríamos ultimado

aunque hubiera sido en un templo; pero al llegar aquí hemos encontrado una carta de Adolfo, que usted puede leer.

El coronel la leyó, y cubriéndose la cara con ambas manos se echó á llorar.

—Qué hombre noble y generoso! fué lo único que pudo decir un rato después.

—Sí, Adolfo era un hombre como pocos en lo grande de su corazón! Nosotros poco valemos comparados á él, pero supliremos con nuestra buena voluntad las deficiencias que tengamos. Le ofrecemos nuestra amistad á la vida y á la muerte.

Un fuerte abrazo estrechó á aquellos tres hombres de corazón valeroso, y que sin embargo lloraban como unos niños.





Ignacia Ruíz

No vamos á hablar de una de esas mujeres guerreras que han esculpido su nombre en la historia, ni de aquellas mencionadas en la antigua mitología, sinó de uno de esos muchos tipos de la clase del pueblo que ha producido la América en sus largas contiendas. Tampoco haremos su biografía, pues ello no merece la pena porque nada adelantaría la historia con tan insignificante adición: nos vamos á limitar á hacer su silueta y relatar dos ó tres rasgos de su vida.

El *mayor Ignacia Ruíz*, á quién en el ejército mejicano se daba el nombre de *la Barragana*, no había nacido por cierto dueña de un trono como Semíramis, reina de Asiria; Camila, reina de los volscos; las Artemisas; Zenobia, reina de Oriente ó Victoria, la célebre romana que fué emperatriz de Occidente, con cuya circunstancia y poco trabajo podría haber dejado su nombre en la historia. Su origen era de tan modesta condición como el de la inmortal Juana de Arco, aunque después vivió y accionó muy diversamente. Sus talentos militares no eran de aquellos que le hubieran conquistado el título de *Gran Capitán*, como lo obtuvo la reina Blanca de Castilla, después del

célebre sitio de Bellesmes, en que manifestó tanto valor como tacto.

Cuando ardía en su mayor fuerza la guerra civil de Méjico en 1857, tomaron parte muchísimos ciudadanos que armaban por cuenta propia pequeños cuerpos de caballería que combatían como guerrilleros al enemigo. Aquellos que luchaban á favor de la Reforma, es decir, los liberales, fueron conocidos con el nombre de *chinacos*. Mucho sirvieron á la causa que defendían, aunque á veces solían salirse de los límites prescritos por la justicia y la civilización. En su clase de caballería irregular se distinguió como la que más lo haya hecho en la historia militar, pero eran así... algo cosacos cuando no tenían cerca alguna tropa de línea. Siempre andaban bien montados, pues poco les costaba proporcionarse excelentes caballos; sus armas eran de las mejores, usando carabina, revólver y un sable corto y pesado llamado *machete* por ellos, y de tan buen acero y bien templado, que afilado podía servir de navaja de afeitar. Su montura la formaba la silla mejicana, que no puede negar su origen árabe y que después la aceptó el ejército de los Estados Unidos, con algunas pequeñas modificaciones que le hizo el general Mac Clellan. No llevaban uniforme, usando con más ó menos lujo el pintoresco traje del ranchero mejicano.

Una de esas guerrillas de *chinacos*, la mandaba un titulado capitán Velarde, hombre como de treinta y dos años. Había sido mayordomo de uno de esos grandes establecimientos de campo, llamados *haciendas* en Méjico, cuyo puesto abandonó para formar su compañía con paisanos amigos suyos, dispuestos á todo con tal de vencer. Consiguio reunir unos ciento cincuenta hombres, que los tenía bastante bien instruidos en la táctica, no permitiéndoles excesos de ningún género, con lo que consiguió

que el Gobierno le diera sus despachos de capitán de auxiliares del ejército, y facultad para obrar hasta cierto punto independientemente.

Alguna vez se disolvían por un mes ó mes y medio, volviendo á juntarse en día fijo en cierto y determinado paraje para continuar la tarea emprendida. En una de esas ocasiones, se presentó Velarde llevando consigo una paisanita como de diez y ocho años: era el tipo hermoso de la mejicana de sangre mezclada, predominando el origen español. Un rostro ovalado, ojos pardo-oscuros llenos de vivacidad, frente despejada, nariz recta, boca pequeña, labios color granate, y la barba bien pronunciada. Sus cabellos negros y abundantes, los peinaba siempre en dos largas trenzas; su garganta podía servir de modelo, así como sus manos y pies pequeños como los de una india; su cuerpo de elevada estatura, mostraba en sus contornos, que no era el de una enclenque. Sentada á caballo era una delicia verla manejar su corcel; su traje de *china* mejicana y el sombrero de anchas alas le sentaban á las mil maravillas.

Cuando todos estuvieron presentes y formados en línea, se paró Velarde delante de su tropa y presentando á su *china*, dijo con acento firme:

—Compañeros, esta moza, Ignacia Ruíz, forma parte de la guerrilla y es mi compañera; me parece por demás recomendarles que me la respeten.

Así debió ser, pues la Barrangana aseguraba siempre que mientras vivió su Velarde no hubo hombre que se le atreviera á hablarla de cosas de amor, ni andarla en requiebros; que después la dejaron tranquila porque ella se había *mostrado hombre* con los atrevidos. Era sabido por todos que á un oficial que quiso propasarse, le pegó tal machetazo en la cara, que si bien no le causó la muerte, no por eso dejó de ser gravísima la

herida, quedando para siempre con una cicatriz de *padre y muy señor nuestro*, según la clasificación que de ella hacían los soldados cuando la veían.

El pobre oficial tuvo que pedir su pase para la División del Sud para verse libre de las bromas pesadas y sonrisas maliciosas de los compañeros, puesto que le fué imposible imitar al granadero francés á quien el emperador Alejandro de Rusia vió en una revista que pasaba con Napoleón, y que al preguntarle por el autor de tan soberbia cicatriz, recibió por contestación, que era de origen ruso. “Qué os parece el brazo de un soldado ruso, preguntó Alejandro á Napoleón, á juzgar por el sablazo que pegó?” “Murió al pegarlo,” replicó rápidamente el granadero.

En las marchas y combates estuvo constantemente al lado de Velarde, siendo para él un verdadero ayudante. En las primeras se sentaba siempre como mujer sobre su montura mejicana, pero apenas veía que quizá se irían á las manos con el enemigo, teniendo talvez que hacer uso no sólo de las armas de fuego sinó del arma blanca, acomodaba sus vestidos de manera que no la molestasen para enhorquetarse sobre su alazán; y echando su carabina al carcaj, desenvainaba el machete que iba sujeto á la cabeza de su montura.

En todos los combates mostróles á los soldados que ninguno tenía más valor que ella, manejando con tanta destreza su caballo como el machete con que desmontó más de un jinete enemigo. Hasta cierto punto la había identificado su conducta con la compañía, y en ella no veían ya á la mujer joven é interesante, sinó al valiente compañero de armas que tanto se distinguía.

Hacia ya como un año que el ejército francés estaba en territorio mejicano, y todo había andado bien, pero en un combate

que tuvo que sostener Velarde contra un escuadrón de cazadores de África, fué vencido quedando tendido y sin vida en el campo de la lucha.

La noche de esa desgraciada jornada vió acampados en la sierra á todos los que habían escapado de la refriega desastrosa, en la que dejaron su vida como una tercera parte, sentados al rededor de pequeñas fogatas, tristes todos como era natural, no sólo por la derrota sino principalmente por la muerte de su caudillo á quien adoraban y con quien los ligaban tantos recuerdos. Ignacia estaba pálida y nerviosa, pues aunque casi nada había hablado desde que huyeran del campo del combate, se conocía el estado de su alma por la intranquilidad de su cuerpo, pues no paraba mucho tiempo en un sitio, pasando de un fogón á otro, y viendo con mirada escudriñadora la fisonomía de los demás, prestando oído atento á las conversaciones que en voz casi apagada sostenían algunos.

Una de esas veces fué á tomar asiento en la rueda formada por los tres oficiales y los sargentos de la compañía, continuando al poco rato una conversación que parecía haber sido interrumpida por la llegada de Ignacia.

—Si, compañero, dijo el teniente más antiguo, *nos ha tocado macho*; tendremos que resolver á quien nos reuniremos, puesto que con la muerte del capitán hemos quedado sin jefe.

—Por lo que hace á la muerte del capitán Velarde no hay duda alguna, pero se equivoca quien diga que la guerrilla ha quedado sin jefe; mañana á la diana lo verá usted, teniente.

Todos guardaron silencio por un momento, y después cambiaron de conversación. Tomáronse las precauciones del caso para no ser sorprendidos por el enemigo, y poco á poco fueron acostándose envueltos en sus sarapes.

Al rayar el alba estaban formados los restos de la compañía;

pasóse lista como de costumbre, y cuando ésta hubo terminado apareció á caballo la Ignacia montada como para el combate, y rayándolo frente al centro de la línea, dirigió su mirada de un extremo al otro.

— Soldados de la patria, valientes mejicanos! dijo con voz vibrante; ayer ha sido un día aciago para vosotros y cruel para mí: no sólo nos dió la espalda la suerte, sinó que el destino se ensañó contra el heroico Velarde, llevándolo de entre los defensores de la República, que tanto necesita de los buenos. Anoche ha dicho alguien entre nosotros que tendremos que disolvernos á causa de este infortunado revés, puesto que este valiente escuadrón carecía ya de jefe. Yo afirmé que eso no podría ser, pues aún no ha terminado la guerra, y todavía hay que dar muchos combates para vengar á los patriotas que han sucumbido en la lucha y restablecer nuestras instituciones libres. Aquí estoy yo, á quien ustedes han visto pelear como el mejor entre los valientes, y me siento capaz de guiarlos lo mismo que Velarde. No creo que los compañeros de él se nieguen á servir á mis órdenes mientras yo les dé pruebas de que valgo tanto como el más pintado; pero si hay alguno que se crea con más títulos y que se considere más hombre, que salga al frente y cruce sus armas conmigo. . . si me vence que sea vuestro comandante.

No solamente no tuvo competidor, sinó que todos á una la vivaron proclamándola jefe de la compañía. Nunca se arrepentieron del paso que habían dado, pues la Ruiz resultó ser un magnífico guerrillero, con tanta prudencia como valor, y tanta actividad como astucia.

Muchos golpes dió al enemigo, pero al fin cayó atravesada por una bala de los rifles de un regimiento de zuavos. Prisionera, fué llevada á un hospital, y después de haber sanado de su he-

rida, mandada por los franceses á la Martinica con un grupo de oficiales prisioneros. Á los pocos meses consiguió fugar, regresando á Méjico, y presentándose al gobierno republicano obtuvo el ascenso á mayor de caballería de auxiliares del ejército, con la autorización de organizar de nuevo un escuadrón de chinacos, con el cual debía incorporarse á la División Norte. Fácilmente reunió los antiguos compañeros, y con este plantel formó muy luego el número necesario para completar el escuadrón.

Desgraciadamente había contraído en este tiempo el hábito de tomar bebidas espirituosas, soliendo proponerse alguna vez, no hasta embriagarse del todo pero se achipaba mucho, y entonces se hacía fastidiosa con sus impertinencias.

En su calidad de comandante de escuadrón acostumbraba reunirse con los jefes y oficiales de la División, quienes la trataban con deferencia y hasta con cariño, excepción hecha del coronel del Zaragoza, que, si bien era gran admirador del bello sexo, no tenía á Ignacia por miembro de esa parte de la humanidad, pues sabía que no admitía *requiebros ni ganas ociosas*, como ella calificaba las declaraciones de amor, y las exigencias de él.

La Ruíz se había apercibido de la frialdad con que la trataba el *altivo*, nombre con que designaba al jefe del célebre batallón Zaragoza, y éste sabía perfectamente que había expresado un propósito que se relacionaba con él, por lo cual se esmeraba en permanecer alejado de todo trato con ella.

Un día en que casualmente se encontraron solos durante una marcha, entabló ella una conversación, y después de cambiar algunas frases banales encaró la cuestión con decisión.

— Ignoro, mi coronel, lo que motiva su antipatía por mí, cuando yo le profeso á usted afecto como á ninguno, porque es

el hombre que me inspira más respeto, en virtud de sus méritos. Si usted fuese un *cualquier cosa* me reiría de sus aires, pero como es un cumplido caballero y amable con todos, me duele que sólo á mi me trate con reserva y hasta con desdén.

— Mayor, en nada de lo que se refiere á las relaciones militares he dejado de observar lo que prescribe la ordenanza, y ninguno de mis actos para usted le habrá dado motivo para creer que yo haya faltado á las reglas de buena educación. La intimidad sólo se la consiento á los amigos, y nosotros no lo somos.

— Pues eso es cabalmente lo que deseo: que sea mi amigo.

— Pues bien, guardando la distancia de nuestro rango militar no tendremos nunca motivo para que á mi, que soy hombre con algunas debilidades, se me ocurra olvidar que tiene usted clase de hombre, y que dejándome llevar por mi naturaleza y flaquezas me precipite en andanzas de amor con una persona que reúne todo lo necesario para hacerse interesante como mujer á cualquiera y mucho más en campaña; y como no quiere que se la trate como hermosura femenil es mejor para los dos que conservemos la distancia conveniente.

— Puede ser que tenga razón; yo aspiro á ser su amigo pero no su amiga: he muerto como mujer mientras ande en campamentos. Pero no pierdo la esperanza de que cambiará sus ideas respecto á mi, y que hemos de ser amigos; ya lo verá, pues he de perseguir sin descanso la realización de mi deseo predilecto.

— Tenga cuidado; para mi, de hoy en adelante no será sinó el mayor, un extraño, y por lo tanto le haré presente que jamás he tolerado familiaridades de quien no fuera íntimo amigo mío, y como jefe superior castigaré cualquier falta cometida contra mi rango.

Algunas semanas después de esta conversación, que se supo porque ella la refirió resentida á algunos compañeros, entró el coronel al café y billar de un pueblito en que estaban descansando hacía dos días. Saludó á varios jefes, entre los que se hallaba la Ruíz, y sentándose sólo en una mesita pidió una taza de café y se puso á leer un pequeño libro de apuntes que sacó de un bolsillo. La lectura lo absorbió por completo, y sólo la interrumpía para escribir con lápiz algunas anotaciones al margen de lo escrito en el libro.

De pronto sintió que una mano le había hundido el kepí hasta los ojos con un golpe seco, oyendo que al mismo tiempo se le decía :“ Ah, yankee lindo y esquivo, ya que no me quiere ver que no vea lo que está leyendo. ”

Por las venas del coronel, hombre de unos treinta años y de temperamento sanguineo-nervioso, no era leche la que circulaba, así es que al recibir el golpe, sintió subírsele á la cabeza toda la ira que puede producir en un hombre de su carácter lo que considera una afrenta, y poniéndose de pie dió un puñetazo violento al atrevido, casi simultáneo con la última palabra pronunciada. Cayó de espaldas el agresor que era nada menos que Ignacia Ruíz. Comprendió el coronel que debía estar algo ebria y que probablemente la habían azuzado aquellos con quienes estaba, á los que se dirigió, mientras la otra iba á estancar la sangre que manaba de sus narices.

—Quién de ustedes se hace solidario de lo que acaba de hacer la Barragana? porque alguno la ha de haber impulsado á cometer el atrevido hecho.

—Hemos estado embromándola contigo desde que te vimos entrar, pero nadie la ha aconsejado la zoncera que ha hecho y que has castigado: ninguno de nosotros se habría podido imaginar lo que iba á suceder, pues no lo habríamos permitido.

Dióse por satisfecho el coronel con la explicación que le hacía un amigo, volvió á su asiento, tomó otra taza de café y en seguida salió á la calle; allí lo esperaba la Ruíz.

—Mi coronel, perdóneme el atrevimiento, estaba mal de la cabeza, pero ahora estoy perfectamente sana, y al pedirle con toda sinceridad que me perdone, no es el mayor quien le habla: es la mujer.

Quedóse callado el coronel, á quien no se le había pasado la cólera, y ya iba á seguir su camino sin darla una contestación, cuando le tomó una mano la Ruíz y estrechándola entre las suyas, verdaderas manos de mujer, delicadas, tibias y aterciopeladas, le repitió con tono suplicante y conmovido, el mismo pedido.

—Escuche, mi coronel, con la vergüenza en la cara por sentirme débil, se lo confieso y se lo juro, delante de todos seré el subordinado más respetuoso, pero cuando me permita verlo sólo, seré para usted mujer, y la mujer más sumisa que haya conocido.

En ese instante salían algunos compañeros, y el coronel dijo á la Barragana con el mayor desenfado:

—Está bien, mayor, le perdono la falta y la voy á olvidar, pero es necesario que no sufra la disciplina: vaya á su alojamiento y permanezca arrestada veinte y cuatro horas.

Con la terminación de la guerra se disolvieron todos los cuerpos auxiliares, dejando de existir los chinacos, pues cada cual fué á dedicarse á sus antiguas tareas. La Ruíz se quedó en la capital, donde ganaba su vida con un almacencito que había abierto en los arrabales, próximo á dos cuarteles, cuyos soldados formaban su mayor clientela.

Un día del año 1870 recibió el antiguo coronel del Zaragoza

una esuela del Intendente de Méjico, quien lo invitaba para que esa misma tarde á las cuatro lo acompañara á conducir los restos de Ignacia Ruíz á la última morada. Cuando estuvo con él le preguntó de qué había fallecido la Ignacia, mujer joven y fuerte.

—Bien tristemente, por cierto, muerta con una tijera que, aunque manejada por mano de mujer débil, no lo fué inocentemente. Hace dos noches que hubo un baile de medio pelo en un barrio apartado, al que asistió la Barragana, que á eso de las dos ya había bebido más de lo necesario, así es que se hacía molesta. Otra de la tertulianas que había tenido sus diferencias con ella en otra ocasión, expresó su opinión para que se la despidiera del baile si querían que aquello siguiera bien. La Ignacia lo oyó y sin más se enderezó contra la otra, y agarrándola de las trenzas la dió contra el suelo, y con rapidez increíble le levantó las polleras pegándole unas bien sonadas palmadas. La castigada se levantó ciega de ira, y viendo á mano sobre una mesita unas tijeras grandes, las tomó precipitadamente y se las hundió en el pecho á la Ruíz, atravesándole el corazón.

Tal fué el trágico fin de Ignacia Ruíz.





Astucias de guerra

QUIÉN ignora lo que es una estratagema militar aunque jamás haya visto un ejército? quién no recuerda algunas memorables de la historia guerrera de la humanidad? Si existe alguien *bastante* atrasado en la historia anecdótica militar, estamos seguros de que no hay ninguno que ignore alguna astuta estratagema usada en cualquier circunstancia de la vida para fines de otro estilo.

En las guerras pequeñas y en las guerras de países montañosos en particular es donde más se practican, por permitirlo las circunstancias, mas, esta no es razón para que de ellas no sepamos muchas aplicadas en los grandes ejércitos.

Los sitios de importantes ciudades fortificadas están llenos de esas estratagemas. La más célebre es quizá la de Troya, porque ella fué causa de su fin, y por haber tenido á Homero por cantor; pero la más chistosa y mas humanitaria ha sido indudablemente la de las mujeres de Weinsberg. El emperador Conrado sitiaba la ciudad y ella se resistía heroicamente; furioso el sitiador hizo saber á són de trompetas que conforme tomara posesión de ella daría muerte á todo varón. Cuando ya no

era posible sostener el sitio por falta absoluta de víveres, salió á media noche una embajada compuesta de mujeres, quienes de rodillas y anegadas en llanto suplicaron al enconado emperador que perdonara á los defensores: sólo consiguieron que concediera á las mujeres de Weinsberg el permiso de salir al día siguiente llevando cada cual sobre sí lo que más quisiera, pues lo que quedara sería presa de la armas y de la destrucción. Á la mañana siguiente se abrió una de las puertas de la ciudad, y con gran asombro de los sitiadores se vió una procesión interminable de mujeres cargando cada una sobre sus espaldas á un hombre. Algunos cortesanos quisieron oponerse á la salida de los hombres, pero Conrado ordenó que se les dejara pasar, riéndose de la estratagema que burlaba sus propósitos y que salvaba así á todos los sitiados. La leyenda dice, y el poeta Bürger lo repite en verso, que el emperador exclamó: "Estoy seguro de que mi cara mitad habría cargado con sus ropas, y lo que es yo hubiera tenido que esperar la caridad de alguna desocupada ó dejada de la mano de Dios, para salir del paso."

En 1863 estaba la división del general Gordon, del ejército de la Unión, operando en la Florida, y por cierto que no siempre lo hacía de un modo ventajoso, pues hasta le dieron un golpe formidable en los campos de Olustee. No podía atribuirse á ineptitud del general, ni tampoco á que sus tropas no fueran buenas, mas bien debe creerse que fué el resultado de la habilidad extraordinaria del jefe contrario, pues parece que adivinaba todos los movimientos que se emprendían, tomando en consecuencia sus medidas.

Era cosa de hacer perder la paciencia á un santo, y la perdió el Gobierno, pues mandó relevar á Gordon poniendo al general Guillermo Birney en su lugar. Una vez que éste se hubo infor-

mado de todo lo que había acontecido, no tuvo la menor duda de que no era tanto por las aptitudes de previsión del contrario que se producía el desairado papel que hacían las tropas de la Unión, sinó que el espionaje era indudable y el que comunicaba todo lo que se hacía y se proyectaba en la comandancia general.

El nuevo jefe, hombre instruido y perspicaz, conocía á todos los que le rodeaban y comprendió que de allí era absolutamente imposible que se diera información alguna al enemigo. “ El mal viene de fuera,” se dijo, “ y como las instrucciones que se me dan vienen por el telégrafo y mis comunicaciones van por allí, es ahí donde está el *busilis*.” Tomó informes precisos sobre los empleados del telégrafo, siendo ellos tan satisfactorios que podía asegurarse á todas luces que el daño venía de otro lado. Fuera por mangas ó por faldas, fué nulo el resultado de las investigaciones y, á pesar de lo inmenso del campo de las suposiciones, quedó tan á oscuras como al principio, pero convencido siempre de que alguien trasmitía sus despachos al enemigo.

Pasaron los días sin que nada se adelantara, y el general se iba poniendo de mal humor, pues todas las medidas que había tomado para sorprender al espía habían sido infructuosas, cuando una circunstancia imprevista vino á dar aclaración completa del misterioso denunciante.

Llevaba el general como ayudante primero á un mayor de raza hispano-americana, á quien mucho estimaba por ser oficial teórico y práctico. El tal mayor tenía desarrollada *en grado heroico y superlativo* la admiración por la mejor obra de la creación: la mujer y el amor eran su culto, y así como todo cazador apasionado posee el instinto de husmear los parajes en que hay caza, así tenía este oficial el instinto de guiar sus pasos hacia el lugar en que de seguro había de encontrar algún buen ejemplar de las hijas de Eva. Con esto queda dicho que en

cuanto la hallaba se dedicaba á *pelar la pava*, aunque muchas veces no sólo hacía esto sinó que al mismo tiempo solía *pelarse la frente*; lo que no era bastante á escarmentarlo pues seguía impertérrito en sus empresas á imitación de don Juan Tenorio.

Á una milla de Jacksonville, capital de la Florida y cuartel general de la División, existía una antigua familia de origen español, humildes labradores y dueños del terreno que cultivaban. Para llegar á la casa había que atravesar un bosque, lo que daba un aspecto de aislamiento á la vivienda. La familia se componía de los esposos y dos hijas mujeres como de veinte y de veinte y dos años, que si no eran una perfección, tampoco eran *chamuchina*, según la expresión del mayor. La de más edad era algo retraída, pero la menor tenía en el cuerpo un saco de deseos que le saltaban por variar la monotonía de su existencia. El mayor iba con dos ó tres compañeros que hablaban un poco el español, y so pretexto de practicarlo frecuentaban la casa en los días que no eran de servicio, lo que no excluía que el mayor y un capitán se dedicaran también á practicar con las jóvenes el divino arte que cantó Ovidio, y que mal ó bien conoce todo hijo de Adán y Eva.

Una mañana salió á maniobrar la División al lado opuesto de donde tenía costumbre de hacerlo, y una vez que hubieron terminado los ejercicios, se dirigieron los dos Lovelace por el camino más corto á casa de sus adorados tormentos, y así los calificamos porque sabemos que á todo avance que los galanes querían hacer en el camino del amor, resistían ellas y se podía decir que se defendían como gatos echados sobre los lomos, lo cual era prudentísimo y honesto por parte suya, pero súmamente desagradable para sus perseguidores.

Ya próximo al despoblado del bosque en que estaba la casa,

paró de súbito su caballo el capitán é hizo señas al mayor para que lo imitara y echando pie á tierra ató su caballo á un árbol. Dirigiéndose á su compañero le dijo que hiciera lo mismo con el mayor sigilo, y llevándolo unos cuantos pasos á su retaguardia, le dijo con aire satisfecho:

—Ya tenemos la clave que busca el general; acabo de sorprender al telegrafista que roba los partes. Está absorbida su atención en recoger la trasmisión, por eso no nos ha oído.

Explicó luego el punto preciso en que estaba, arreglándose de modo que no pudiera escapárseles, y empuñando sus revólvers emprendieron la caza, con tanta suerte que cuando el telegrafista los vió ya estaban ellos sobre él apuntándole con sus armas. No hizo resistencia alguna, pues quedó como petrificado en el sitio: era un niño de diez á once años á lo sumo, pequeño para su edad, pero cuya fisonomía revelaba una precoz inteligencia. Le registraron y sólo le encontraron el papel en que escribía las palabras trasmitidas; cuando se le preguntó de qué medio se valía para recogerlas, dijo que poniendo entre los dientes el alambre que estaba ligado al hilo telegráfico, el que con los golpecitos que le comunicaba lo informaba con toda exactitud de las letras que pasaban.

Los dos oficiales no fueron á ver á las Dulcineas, dirigiéndose á la comandancia con su prisionero á quien presentaron al general informándole de todo. Primero examinó al niño con dulzura, pero no dando resultado ese medio, puesto que afirmaba que lo había hecho para practicar el arte y poder después aspirar á ocupar un puesto en la administración, cambió de tono el general, y con tan buen éxito que aquel confesó todo. Era hijo de un telegrafista al servicio de los confederados, que, en unión de otros, interceptaba las comunicaciones telegráficas del ejército de la Unión, y al que frecuentemente dejaba en su lugar,

por ser tan experto en la profesión como el mejor de los operarios, y como decía su padre, nadie sospecharía de él al verlo tan niño.

Como todo esto pasaba dentro de las líneas del ejército unionista era claro que constituía el delito de espionaje, y por lo tanto habría que aplicarle la pena de muerte, pero el general se limitó á guardar preso al niño y tomar medidas conducentes para capturar á los *grandecitos*, pero estos sospecharon lo sucedido y no hubo medios de atraparlos.

Esto nos trae á la memoria un hecho que, si no igual es por lo menos análogo, y que acaeció en Francia cuando la guerra franco-prusiana, siendo el actor en este caso no un niño sinó una joven de veinte años: Julia Dodu, originaria de la isla de la Reunión. Su padre fué cirujano de la marina, y tuvo dos hermanos oficiales de la misma escuadra. En 1870 estaba ella con su madre en Pithiviers, siendo la primera directora de la estación telegráfica. Á fines de Noviembre estaba establecido el Estado Mayor prusiano en Orleans, y comunicó un despacho telegráfico al príncipe Federico Carlos que se hallaba en Pithiviers, en cuyo despacho se indicaba la estación exacta de un cuerpo francés que se hallaba en marcha hacia Gien y daba las instrucciones para las maniobras que debían ejecutarse á fin de envolverlo. La primera medida tomada por los alemanes fué la de apoderarse del telégrafo y relegar á su pieza á la señorita Dodu, punto por donde pasaba casualmente el hilo de la estación. No trepitó la joven, aún sabiendo que en ello le iba la vida, en arrancar á los prusianos sus confidencias militares atando un hilo que pasara por los aparatos de trasmisión que tenía en su dormitorio. Poco después llevaba al subprefecto un despacho alemán que fué traducido y enviado al general francés; y aun-

que dos de los correos fueron tomados por los alemanes y fusilados inmediatamente, otro consiguió llegar á su destino, con lo cual se salvó el cuerpo amenazado.

El hecho fué denunciado por una sirvienta sobornada con algún dinero, y la señorita Dodu sentenciada á muerte; pero el príncipe Federico Carlos la perdonó, mostrándose tan clemente como ya lo había sido con Anita Drevon, la célebre cantinera del 2.º de zuavos y del 32 de línea sentenciada á muerte en consejo de guerra por haber dado muerte á un soldado bávaro, que la insultó brutalmente queriéndola arrancar la cruz de la legión de honor que había ganado en la batalla de Magenta, donde salvó la bandera de su cuerpo, arrebatándosela con la vida á dos soldados austriacos que se habían apoderado de ella.

En el ejército del Potomac hubo algo que hace creer que los reveses que sufrió en esa línea, fueron causados probablemente porque el enemigo estaba bien informado de los despachos telegráficos que el general en jefe recibía del Estado Mayor General y del Ministerio de la guerra desde Washington.

Estando jugando varios soldados en 1864 á orillas del río se le ocurrió á uno de ellos arrojar al agua un objeto que no recordamos, perteneciente á un compañero; por su peso natural se fué al fondo, pero su dueño que era nadador y buen buzo se quitó la ropa y echándose al río zambullió hasta su lecho en busca de lo suyo. En una de esas zambullidas dió con un alambre, y se le ocurrió sacarlo del fondo, pero no pudo desprenderlo fuera del agua en la parte de tierra por estar adherido á ella. Despertóse su curiosidad y siguiendo el hilo vió que estaba ajustado á tierra intencionalmente con una horquilla grande de madera, que sacó después de algunos esfuerzos, pero no así el hilo, por estar enterrado.

Llamó á los compañeros haciéndoles ver lo que había; después de una breve consulta resolvieron traer una pala del campamento y sacar á luz lo enterrado del alambre para cerciorarse de lo que aquello significaba. El trabajo no fué penoso, puesto que la tierra estaba blanda y el entierro no pasaba de un pie de profundidad, no siendo larga la extensión por terminar en uno de los postes de madera del telégrafo oficial; allí penetraba en la madera, pero cuando escudriñaron ésta notaron que en ella había una línea recta que terminaba en la parte que tenía el aislador, y que esta línea era producida por una capa de pintura que probablemente fué del mismo color del palo, pero como la intemperie había debido cambiar el primitivo tinte de la madera mientras que la pintura no había sufrido, se explicaba fácilmente la diferencia. Sacaron una navaja y sirviéndose de ella vieron que era una varilla que tapaba herméticamente una canaleta hecha por mano experta é instrumento á propósito, en cuyo centro se veía el alambre que subía hasta el aislador. El más ágil trepó hasta el extremo del poste y observó que el hilo estaba ligado al alambre principal.

Cuando el soldado hubo descendido reuniéronse en consulta, y el buzo propuso echarse al agua para ver si el alambre iba hasta el otro lado del río, que era la dirección en que estaban los Confederados: la propuesta fué aceptada por todos. Cuando regresó el nadador, que había ido levantando el hilo hasta la margen opuesta, comunicó á sus compañeros que del otro lado estaba sujeto á tierra del mismo modo. Entonces resolvieron comunicar todo á sus superiores, y con la resolución emprendieron la marcha al campamento, donde refirieron á su jefe lo ocurrido y quien lo puso en conocimiento del general.

Tomó el general sus medidas, mandando un escuadrón al otro lado del río, algunos telegrafistas, unos zapadores, y el todo á

las órdenes de uno de sus ayudantes de más confianza. Siguieron sacando el hilo de debajo de tierra, y como á los doscientos metros, y en lo más espeso y apartado del bosque, y donde todo hubiera hecho creer que nada de extraño existía, terminaba el alambre en una cueva de dos metros cuadrados, perfectamente disimulada, en la que había una mesa y dos banquitos y sobre ella un aparato de transmisión. Se veía que hasta pocos momentos antes hubo allí alguna persona, que huyó indudablemente al aproximarse la tropa unionista.

Por algunos papeles y otras insignificancias se vió que los ocupados en apoderarse de las comunicaciones telegráficas del ejército de la Unión eran empleados de la Confederación, y esto hizo creer muy naturalmente que algunos de los reveses sufridos por los generales unionistas fueron debidos á que el enemigo estaba perfectamente interiorizado de las medidas que se iban á tomar, y de todas las órdenes emanadas de Washington.

Los Confederados usaron muchas más estratagemas que los unionistas; y entre ellas una que los paraguayos reprodujeron en su heroica guerra contra la triple alianza y en favor del más bárbaro de los déspotas hispano-americanos: sacar de las baterías conocidas por el enemigo los cañones para usarlos accidentalmente en otro punto, reemplazándolos por vigas de madera pintadas que el enemigo tomaba por los legítimos y probados.

Pero creemos que el estratagema más original, quizá único en la historia de la guerra, y que pudo dar resultados inmensos, fué el que inventaron y pusieron en práctica durante el sitio de Richmond en 1864 y 1865. Hacer prisioneros en los combates es natural, sorprender avanzadas pequeñas ó forrajeadores imprudentes, cosa muy común en la tropa, pero cometer plagio perfecto, y armar á los contrarios una *ratonera*,

como se dice en términos de policía correccional, es cosa que sólo allí ha sucedido, según nuestro saber.

Los *escuchas* son centinelas avanzados que de noche se adelantan á las inmediaciones de los puestos enemigos para observar de cerca sus movimientos, y su mismo nombre indica la misión que tienen. Se colocan cuando ya ha oscurecido á fin de que el enemigo ignore donde están, y reciben órdenes y se les da su puesto con el mayor sigilo; ellos, en vez del ¡alerta! acostumbrado en toda línea ó cordón de centinelas, se limitan á golpear la cartuchera, lo que oído por el inmediato repite lo mismo, y así sucesivamente, con lo cual se dan parte de que están alertas. La reserva se coloca á retaguardia como en todo destacamento, y cuando el cabo de cuarto, sargento ú oficial de guardia recorre la línea para ver si todo está en orden, los escuchas nunca dan vuelta para verlos.

En casi toda la línea de Richmond, de Petersburgo y Norfolk habían hecho los escuchas unos pozos del tamaño necesario para que un hombre cupiese hasta más arriba de la cintura, pues de ese modo estaban parados y podían ver mejor al ras del suelo, oyendo con mayor facilidad cualquier ruido producido por los pasos, medida que se había tomado también por la inmediación en que estaban ambas líneas de vigilancia. En varias partes no había quince pasos de una á otra, pero ya era cosa convenida tácitamente entre los escuchas de ambos ejércitos, que no harían más que vigilarse; y por singular que parezca esto, podemos asegurar su absoluta verdad y referir dos hechos en que fué parte y testigo en una sola noche el que estas líneas escribe. Tenía el empleo de teniente coronel pero ejercía el mando del regimiento 45 de pardos y morenos de los Estados Unidos, y habiéndose hecho algunos cambios de tropas, le tocó al suyo el punto más próximo á Norfolk. Cuando fué á tomar su coloca-

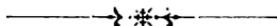
ción eran las nueve ó diez de una noche, más oscura que una cuestión metafísica, en que los disputantes no se entienden á sí mismos ni á sus contrarios.

El capitán Weisse mandaba los escuchas, y como tardara en venir á dar cuenta se impacientó el teniente coronel y adelantóse como á unos cincuenta pasos de su línea: vió allí de pronto lo que él creyó ser uno de sus escuchas, y aproximándose iba á hablarle cuando éste bajó su rifle, y tomándolo quizá por un soldado, pues el jefe iba cubierto con su capote de igual forma y color que el usado por la tropa, le dijo con tono de fastidio: "Vuélvete, yankee, esta es nuestra línea y no la tuya!" El teniente coronel se guardó muy bien de insistir, por la muy sencilla razón de que antes que hubiera podido sacar su espada le habría metido el rebelde su bayoneta hasta el cubo ó habría levantado un avispero, como se dice comunmente, cosa que tampoco convenia. Retrocedió con cuidado y á los pocos pasos echóse de bruces para ver y oír mejor, percibiendo entonces la voz de dos hombres que conversaban tranquilamente; se dirigió al sitio donde se sostenía la conversación y allí vió á dos soldados sentados á caballo sobre el tronco pelado de un árbol caído. No dejó de sorprenderle semejante acto, aún creyendo que fuesen dos soldados de su regimiento, pero mayor fué su sorpresa cuando vió que uno era efectivamente un escucha suyo y el otro uno del enemigo, y que en la mejor armonía charlaban del probable fin de la guerra, después de haber cambiado café y galletas por tabaco bueno que tenía el sudista.

El capitán Weisse había sido menos afortunado que su teniente coronel, pues dió con un cabo y dos soldados confederados que lo llevaron prisionero, pero tuvo la suerte de ser cangeado á los dos meses de su cautiverio, lo que no era mu-

cho para poder salir del infierno en que desgraciadamente había caído.

Volviendo al plagiato de los escuchas, diremos que él tuvo lugar tres veces mientras duró el sitio de Richmond. Para ejecutarlo los sudistas hacían que en una noche oscura se deslizaran tres ó cuatro por entre los escuchas unionistas, y una vez reunidos á pocos pasos detrás de alguno de ellos, se adelantaba uno y acercándose le pegaba en la cartuchera y le daba la orden de retirarse sobre la reserva. Como para ello bastaba decir "*á la reserva,*" y en tono sigiloso, no se despertaba la menor sospecha, y al dirigirse á retaguardia se encontraba de pronto rodeado por los sudistas, que lo hacían prisionero, amenazándolo de muerte si hablaba. Como no es cosa de ver en cada soldado reproducida la acción del célebre capitán de Arsis, sucedió que en una de esas noches se llevaron cerca de cincuenta soldados de la Unión: la dificultad estaba en atrapar á los tres primeros, pues quedaba despejado bastante frente para que penetraran varias partidas.





Un tipo original

NUNCA falta en el ejército uno de esos hombres que se distinguen de los demás ya sea por sus ideas estrafalarias ó ya por sus actos singulares, que repercuten en todo el ejército, comentándolos en las marchas y alrededor de los fogones, y casi siempre favorablemente al protagonista, pues el soldado gusta del héroe y de aquel que con sus extravagantes acciones ha conquistado el renombre de loco.

En el ejército republicano de Méjico, era tan conocido el mayor José Inclán, como lo era el general en jefe; sus travesuras eran legendarias entre la tropa, y en la culta sociedad de la capital nadie las ignoraba, aplaudiéndolas unos y otros: los soldados, porque las hacía un militar, y la otra, porque provenían de un caballero salido de su seno.

Inclán pertenecía á una de las primeras familias de Méjico, que estaba bien de fortuna; era único hijo varón, y tanto sus padres como sus hermanas lo adoraban. Joven había entrado al ejército para combatir por la libertad, captándose la voluntad de todos á causa de la viveza de su genio lleno de frescura, su educación y nobleza de sentimientos. Su valor era de aquellos que pertenecen á los héroes y su mano fuerte para empuñar la

espada y débil para guardar el oro que derramaba conforme lo recibía, pero que por mucho que tirase no le faltaba, pues, su padre le regañaba por sus travesuras y despilfarros, y se reía y las festejaba con sus amigos, no dejando nunca sin contestación favorable los frecuentes pedidos de dinero que le hacía el hijo. ¡Eran tantos los gastos que había que hacer para sostener con dignidad no sólo el rango militar, sino principalmente el nombre de familia!

Una sola vez se enojó el padre, y muy seriamente, por considerar que había faltado al respeto debido á su casa, con una de sus locuras.

Estaba el mayor de guarnición en un pequeño pueblo inmediato á la capital, y sintiéndose algo enfermo pidió permiso para ir á su casa por ocho días para atenderse debidamente. Esto le fué concedido, y entonces, le escribió á su padre, pidiéndole que enviara uno de sus carruajes; pero el padre estaba disgustado porque no había ido á verlo hacia más de quince días, cuando sólo estaban á una legua de distancia, y le mandó decir: “que tomase algún carretón y que en él fuese á su casa, pues ninguno de sus carruajes saldría de las cocheras para irle á buscar.”

¿Qué se le ocurre entonces á Inclán? Lo que no se le hubiera ocurrido al mismo mandinga. Alquiló un pequeño carretón sin toldo y seis yuntas de bueyes mansísimos, que hizo uncir poniendo á cada uno de los del lado izquierdo una manta grande bien cinchada, y adornando las cabezas de todos con coronas de flores y cintas coloradas. Una vez preparado el carretón por el picador y su asistente, hizo atar sólidamente una silla en medio del vehículo, tomando asiento sobre ella, vestido de particular y de rigurosa etiqueta, con guantes blancos de cabritilla; mandó en seguida que seis muchachos que había hecho vestir

á la Dummont, montaran sobre los bueyes enjaezados, emprendiendo luego su pausada marcha para la capital y en dirección á la casa paterna. Esta era uno de aquellos edificios construidos por nuestros abuelos, los hijos de los conquistadores, y que estaba esperando que pasaran diez generaciones para pedir que se le reedifique. La puerta principal tenía el ancho suficiente para que sin dificultad entraran cuatro jinetes de frente.

Antes de llegar á la casa ya sabían que iba, pues había enviado á su asistente para comunicar su arribo á la familia; pero le dió la orden severa de que no dijera el modo como viajaba. Cuando el carretón hubo llegado á cien metros de la casa paterna, se adelantó el asistente á pedir al padre de Inclán y á sus hermanas que se asomaran á los corredores para presenciar la arrogante entrada de su hijo, lo que les comunicaba en nombre de él.

Salieron el señor Inclán y sus hijas al corredor alto del primer piso, y lo que vieron fué la primer yunta de bueyes con el muchacho cabalgando sobre uno; en seguida entró la segunda, y la tercera, y así desfilaron las seis hasta que apareció el carretón con su hijo sentado muy tranquilo y desenvuelto en la silla que tenía. Paráronse los bueyes, y poniéndose de pie Inclán, se sacó el sombrero de la manera más reverenciosa, saludando á sus padres y hermanas que lo miraban llenos de asombro.

La estupefacción del padre fué tanta que no atinaba á hablar, pero así que se repuso algo preguntó á su hijo con severidad lo que significaba aquel carnaval.

—Carnaval, señor? que está usted diciendo? . . . He mandado pedirle un carruaje para venir, y el padre del último descendiente varón de uno de los gloriosos conquistadores ladrones de esta hermosa y riquísima tierra se lo ha negado; pero sabiendo

yo que era de rigor que obedeciera la indicación de mi progenitor, no he dejado de comprender que debía arreglar el vehículo en que viniera por mandato paterno é inapelable, de una manera tal que fuese digno de la raza altiva é indómita de los Inclán.

—Está bien, Pepe, yo te voy á explicar el resto, dijo el señor Inclán con voz alterada por la ira, y penetrando á una pieza salió de ella provisto de un bastón. Dirigióse con paso precipitado á la gran escalera por la que su hijo subía, quien al percibirlo bajando con ademán airado, comprendió instintivamente la clase de explicación que pensaba aplicarle con el argumento que traía en la mano derecha, y juzgando que sus costillas quedarían más contentas si no recibían los razonamientos paternos, se detuvo rápido, giró sobre sus talones, y “*piernas, para que las tengo?*” parece que las preguntó azorado y ellas contestaron con una disparada en dirección á la calle, con gran contento de su frac que desplegó los faldones al viento cual gallardetes batidos por un vendaval.

Inclán no volvió en quince días á su casa, y para hacerlo con cierta tranquilidad corporal, hizo que sus hermanas sirvieran de ángeles guardianes, consiguiendo que el padre lo perdonase, aunque éste le guardó cierto rencor, pues le negó dinero por más de tres meses, lo que en realidad era un castigo fuerte para el travieso.

El general Mendoza era uno de los tipos más originales que haya tenido el ejército mejicano, y las excentricidades que de él se refieren son infinitas. Descendiente en línea recta del Mendoza que acompañó á Herván Cortés cuando la conquista, era el último de su raza, y usaba la espada que aquel trajo y manejó con tanta habilidad contra los aztecas: espada de hoja toledana y buen

trabajo de cinceladura, pero que usada con el uniforme moderno á la francesa, no podía menos que parecer completamente fuera de lugar, haciendo una figura grotesca su portador dueño.

La siguiente anécdota dará una idea de su carácter peregrino. Estaba de Intendente en la ciudad de Puebla, y entre otras disposiciones suyas dictó un bando por el cual ordenaba que se tuviera mucho cuidado al regar las plantas que en macetas adornaban muchos balcones de las casas, á usanza de Andalucía, é imponía cincuenta pesos de multa á quien se descuidara en el regadío haciendo que el agua cayera sobre la acera. La primer penada fué la víctima mayor de sus excentricidades: su propia esposa.

Al salir Mendoza de su casa vió que su mujer había regado con demasiada agua las plantas, pues alguna corrió y mojó la acera; llegar á la Intendencia y mandar una citación perentoria á su señora para que se presentase ante su autoridad, fué cosa simultánea. Corrió ésta á cumplir con la orden, y haciéndose anunciar esperó con zozobra como media hora que su marido le hizo soportar de antesala. Al cabo de este tiempo le dió audiencia.

—Qué quieres Mendoza? le preguntó con tono afligido la señora.

—Señora, aquí soy el Intendente, y espero que guardará la compostura y lenguaje que conviene al dirigirse á la primera autoridad.

—Muy bien, señor Intendente; desearia saber la causa que ha motivado la disposición de la autoridad para que me presentara inmediatamente aquí, so pena de ser traída á la fuerza.

—Las disposiciones dadas por la intendencia han de ser cumplidas en todas sus partes, y usted ha faltado á una de ellas.

—Lo ignoro por completo, señor.

—Eso lo veremos. ¿No ha leído usted el bando publicado hace dos días, en que se trata del riego de las plantas que en macetas se tienen en los balcones que dan á la calle?

—No, señor, no tengo conocimiento de él.

—No me venga usted con camándulas sin más propósito que escapar del merecido castigo á que se ha hecho acreedora, pero que le será impuesto y ejecutado, voto á mil demonios!

—Pero no te enojés, Mendoza.

—Señora, no olvide que está usted hablando con el Intendente.

—Lo que quiero decir, señor Intendente, es que si en algo he faltado, ha sido por ignorancia, y no por mala voluntad ó premeditación.

—Pues bien, se lo haré saber aplicándola también la pena. Ha regado usted sus plantas, y al hacerlo ha derramado el agua sobre la acera, y por lo tanto, y de conformidad con el bando publicado debe pagar cincuenta pesos de multa, ó la impongo quince días de detención.

—Está bien, pagaré la multa, pero no puedo oblarla en este momento, pues no sabiendo para qué se me citaba no se me ocurrió traer dinero. Voy á casa Mendoza, y te lo mandaré.

—Señora, está usted hablando al Intendente y no á su marido, como ya se lo he repetido. Como deseo que no haya retardo en la imposición de la pena impuesta á los que faltan, la facilitaré cincuenta pesos que me devolverá después en su casa, cuando allá vaya como marido suyo.

Diciendo esto sacó el dinero y lo alcanzó á la señora, quien hizo ademán de no tomarlo para que quedara en manos de él.

Llene usted las formalidades, señora; reciba el dinero prestado y entréguelo después á la autoridad.

La paciente esposa tomó el dinero, y después de hacer como que lo contaba se lo devolvió al caprichoso marido, diciéndole:

—Sírvasse recibir la multa, señor Intendente, y no extrañe si oye decir que á causa de este mal rato que me ha hecho pasar la autoridad, recibo en casa á mi impertinente marido como se lo merece: ya me pagará con usura esta multa.

Cuando el ejército de la República se preparaba á rechazar al invasor francés á inmediaciones de Puebla, tenía á su cabeza al patriota general Zaragoza, y por jefe de Estado Mayor á Mendoza, que á pesar de sus estrafalarias rarezas era un militar á propósito para ese puesto, por su carácter organizador, su instrucción y perseverancia incansable.

Un día que recorría los trabajos de fortificación de campaña que se ejecutaban en una colonia llamada de Guadalupe, se le ocurrió una de sus apajaradas ideas. Mandó que tomaran posesión del punto unas cuantas compañías que estaban haciendo ejercicio allí mismo, y que los artilleros se colocaran al pie de los cañones. Cuando esto se hubo ejecutado, colocóse con todo su Estado Mayor del lado exterior de la fortificación, y explicó en alta voz á jefes, oficiales y tropa lo que se proponía hacer.

—Compatriotas! les dijo arrogantemente y con voz de catedrático infalible, suponed que yo sea uno de los principales jefes del ejército enemigo, quien después de dos á tres horas de un combate encarnizado, en que la fusilería y el cañoneo incesante han atronado los aires, me presento como parlamentario ante vosotros, y desde este mismo punto pido que os rindais; en ese momento, y cuando haya terminado de exponer la propuesta de que depongais las armas, debeis rechazarla indignados, con palabras llenas de patriotismo y que pongan de manifiesto que os hallais dispuestos á morir antes que rendir las armas que la

patria os confiara para su defensa y que ver abatida la gloriosa bandera que os han legado vuestros padres á costa de tantos sangrientos y heroicos sacrificios.

El general Mendoza se retiró en seguida con todos sus ayudantes á unos doscientos metros de la linea, paróse allí un momento para hablar algo con éstos, dando vuelta en seguida, y al galope se dirigió hasta unos treinta pasos del parapeto de Guadalupe.

— Valientes mejicanos! les dijo sacándose el kepí y saludando con él á los que ocupaban la fortificación; habeis luchado honrosamente hasta donde es posible que lo hagan los más esforzados paladines; toda lucha ulterior es vana y de esteril sacrificio, así es que en nombre del general en jefe os propongo una honrosa capitulación: rendíos como buenos soldados, que hasta lo último han cumplido con su deber!

Algunas voces se oyeron como envueltas en un hálito de fastidio, y entre ellas se oían una que decía: “No nos rendimos;” otra “Venga la muerte, pues sabremos pelear,” y algunas amodorradas gritaban: “Viva Méjico,” como salidas de un bostezo.

—No señor! no señor! exclamó impaciente el general, no es ese el modo de contestar; no hay energía ni se ve tampoco la indignación con que debe ser rechazada una propuesta semejante cuando es hecha á los indómitos defensores de la patria. Es necesario que todos á una y con toda la fuerza de sus pulmones, pronuncien las palabras de rechazo, y que el “*Viva Méjico!*” haga estremecer el aire, para que repercuta en el corazón del parlamentario, y que comprenda que el invasor no tendrá más recurso que matar á todos antes que poderlos someter. Voy á repetir lo hecho, y espero que sabrán hacer lo que les he explicado.

Entre los ayudantes de Mendoza estaba José Inclán, y cuando el general regresaba al punto de donde había emprendido el galope para pedir la rendición, se le acercó y con el aire más santurrón y jesuita le propuso entrar al baluarte para explicar á la tropa con sencillez lo que él se proponía, y que en frases selectas había dirigido, pero que creía que no todos las habrían comprendido por lo elevado y correcto del lenguaje usado por el general, y lo limitado de la inteligencia y falta de cultura en los oyentes.

—Me parece bien, ayudante, voy á darle el tiempo suficiente para que explique á la tropa mi propósito; tiene razón, no he hablado cual convenía para ser comprendido por esos buenos soldados.

El ayudante Inclán pasó el foso y habló reservadamente al comandante de tropa. No debió ser cosa muy afligente ó dolorosa porque soltó la más homérica carcajada cuando oyó lo que le comunicaba, y sólo con señas pudo manifestarle su aprobación, pues una risa interminable se había apoderado de él. Inclán recorrió las compañías exponiéndoles su plan que, según lo había manifestado, debía poner á la vista la indignación que sentían á la sola mención de que se les propusiera rendir las armas, por más que fuera con todos los honores de la guerra.

Poderosas y convincentes debieron ser las razones ó consejos dados, puesto que el aburrimiento que antes se veía latente en la cara de los soldados había desaparecido por completo y en su lugar ponían todos unas caras de Domingo de Pascuas, habiéndoles entrado una especie de necesidad de comunicarse á media voz quién sabe que cosas!

Una vez que Inclán hubo terminado su misión con la tropa volvió al galope al grupo en que estaba Mendoza.

—Ya les he explicado, señor, los propósitos de usted, dicién-

doles que á su modo é ingenuamente manifestara cada cual con virilidad la indignación que sintiera por la especie de afrenta que se les hacía, y que esto daría entera satisfacción al general.

—Eso es ayudante, eso es! que cada cual manifieste á su modo, con ingenuidad y energía lo que siente su corazón de mejicano: no hay que pedir frases de retórica á los soldados, ni uniformidad en las palabras que usen para desahogar sus nobles pechos.

Dicho esto se dirigieron al galope hacia el reducto, y parándose otra vez Mendoza en el mismo sitio, repitió las palabras pidiendo la rendición.

—Valientes mejicanos heroicos defensores de este baluarte, rendíos!!

Esta vez atronó el aire la voz de todos, pues parecía que cada soldado quisiese que la suya predominara. ¿Pero qué decían?... El general estaba atónito, prestando oído á todo y mirando á la linea como si no se pudiera dar cuenta de entusiasmo tan frenético; y en cambio se doblaban sobre las monturas sus ayudantes, tratando de ocultar lo más posible la risa que les bailaba en el cuerpo.

El *á su modo* de cada soldado se notaba en las palabras distintas y enérgicas que pronunciaban: “¡No sea tonto, cara de tamango!” “¡Váyase á tal ó cual parte, so trompeta!” “¡Miren el canalla lo que ofrece!” Y un diluvio de malas palabras y de frases soeces tan variadas que nadie las encontraría ni en los diccionarios de quince idiomas juntos.

—Esas son barbaridades y personalidades sin altura é indignas del uniforme, dijo por fin el general, no sean torpes, mejor será limitar las frases y que no se diga sino que rehusan rendirse, y den un ¡viva! á Méjico.

Es sabido que nunca volvió Mendoza á dar esa clase de ejercicios prácticos.

Desde ese día le conservó cierto rencor á Inclán, á pesar de las seguridades que daba éste de no haber hecho más que explicar á los soldados los propósitos del general, recomendándoles muy particularmente la energía en las palabras, pero que jamás pudo suponer que habían de manifestarse tan grosera y obscenamente, hasta el extremo de faltar no sólo á toda regla de mediana educación, sinó, lo que era más grave aún dadas las circunstancias, de haber faltado á todo sentimiento de respeto á sus superiores, lo que constituía una falta de disciplina merecedora de severo castigo.

Cuando el ayudante Inclán estaba de servicio tenía la costumbre de aprovechar la noche mientras dormía el general, yéndose á pasarla de *farra* con otros compañeros. Su jefe lo sabía ó lo sospechaba, pero hasta entonces nada le había dicho, tolerándole la falta.

El primer día que le tocó estar de servicio después del célebre simulacro le dijo el general cuando se presentó á pedir órdenes:

—Ayudante, aunque no lo necesite en las veinticuatro horas de servicio, quiero verle la cara de vez en cuando para cerciorarme de que está usted cumpliendo su guardia.

—Así lo haré, señor general, fué la respetuosa contestación dada por Inclán; pero la guiñada que hizo á los compañeros al retirarse, daba á estos suficiente indicio de que alguna travesura iba á tener lugar.

El día y parte de la noche pasó sin novedad alguna, pero cuando el general se acostó á dormir, manifestó Inclán un gran contento y llamó al compañero de servicio para que lo acompañase en la pieza inmediata. Conforme sintió que dormía su jefe penetró en la pieza llamándolo hasta despertarle.

—Aquí estoy, general, soy el ayudante Inclán.

—Y bien, ¿qué novedades trae?

—Ninguna, señor, venía únicamente á hacerme presente, conforme á la orden recibida hoy.

—Está bueno, ayudante, váyase.

Media hora más tarde y cuando el general hubo vuelto á tomar el sueño profundamente, repitió Inclán la operación de despertarlo, dándose por presentado.

—Está bien, ayudante, váyase y no me fastidie; dijo Mendoza, bastante molestado por la despertada é insistencia del ayudante.

Esta vez le costó más trabajo reconciliar el sueño á la víctima del travieso Inclán; pero no bien dió á conocer con su respiración que ya estaba en brazos de Morfeo, cuando volvió á despertarle su perseguidor.

—¿Qué hay?

—Nada más que yo, señor, que vengo á hacerme presente.

—Mire, ayudante, exclamó furioso el general sentándose en la cama, hágame el favor de ir á buscar lo de Cambrone, ó si se queda lo mando preso por dos meses.

Inclán saludó militarmente, dió media vuelta y á paso redoblado salió á la calle.

Quando se levantó el general preguntó por Inclán, y se le contestó que después de media noche habia salido pero que aún no habia regresado. La cara que puso Mendoza indicaba una tormenta, pero nada dijo; saliendo á recorrer los cuarteles con los demás ayudantes, y al llegar á la plaza principal se encontró de manos á boca con el ayudante.

—Á dónde vá usted, señor? le preguntó con tono iracundo.

—Ando buscando la casa del señor Cambrone y no la hallo, pues nadie lo conoce.

—Yo le diré donde lo ha de encontrar. Capitán Pérez vaya

con el ayudante Inclán al batallón de cazadores, y por mandato mío entréguelo preso hasta nueva orden.

El pobre bromista se sopló un mes de prisión severa, y cuando salió lo separó de su lado el general Mendoza.

Referiremos su trágico fin y la causa que lo motivara.

En 1869 descubrió el Presidente Juárez una seria conspiración contra su gobierno, y de las medidas que tomó resultó preso el mayor Inclán, acusado de haber querido sobornar á algunos oficiales y sargentos de las tropas de la guarnición. Probado este hecho, y conforme con las leyes y ordenanzas militares fué sometido á un consejo de guerra que lo sentenció á muerte.

Puesto en capilla para ser ejecutado á la mañana siguiente, no tuvo tal situación poder para hacerle perder su buen humor, pues desde allí dirigía bromas, reíase y hacía reír á los amigos que lo visitaban. Cuando el fiscal fué á decirle que nombrara defensor, le contestó que no acostumbraba dar pasos inútiles á sabiendas; como el fiscal insistiera en ello, pues de lo contrario le nombraría uno de oficio, pidió que le trajera la lista para escoger, lo que hacía cediendo á los empeños de sus amigos. Una vez que le fué llevada extendió el pliego sobre la mesa, tomó una pluma y separándose unos dos pasos dijo que iba á usarla como flecha y que el nombre que *pinchara* sería el indicado como el de su defensor; todo se hizo como lo dijo. Al sacerdote que fué á verle por ser amigo de la familia y enviado por ella, le dijo con tono burlón:

— Padre, usted me ha enseñado la religión desde mi infancia y yo me he tragado todo; cuando llegué á hombre se levantaban en mi espíritu muchas dudas sobre la verdad de lo que usted aseveraba, pero yo no quería rechazar sus doctrinas y me abstenia de razonar para poderlas guardar intactas. Mañana habré

salido de las sombras que han nacido algunas veces en mi ánimo, y si son ciertas las cosas de la otra vida que me ha enseñado, me le apareceré en sueños, y si no me dejan venir le voy á mandar un bellissimo ángel femenino, rollizo y sonriente para que le haga grato su sueño; pero si sus teorías han sido consejas de vieja no se lo perdonaré, pues aunque no soy ni rencoroso ni vengativo, eso sí, más tarde ó más temprano me la paga el que me la hace, y en ese caso espéreme con los piés bien lavaditos porque he de bajar para *tirarle de las patas*.

Se hizo fuertes empeños con el Presidente, quien le conmutó la pena en cinco años de destierro, según el decreto, pero todos sabían que el yerno de Juárez, cubano, se había arreglado á última hora con Inclán para que fuese á ayudar á los revolucionarios de Cuba, prestándoles el valioso contingente de su instrucción militar.

Estuvo con la insurrección cubana y llegó al grado de general, distinguiéndose por su pericia y valor; razón por la que los españoles trataran de deshacerlo, hasta que finalmente lo consiguieron capturándolo y fusilándolo sobre la marcha, según su costumbre.

Los revolucionarios cubanos sintieron hondamente esa pérdida y el jefe de ellos juró que la vengaría; se le presentaron muy pronto medios de poder ejecutar sus propósitos, pues en una sorpresa que sufrieron las tropas españolas cayeron prisioneros un coronel y diez y siete oficiales. Inmediatamente mandó el general realista una comisión compuesta de tres personas, para que aproximándose como parlamentarios al caudillo insurrecto, le propusieran cualquier cosa por obtener la vida del coronel prisionero, á quien estimaban muchísimo por su posición social, su saber y pericia.

Los parlamentarios fueron conducidos á presencia del jefe de

la revolución, y recibidos con la cortesía más exquisita, y así que hubieron expuesto los motivos que allí los llevaba, les dijo el caudillo insurrecto:

—Este incidente me causa muchísimo placer, porque ni que lo hubiese pedido me habría podido llegar más á propósito. En el acto voy á dar libertad al coronel y sus oficiales, en cambio de un prisionero de los nuestros que ustedes tomaron hace ocho días, y á quien estimamos mucho: me refiero al general Inclán.

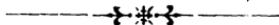
Cáusame pena, señor, dijo el jefe de los parlamentarios, no poder satisfacerlo, porque desgraciadamente cayó prisionero el general Inclán en manos de un jefe que, sin esperar resolución superior, lo fusiló en el acto, pero estamos dispuestos á dar dos por uno de la misma clase militar en cambio de los nuestros, para lo cual nos comprometemos solemnemente á nombre del Capitán General de la isla, pues si bien no tenemos ahora prisioneros, podemos tomarlos más ó menos pronto en esta lucha.

En ese momento se aproximó un sirviente anunciando que el almuerzo estaba servido, y el caudillo revolucionario invitó á los parlamentarios á que le hicieran el honor de acompañarlo, invitación que aceptaron por haberles asegurado que en la mesa recibirían su contestación.

Hallándose á la mitad del almuerzo, y cuando principiaba á animarse la conversación, oyeron todos de pronto una descarga como de cinco ó seis fusiles, pero como vieran que los cubanos seguían tranquilos en su plática, creyeron los españoles que sería algo natural en el campamento de los insurrectos. Á los cinco minutos volvió á oirse otra descarga igual: los cubanos seguían manifestando la misma tranquilidad; repitiéndose las descargas con el mismo intervalo de tiempo preguntó uno de los españoles al caudillo cubano, lo que significaban aquellas descargas tan iguales y próximas al sitio en que estaban.

— Esas descargas? son la contestación que doy á ustedes, pues se está fusilando á los prisioneros españoles. Pagamos en la misma moneda: ustedes no dan cuartel y lo justo y equitativo es que los imitemos.

El apetito de los españoles se dió por satisfecho, retirándose con más odio que el que habían traído contra los criollos cubanos.





Alrededor del fogón

LA jornada no había sido larga, pues sólo se hicieron cinco leguas castellanas antes del almuerzo y á medio día y dos á la tarde, lo que para un soldado mejicano equivale á mover poco las piernas y nada más, pues la marcha ordinaria no suele bajar de diez á doce ordinariamente, y aún entonces no se ven rezagados, si se exceptúa en los días de calor sofocante, para evitar el cual se hacen generalmente de noche las etapas. Como se hubiera acampado frente á un gran arroyo hubo un baño general, con lo que se abrió el apetito y despertó la alegría.

Un bosque inmediato proporcionó abundante leña, que fué llevada al campo para encender los fogones al oscurecer, y preparar los puntos de reunión en que se había de conversar tomando el té de hojas de naranja, al mismo tiempo que se fumaba un cigarrillo de pobre tabaco, con el mismo deleite con que un millonario puede tomar frente á la chimenea una taza del más aromático té de la China y saborear un riquísimo cigarro del más escogido tabaco de la Habana.

Veíase á primera vista el espíritu de contento que prevalecía en el batallón Zaragoza, pues por todos lados se oía cantar, sil-

bar, y las más espontáneas risas, producidas probablemente por alguna de esas salidas ingeniosas, grotescas á veces pero siempre llenas de *humor*, aunque no siempre poéticas, púdicas y castas; salidas que caracterizan el tipo legítimo del soldado criollo.

Después del toque de retreta salió el coronel á recorrer los diversos grupos, buscando protegerse en la sombra para no llamar la atención de los soldados que los formaban, pues así observaba quienes tenían más compañeros. Al llegar á la compañía de granaderos vió en uno de los fogones á un soldado de cazadores, conocido por lo inagotable de sus cuentos y anécdotas de color subido, lo que hizo que se fijara en los demás, viendo que todos eran reputados parlanchines y alegres perpetuos, como así mismo buenos soldados, hombres de entera confianza y siempre respetuosos.

—Dios los cría y el diablo los junta! dijo el coronel acercándoseles; no se levanten, pues voy á sentarme entre ustedes para que me cuenten algo, porque todos son fuertes en la materia.

—Tantas gracias, mi coronel, por el favor que nos hace en sentarse á nuestro fogón, y por la opinión bondadosa con que agracia nuestro ingenio, dijo Lucio Sánchez que parecía presidir la reunión. Casualmente tenemos hoy sesión seria y circunspecta, es decir, que está prohibido contar cuentos ofensivos al recato de la más escrupulosa beata, pues el que falta á ello, ya se puede preparar á ser el proveedor del amoroso liquido que debe cosquillar nuestras gargantas en la sesión siguiente, la que pertenecerá á la categoría de las que sólo pueden ser oídas por los que no se espantan de algún equívoco peliagudo ó un retruécano *macanudo*, capaces de producir cosquillas en los lomos de un burro viejo.

—Parece que forman ustedes un club, si he de juzgar por las palabras de Lucio.

—Si señor; cuando Dios ha dado al hombre un dón agradable, es necesario que lo cultive, y el mejor modo de conseguirlo es tener trato frecuente con aquellos que están igualmente favorecidos. Por eso nos hemos ligado los más entendidos del batallón, y cuando no estamos muy cansados y siendo buena la noche, nos reunimos y por turno relata cada cual alguna anécdota nueva, que ha inventado ó que ha pescado en sus paseos; si sirve, la aplaudimos recompensando al que la refiere, y si es insulsa, le aplicamos una pena. De este modo conseguimos tres cosas; la primera y principal que nos divertimos, la segunda que adelantamos en el cultivo honesto de nuestro cacumen, y la tercera que á nadie perjudicamos, estando ocupados, y por consiguiente, lejos de pensar en cosas que no convendrían á los intereses de nuestros prójimos. Vamos á principiar; á tí te toca el turno, Batata, dijo Lucio dirigiéndose al cazador, tienes que dar algo bueno porque estás en deuda del otro día, así es que tu cuento tiene que ser lindo y acompañado, como la figura que vimos en Monterrey, que tenía por lema "*Estrellas dobles.*" No te vayas á chiflar y nos endilgues alguna lagrimeada, porque nos obligarás á darte un manteo en primera oportunidad y á ser después arrojado de este ilustre club. No te estés encojiendo, tendremos presente tus sufrimientos causados por los agrios desengaños que te ha dado la ingrata que todos conocemos, te lo digo sin malicia.

Á esta última observación no puso cara de contento el cazador, pero dominándose principió á hablar.

—Cuando yo era muchacho todavía, me destinaron por equivocación al Fijo de Veracruz, que era el cuerpo correccional más duro que había para eso de disciplina y porque siempre lo tenían á uno de guarnición en las costas, con lo que estaba-

mos expuestos á que cada verano fuera el final de nuestra vida, llevados á una tumba prematura é inmerecida por la maldita fiebre amarilla; y no me negarán ustedes que es cosa triste para un soldado que se tiene por valiente, eso de acabar en un hospital echando el alma á arcadas y demás menudencias.

— Multa, Batata! exclamó Sánchez, multa por eso de las menudencias, pues por inocente que sea puede ser mal interpretado por una beatita. *Afoja* tres cigarrillos.

— Valiente, don melindroso, estar haciendo ascos á una manera de decir tan decente y púdica que la puede oír sin ruborizarse hasta un niño que no ha nacido aún! . . . te doy los cigarros para no andar en alegatos como los tramposos. Pues como iba diciendo, allí me destinaron porque me *acumularon* no recuerdo qué chisme de que me había apropiado de lo ageno contra la voluntad de su dueño. Me echaron á la compañía de cazadores, donde el más incauto podía dar lecciones de quedarse con lo ageno al empleado más pintado de cualquier aduana nuestra, pues eran más ladinos para eso que los ingleses para acaparar tierra extraña, que diz que quieren civilizar; y hasta me atrevería á afirmar que había algunos á quienes no les sacaría la oreja ni mi amigo Lucio Sánchez.

— No seas irrespetuoso, Batata; no olvides que las paredes tienen oídos, y que eso nos puede acarrear algún desagrado; á más de estar dando pruebas de una educación deficiente con eso de hacer odiosas comparaciones.

— No me interrumpas malignamente, y digo así, porque estoy seguro que lo que te propones es sacarme los cigarrillos á fuerza de multas, y la patria no está como para andar haciendo muchos floreos. Como iba diciendo, una vez allí traté de conocer á mis jefes y oficiales, conforme lo manda la Ordenanza, y el instinto en los milicos, porque sea dicho con perdón

de los superiores, es bueno saber con los bueyes que uno ara. Como á cada cual hay que darle su lugar, voy á principiar relatando un *modito* del coronel nuestro, á quien todos daban el apodo de *Chicas corvas*. El tal jefe era más rabioso que el diablo atado á un monigote que lleva un hisopo de agua bendita, y más rencoroso que jente de sacristía; nunca perdonaba y tenía una memoria que daba miedo; cuando algún compañero se dejaba pescar en la calle con algo que no era suyo, nada lo salvaba del castigo, pues aunque se hubiera empeñado la Virgen de Guadalupe y el niño Jesús no habría cedido. “ Brutos, animales, meterse á ladrones y dejarse atrapar! yo les voy á dar torpezas!” exclamaba furioso y otra porción de cosas por el estilo. Hablaba también de la historia antigua, en que un rey muy grande y poderoso no castigaba á los ladrones sinó su torpeza.

—Se refería á la legislación de Licurgo y la educación que Esparta daba á sus hijos, observó el coronel.

—Por ahí era la cosa, señor, pero no lo comprendo bien, pues nunca he ido á la escuela, así es que no sé leer ni escribir.

—Habla así de pura modestia mi coronel, dijo Lucio, porque ahí donde lo ve con esa cara de taimado, y aunque no *sea leído* siquiera, tiene más ardidés que un escribano, por aquello de la uñas.

—No le haga caso á ese lengua larga, que no sirve sinó para desacreditar á la gente honrada. Pues como iba diciendo, el coronel sólo castigaba al que atrapaban fuera del cuartel, pues por lo demás era capaz de prestarse á dar una manita con tal que el golpe fuera ingenioso. Al toque de llamada para el ejercicio de tarde sacaba una silla, la ponía al lado de la puerta del cuartel, algo separada de la pared, y una vez que tomaba asiento se echaba para atrás, de modo que el respaldo diese contra la

pared y descansara sobre las dos patas traseras. Allí quedaba inmóvil como si fuera de piedra, pues sólo sus ojos se movían, estaba en acecho, pasando revista con una mirada á todo individuo que pasaba para entrar al cuartel, teniendo que cuadrarse para hacer el saludo militar. En una de las tardes en que estaba allí con cara de pocos amigos, llegó un soldado que había *pepenado* un pavito por los alrededores, y lo traía tapado debajo de su blusa, pero como era animalito crecido le sobresalían las patas quedando á la vista. El milico enfrentó al coronel cuadróse é hizo la venia, pero cuando iba á girar sobre sus talones para dirigirse al cuartel, lo detuvo el coronel con un ademán, y señalando á las desgraciadas patas del pavito, preguntó con voz airada:

—¿Qué significa eso? ¿Qué llevas ahí?

—Señor coronel, es mi guitarrita, contestó sin turbarse el soldado.

— Pues tápale las clavijas que se le están viendo.

Todos rieron de la anécdota y el coronel hizo un movimiento para levantarse, pero fué detenido por el cazador.

—Falta *la doblada* y no le ha de pesar oirla, dijo Batata. No hubo pasado mucho tiempo de entrado el soldado del pavito, cuando vió el coronel Chicas corvas que llegaba otro muy envuelto en su capote, acompañado por tres mujeres las que, á juzgar por sus ademanes, no eran palabras afectuosas las que le dirigían. Apenas hubo llegado frente al jefe, y sin que hubiera tenido tiempo de hacer el saludo después de cuadrarse, ya le habían cortado la retirada las viejas, hablando á un tiempo para informar al coronel de la queja que las traía. El soldado permanecía como una estatua, con la mano derecha contra la visera del chacó, y apretando con la izquierda un bulto que traía debajo del capote.

—¿Qué has hecho para que estas malditas brujas vengan alborotadas detrás de tí, atronando los aires con su vocinglería?

—Nada les he hecho, mi coronel, son de puro cotorras que están escandalizando á todos los que las ven.

—¿De puro cotorras, so sin vergüenza? Mire, señor coronel, hace días que anda rondando nuestro ranchito, y conforme creyó que no lo espíabamos, le echó las garras á un lechoncito nuestro; el mejorcito.

—¿Tú has robado un lechoncito á estas mujeres?

No, mi coronel.

—Ya ven que están equivocadas, viejas gritonas, pues este soldado no es culpable de la falta gratuita que ustedes le atribuyen.

—¿No es culpable? Pues si no nos cree, ábrale el capote y verá lo que allí oculta; y si usted no ve nuestro animalito será por ser ciego ó porque quiere tapar las faltas de sus soldados ladrones.

El coronel no pudo menos de extender el brazo y abrir con rabia el capote, y llegó á contemplar el lechoncillo más nítido y gordo, tan rollizo y atrayente como angelito pintado.

—¿Y esto, canalla?

El soldado bajó la vista sin moverse dirigiéndola á su pecho, apuntado por el inflexible dedo del furibundo jefe, y con el aire de la más ingénuo sorpresa, exclamó inmediatamente:

—¿Esto? . . . Quien sabe, mi coronel, *se me habrá subido!!*

El milico quedó sin su pesca, escapando del castigo, pero el coronel vejó atrocemente á los dueños, diciendo que debía hacérseles pagar una multa por tener animales trepadores.

—¡Bravo, Batata, te has portado! Dijo Lucio, y es justo que recibas un ligero premio; toma este frasco que contiene un riquísimo néctar, conocido comunmente con el prosaico nombre

de aguardiente mezcal, y dale un beso amoroso, pero no lo alargues cual beso de despedida, haciéndolo durar como la última nota del toque de silencio, pues será demasiado sostenido para tan frágil criatura.

El coronel se levantó, retirándose á su tienda, así es que no vió cómo Batata puso el gollete de la botella en sus labios, haciendo con arte sumo un *trino con calderón* tan prolongado que dejó sin alientos á Sánchez, aunque el instinto de conservación le dió suficiente fuerza para echar mano á la botella arrebatándola del bebedor.

—Mira que habías sido curioso, Batata, tomarte la dura tarea de querer vaciar la botella para ver lo que tiene escrito en el fondo; como todo mal criado: le dán la mano y se toma hasta el codo. Ahora te toca á tí, Artillería, continuó Sánchez dirigiéndose á un soldado de la primera compañía de fusileros, y á quien le habían puesto ese sobrenombre á causa de haber servido durante cuatro años en aquella arma, por la que guardaba gran respeto y cariño. En él era un estribillo y á cada cosa, viniera ó no al caso, era seguro que se le oiría decir: “cuando yo estaba en la artillería,” ó “no se hacía así en la artillería,” etc., etc.

— Ya que se ha tocado el punto *jefes* voy á relatar algunas cositas de mi antiguo y noble cuerpo de artillería, que goza de la derecha en toda formación, con lo que está dicho todo, para los envidiosos de esa arma. El coronel era hombre muy bueno, como que era bastante amigo de las iglesias, teniendo una hermana monja, y hacía que todos los domingos y días de fiesta fuéramos á misa al convento. Nuestros malos deseos no habrán podido alcanzar á las monjitas, porque los soldados éramos algo descreídos y no nos hacía gracia la penitencia de hacer servicio

el día de descanso; pero si ha podido influir en algo mi deseo contra ellas, me arrepiento y deseo que salgan del infierno á que las destinaba. El teniente coronel era quien manejaba el cuerpo, siendo más minucioso que una solterona vieja; sufría de sordera, lo bastante para tener que hacer uso de una trompetilla acústica cuando quería saber lo que le decían. Diariamente visitaba el coronel el cuartel, y entraba á la Mayoría del cuerpo para averiguar *puras zonceras* según el segundo jefe, lo que así ha debido ser porque ya les he dicho que era sumamente candoroso. Había ordenado un día no recuerdo qué insignificancia, habiéndolo olvidado de darle cumplimiento el teniente coronel, pero conforme vió la falta se encaminó á la Mayoría, y colocándose frente del sordo, mesa de por medio, tomó la trompetilla y con voz alterada le preguntó por qué no se había dado cumplimiento á lo mandado. Desgraciadamente estaba sufriendo de un horrible dolor de muelas el teniente coronel, y al verse interpellado de esa manera, contestó con poco respeto, al extremo de exasperar la mansedumbre del coronel que olvidó el uso de la trompetilla, y dando un golpe de puño sobre la mesa increpó á su segundo la falta cometida; pero éste, aunque nada entendió había visto dar el puñetazo y veía la fisonomía alterada del coronel, y como un energúmeno se puso en la punta de los piés, y con los puños crispados se apoyó sobre la mesa para decirle con voz recia: “ Á mí no se me grita, pues no soy sordo.”

—Bah! eso no sirve, Artillería, afloja dos cigarrillos de multa, y da otra cosa.

—Qué gusto tan delicado el de este letrado; toma los cigarrillos y allá va otro.

Había en el cuerpo un capitán que era el crédito del Regimiento, estudió para abogado y de puro patriota dejó su carrera para servir con su vida la buena causa. El coronel lo que-

ría por sus excelentes cualidades como oficial, y porque sabía tanto como las mismas Ordenanza y la Táctica juntas, pero rezelaba algo á causa de su brusquedad, como así mismo porque se le solía ir la lengua cuando reprendía en el ejercicio, no que se le fuera la *sinhuerso* como á comadre de barrio, sinó porque hablaba recio y sólido, á estilo de antiguo campamento, con lo cual mortificaba al jefe que era muy medido en su lenguaje, como dicen que son las señoras. Estando en campaña acampados á campo raso, se le ocurrió al coronel dar *una lección práctica* á una batería: y á eso de las diez de la noche, con un frío de todos los demonios y una lluvia ténue pero penetrante, montó á caballo bien cubierto con su capote de hule y buenas botas granaderas, acompañado de sus ayudantes, dirigiéndose al campo del escuadrón de mi capitán, quien, envuelto en su capote y cubierto con una manta dormía profundamente en su tiendita de campaña, muy ajeno á lo que le esperaba. Se le despertó y comunicó que allí estaba el coronel que quería hablarle. En medio de la más profunda oscuridad se aproximó á éste y pidió órdenes.

— Capitán, cómo tiene usted las mulas de sus piezas?

— Á estaca, en fila y á cinco pasos de distancia la una de la otra.

— Muy bien, haga formar un pelotón compuesto de un sargento, dos cabos y diez y seis artilleros, y que vengan acá.

Ejecutóse la orden con la mayor prontitud y silencio, y una vez que estuvieron al lado del coronel, hizo que se les formase en ala, numerándose en numeración corrida; ejecutado lo cual mandó que marcharan á la línea de estacas, debiendo hacer alto cuando el último llegase al lado de la primera mula.

— Voy á darle una lección práctica, capitán, tal como lo hacíamos en la gran campaña del año 28, cuando yo era cadete todavía.

El capitán que había soportado todo muy bien y tranquilo mientras creyó que se trataba de algún servicio de destacamento, sintió subírsele la rabia á la cabeza, pues tenía la convicción y lo repetía siempre, de que el jefe no hacía sino pamplinas superlativamente tontas, propias de viejo desocupado, en su tiempo y en su cabeza.

—Capitán, usted hará marchar la fila, debiendo permanecer firme el último número al lado de la primera mula, y cuando el penúltimo llegue á la estaca siguiente hará alto dando su número en voz alta, con lo que se indica que ya tiene su mula, y así seguirán todos hasta el número uno, con lo que queda hecha la operación, que después se ratifica por el oficial.

Á los soldados se les explicó lo ordenado, ejecutándose todo al pie de la letra, y conforme se paró el número uno, preguntó el coronel con voz de mando:

—Tiene cada artillero su mula? . . . y en el acto se oyó la contestación afirmativa; pero al capitán le bailaba la rabia en el cuerpo, y de algún modo tenía que tranquilizarse, así es que dirigiéndose al pelotón preguntó estentóreamente:

—Y cada mula tiene su artillero?

—Por qué pregunta semejante cosa? observó el coronel.

—Para cumplir las instrucciones de usía, que dijo que una vez hecha la operación sea ratificada por el oficial.

Lucio Sánchez no se mostró satisfecho del cuento, pues con displicencia observó al narrador:

—Indiferente, cosa muy indiferente, Artillería, no estás en vena.

—Pero también, qué quieren que uno cuente de bueno cuando lo que se ha de referir no debe asustar ni á una mosca? quieren música y no quieren ruido, como el padrino que regaló una caja de tambor al ahijado, pero á condición de que no molestara con redobles.

—No seas ignorante, Artillería, algún día tiene que ser Viernes Santo; ya ves, hasta los yankees que son herejes, tienen su día de oración y penitencia.

—Lo que no les impide que en él se alcen unas *monas* más grandes que elefantes. Dame siquiera un consuelo, déjame darle un besito á tu niña, se me ha secado el gaznate.

La botella dió su vuelta con la recomendación especial de Sánchez, repetida á cada uno cuando le llegaba el turno: “Casto en tus caricias, mucha castidad.”

Terminada la gira de la botella, la tomó Sánchez y la guardó á su lado después de haber visto con cierta melancolía lo mucho que había disminuido su contenido.

—Vamos á ver Rejilla, si te *decentéas* un poco y nos das uno bueno.

El soldado á quien Sánchez acababa de dirigir la palabra, era un hombre robusto y joven, cuya cara daba una irrefutable prueba de haber sido atacado por la viruela con rigor sumo; el sobrenombre se le había quedado desde que una vez tuvo la desgracia de medio enamorarse de una muchacha que tenía más agudeza que malos gobiernos ha disfrutado la humanidad. Un día en que la creyó enternecida á favor suyo porque escuchaba con gusto los dicharachos y cuentos escabrosos que contaba, le echó sus flores, más como ella lo pusiera en duda, la pidió que se le acercara y leyera en sus ojos si faltaba á la verdad; pero ella le dijo que no lo hacía porque si se le arrimaba se podía imaginar que tenía que confesarse, pues á su cara la había dejado la suerte como *rejilla de confesonario pobre* . . .

—No me exijan hoy; me reserve para los días en que no haya trabas: no pidan que rebuzne el canario, ni á la calandria que cante responsos.

—Pues entonces, pagarás la multa de media botella de mezcal; no hay que hacer, se cumple lo convenido ó se paga la falta.

—No faltaré á lo mandado, primero por ser cumplidor de todo compromiso contraído, y segundo, porque no sabría de dónde aviarme para pagar el precioso líquido. Voy, pues, á referir lo más inocente de mi repertorio, y si no les agrada, aguantarse. Cuando serví en la frontera lo hacía en el 4 de infantería, cuyo jefe era un buen militar. Bajo de estatura, bilioso y que padecía de insomnio, no teniendo más amor que el del batallón ni mayor gusto que mortificar á todos. Le habíamos puesto por sobrenombre algo que le venia como pintado y tan á propósito como pedrada en ojo de boticario: le llamábamos *Mosca brava*, . . . pero la verdad es que el cuerpo andaba como un reloj. Una vez vió que el capitán de la primera compañía no había ido á su cuadra, ni había presenciado el reparto de carnes, y como éste era algo pretencioso y no se le doblaba, creyó bueno el momento para atraparlo en falta, que aunque pequeña le daba motivo fundado para rezongarle un poco. Lo esperó y conforme se aproximó le preguntó *exabrupto*: “Cuántas ovejas ha recibido hoy para el rancho de su compañía?” Sorprendido el capitán é ignorando el número contestó al acaso, diciendo que eran diez y seis.

—Con que diez y seis, señor capitán? han sido veinte y una, y es muy singular que un señor oficial que tanto presume, considerándose de muchas campanillas, y quizá hasta de cencerros, esté ignorante de lo que es obligación suya conocer bien.

—El señor teniente coronel me ha preguntado cuántas ovejas ha recibido mi compañía, y le he contestado que diez y seis, lo cual es exacto; si me hubiera preguntado cuántos animales eran los recibidos le habría dicho que veinte y uno, pues ha de saber

que los cinco no mencionados por mí no eran ovejas, porque pertenecían al otro sexo, aunque inofensivamente.

El teniente coronel se tragó la broma sin decir palabra, pero se la guardó al capitán, quien refirió el hecho á los compañeros, que festejaron mucho la salida; aunque uno le dijo que si bien era buena y graciosa *su salida* no dejaría de ser mejor *la entrada* que el otro le retornaría en pago de ella.

Cinco meses después estábamos en campaña formando parte de una división que marchaba á incorporarse al grueso del ejército, acampando una tarde de modo que al lado de nuestro batallón estaba el 6 de infantería, en cuyo cuerpo servía como teniente primero un hermano del capitán. Había orden severa prohibiendo á todo oficial ó soldado que saliera de su campo sin permiso superior.

Á eso de las tres de la tarde asomó la cabeza el teniente llamando á su hermano, y cuando éste contestó le preguntó si quería tomar una buena taza de café, lo que fué aceptado, y sin tardanza pasó á la tienda de campaña de su hermano. Pero, para desdicha del capitán, lo vió salir su jefe que estaba sentado en su carretón vigilando, y en el acto lo mandó buscar con un ayudante por todo el campo, pero con orden de que no se le llamara á gritos; como era natural, no se le encontró.

Cuando regresó el capitán se acercó el ayudante comunicándole orden de arresto. Le preguntó á éste si conocía la causa que motivaba esa medida, pero el ayudante contestó negativamente, diciéndole que haría como una hora que el teniente coronel lo había hecho buscar por todo el campo, no habiéndosele encontrado. Al día siguiente se le levantó el arresto, y al presentarse á su jefe para comunicarle que estaba pronto para todo servicio, le dijo éste con suma amabilidad que: le habia causado pena verse

obligado á arrestar á un oficial tan cumplido, pero que por eso mismo y lo mucho que le distinguía, lo había puesto en esa dura necesidad.

—Señor, ignoro la causa de mi arresto y desearía que se me la hiciera conocer.

—La ignora usted? qué no conoce la Ordenanza en la parte que se refiere al servicio de campaña? ha olvidado que está prohibido salir de su campo sin permiso del jefe del cuerpo?

—Pero, señor, yo sólo me he alejado para tomar una taza de café con mi hermano, cuya tienda está al lado de la mia!

—Esa es la causa del arresto; un oficial que es tan minucioso y exacto, que llega á fijarse hasta en el sexo de los animales que recibe para el rancho de su compañía, debía distinguir también la diferencia que hay entre el campo del 4 y el del 6.

El capitán se mordió los labios y se retiró como pollo mojado, pensando en el refrán aquel, que dice: no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

—Vaya, Rejilla, te has portado; echemos la despedida, pues ya veo al corneta de guardia que va á tocar silencio.





Lucio Sánchez

DE compleción recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza." Así describe Cervantes á Don Quijote, palabras que de molde le vienen á Lucio Sánchez, soldado del batallón Zaragoza de Méjico, con la aclaración necesaria en este caso, de que la caza de que gustaba no era limitada solamente al reino animal, sinó que se extendía al vegetal y mineral, y á todo lo ajeno que pudiera proporcionarle un beneficio.

En cuanto á esta última inclinación, era tan hábil en ponerla en práctica que habría podido dar lecciones, no digamos á Caco que como ladrón es muy poca cosa al lado de los maestros del arte en la época actual, sinó que hubiera podido demostrar á Cartouche y á los más hábiles *pick-pockets* de Londres y Nueva York que era muy superior á ellos en la ilustre profesión de sustraer lo ajeno con delicadeza tal, que ni una sensitiva se apercibiría si él quisiera robarle algunas hojas con sus afilados dedos.

Además de estos rasgos debemos añadir que tenía seis piés de estatura, lo que le daba derecho á pertenecer á la compañía

de granaderos; que estaba muy lejos de poseer la gravedad del ilustre manchego, pues siempre andaba sonriendo; y por lo que hace á la caballería suma de Don Quijote, no la conocía este malandrín ni de oídas, á no ser que se tenga por tal el hecho de tener escrúpulos en hurtar mucho, ó cosas de gran valor, pues sólo sustraía lo necesario para *aviarse* por unos cuantos días.

No consideraba criminal su afición á lo ajeno, pues aunque no había oído hablar de Proudhon ni de sus teorías, las profesaba instintivamente en la parte referente á la propiedad; consideraba, por lo tanto, lícito apropiarse lo superfluo de los demás, en cantidad suficiente para llenar lo que llamaba sus *necesidades de gastos*.

Solía propasarse en la bebida, pero jamás perdía la razón por completo, y sólo se le conocía de pronto su estado por lo parlanchín que se ponía, y su deseo de discutir puntos de táctica militar y arte de la guerra. Varias veces fué ascendido á cabo y otras tantas veces había dejado de serlo, porque el placer que experimentaba al verse *clase* se le subía á la cabeza haciéndole perder el juicio, y todos decían que era la botella con que festejaba su ascenso lo que lo descompaginaba. El resultado fué que después de veinte años de militar, no estaba sinó en la clase de soldado: eso sí, era soldado de toda confianza, de ahí que á veces se le mandara con alguna pequeña partida, en la que dragoneaba de cabo, cumpliendo siempre su deber.

Nadie pudo explicarse nunca, cómo era que siempre tenía algún frasco de bebida espirituosa; todos lo sabían, pero él lo negaba frecuentemente; y hubo vez que al vérselo alegrón se le pidió cuenta de todos modos, para que dijera de dónde había sacado de beber, limitándose á contestar que no había tomado aguardiente alguno, pues si en ese momento estaba *algo*

elevado era porque se había puesto un rato al sol quitándose el chacó, lo cual habría hecho fermentar un poco el espíritu que había quedado extraviado en su cuerpo después de la última *tomadita* con que se había complacido.

Muchos suponían que tuviera alguna mujer, siendo en ese caso la depositaria, pero esta idea hubo que ser desechada porque nadie le vió ligado á *soldadera* alguna, y él mismo decía, que eran zonzos los que gozaban en ser propietarios de casas, cuando era más cómodo y seguro ser inquilino: prefería ser merodeador.

Su habilidad para estar bien con todos los jefes y oficiales era la de un perfecto diplomático, pues á nadie prefería en sus demostraciones obsequiosas, si se exceptúa al coronel, con quien lucía más habilidades que con los demás. Algunos solían hacerle bromas á ese respecto, llegando hasta á llamarle adulón, lo que le molestaba en alto grado.

— No es porque sea adulón que lo distingo, ni porque le tenga miedo, contestaba amostazado y salpicando sus ideas con palabras poco cultas, sinó porque se me da la gana de quererlo, pues vale más que todos ustedes juntos, trompetas sin vergüenzas.

Era infalible en atender á su coronel con una taza de café en cuanto paraba la tropa en la marcha primera, dándosela con la mayor sencillez, como si fuera obligación suya; esperaba que hubiera tomado el contenido para recojer la taza con una mano mientras que con la otra alargaba un frasco con cognac.

— “Tome un traguito de leche francesa, mi coronel!” eran las invariables palabras con que acompañaba el obsequio.

Descansaban las tropas de la División Norte en un pueblito de la sierra, y el batallón Zaragoza había recibido para alojarse

una parte del antiguo convento de frailes que allí había, local espacioso y cómodo.

Esto era el año 1866, época difícil para los republicanos de Méjico, en la que apenas comía la tropa porotos y maíz, pagándose como único pre cincuenta centavos al mes á cada soldado, tres pesos á los oficiales y cinco á los jefes; en que el café era reemplazado por un té hecho con hojas de naranjo, tan abundante por allí, endulzándolo con *piloncillo*, es decir, con azúcar negra y ordinaria, parecida al mazacote. Sin embargo, no se oía una queja, todos esperaban que aquello había de concluir favorablemente, pues era inquebrantable la fe que se sentía por la República, y grande el deseo de arrojar al invasor y sus auxiliares, los hijos menguados de Méjico.

Nuestro Lucio Sánchez estaba un día de guardia en el cuartel, y cabalmente de centinela en la puerta. Todos estaban adentro descansando después del almuerzo, hasta que se echara el toque de llamada para formar y salir á hacer ejercicio, cuando se oyó de pronto la vibrante voz del centinela de la guardia de prevención que gritaba:

— Guardia! á formar! el ciudadano general en jefe!

Á esta voz se puso en movimiento todo el batallón, corriendo á tomar las armas para recibirlo conforme lo prescribe la Ordenanza. El general venía á caballo, acompañado de sus ayudantes, y conforme se aproximó mandó el oficial de guardia que ésta echara sus armas al hombro y en seguida las presentó é hizo batir marcha. El centinela del portón estaba tan tieso como una estatua de mármol, perfectamente cuadrado y con su arma presentada.

El general enfrentó la portada, saludó militarmente é iba á penetrar en el cuartel, cuando Sánchez le cruzó su fusil atajándole el paso.

—Pie á tierra! le dijo al general con toda entereza.

—Soy el general en jefe! contestó éste con voz enojada.

—No lo ignoro, pero en el cuerpo de guardia está la bandera del batallón, que vale más que el general en jefe. Pie á tierra!

—Es muy cierto, dijo el general sonriendo, no lo había recordado; echó pie á tierra con toda su comitiva, encaminóse hacia el centinela, y echando mano al bolsillo sacó tres pesos y los ofreció al soldado.

—Toma, le dijo, por haberme hecho presente lo que no debí olvidar al venir donde está el glorioso Zaragoza.

Sánchez había vuelto á tomar su posición de centinela con el arma presentada, y era la imagen impasible de la estatua del comendador; pero cuando vió el dinero y su ofrecimiento, le brillaron los ojuelos, pestañeando con rapidez, pero de lo demás de su rostro no se conmovió un sólo músculo.

— No puedo recibir, estoy de facción; atrás!

Meneó la cabeza el general y penetró al cuartel después de haber mandado retirar la guardia. En ese momento salió á recibirlo el coronel, á quien refirió el incidente ocurrido, pasando en seguida á visitar las cuadras.

Apenas se le presentó á Sanchez una ocasión favorable llamó al cabo de cuarto pidiéndole que lo relevara del puesto por un cuarto de hora; éste lo hizo así dándole el permiso pedido para llegar hasta el superior. Muy luego se le vió como sombra detrás del general y demás jefes y oficiales de la comitiva, y aprovechando un momento en que el primero quedó algo separado de los demás se le puso de frente y cuadrándose militarmente lo saludó, dirigiéndole al mismo tiempo la palabra.

—Mi general, ya no estoy de facción.

—Ya lo veo, dijo éste, y echando mano á su dinero sacó una moneda de cinco pesos. Toma esta aguilita, para que compres

tabaco y convides á tus amigos; te la doy porque has sabido cumplir con tu deber y conoces tus obligaciones.

Pero quién lo creyera? Sánchez no movió un músculo, y mirando friamente al superior, le dijo respetuosamente.

—Señor, es mucha la generosidad de usted, é inmenso el placer que yo tendría en poder llamarme dueño de esa moneda, pero mi conciencia y la honradez natural de un soldado del Zaragoza, me impiden poderla recibir en esas condiciones.

—En qué condiciones? qué entiendes tú con eso de conciencia y honradez? explícate.

—General, usted me regala esos cinco pesos, porque conozco mis obligaciones y cumplo con mi deber; pero señor, si aquí en el batallón del Zaragoza, no hay uno sólo que no se halle en las mismas condiciones que yo! Aceptar así, sería faltar á mis compañeros y superiores.

El general soltó una franca risa, y duplicando la suma se la dió á Sánchez diciéndole:

--Toma, letrado, no puedes negar que eres soldado de tu coronel, tienes muchas leyes y letra menuda. Toma el dinero, te lo doy porque te lo doy, y espero que ya no habrá objeción que hacer.

Sánchez no se hizo rogar y se retiró contento; en honor de la verdad debemos decir que todo el dinero lo usó en comprar tabaco para los soldados de su compañía.

Á principios de 1867 marcharon las fuerzas republicanas sobre Querétaro, donde estaba el emperador Maximiliano con veinte mil hombres. La división Norte llegó á orillas de la ciudad al caer la tarde, colocándose ya preparada para no ser sorprendida por algún ataque llevado por los imperialistas. Estaba de jefe de día el coronel del Zaragoza, quien recibió del general

en jefe instrucciones especiales para la colocación de las tropas, como así mismo sobre las medidas apropiadas al caso. Una vez terminada la tarea pasó á colocarse al centro de la línea formada por un batallón acampado sobre un campo sembrado de avena crecida ya como unos veinte ó treinta centímetros. Al llegar allí con sus ayudantes y ordenanzas de servicio, echó pie á tierra para descansar siquiera unas dos horas; pero antes de hacerlo se aproximó á una pequeña fogata que había y á cuyo lado vió un soldado sentado; éste no era otro que el nunca bien ponderado Lucio Sánchez, á quien, sufriendo siempre de insomnio, le bastaban cuatro ó cinco horas de sueño para su descanso.

— Qué estás haciendo, Lucio?

— Ya lo ve, mi coronel, esperando la diana y haciendo por la vida.

— Tienes café para darme una taza?

— Y dos también, estamos provistos de todo. Mire, estoy asando una gallinita que bondadosamente se me vino á la mano, y pronto estará para comerla, así es que desde luego le ofrezco una presita para la madrugada; se la llevaré con un poco de pan y café con leche francesa. Parece que luego tendremos algún enredo con los traidores y es bueno llevar con lastre el cuerpo, porque usted sabe muy bien lo que dijo el gran capitán del siglo, y con sobradísima razón: “Más batallas han sido perdidas por los estómagos vacíos que por los malos generales.”

— Bueno, Sánchez, espero que me darás el gusto de probar tu gallinita asada, que no dudo será tierna para dejarse mascar, como lo fué para condolerse de ti y buscarte. Voy á recostarme cerca de donde están los caballos, y como tú no has de volver á dormir, si alguien me busca, dile donde estoy.

Ninguna novedad ocurrió; á la diana recorrió el coronel la linea, dió parte y regresó á su cuerpo para desayunarse y recordar á Sánchez su promesa. Apenas hubo llegado, cuando se le presentó con una taza de café y pan, asomando del bolsillo de su pantalon el gollete de una botella, que á no dudarlo, contenia leche francesa.

—¿Y las presitas de gallina que me ofreciste?

—Ay! mi coronel, hay tantos gavilanes por estos campos!... me han desplumado; me han ganado con mi mismo juego; me han dejado sin bocado alguno; no me queda más que el recuerdo doloroso de lo rica y sabrosa que debió quedar la gallinita asada! y lo gordita que estaba la otra pícara que tomó las de Villadiego! ingrata! al fin hembra!

—Vamos, Lucio, déjate de Jeremiadas y de aspavientos y confiesa que tú te la comiste toda, olvidando tu promesa. Te disculpo, que quizá habría hecho lo mismo en tu caso, pues sé muy bien lo que son necesidades.

—No me juzgue mal, señor, nunca faltó á lo prometido, salvo fuerza mayor; y eso es lo que ha impedido darme un gusto doble, como es el que habría tenido en comer la gallinita asada haciéndole partícipe de ella. ¡Nadie sabe para quién trabaja! y esta vez ha sido duro el caso, pues tenía hambre bien preparada con el olor que despedía el ave y el no haber mandado nada sólido á la recámara del cuerpo desde medio día. ¡Que me la hayan quitado de la boca y no sospechar siquiera quién habrá sido el muy taimado! ha de ser de la familia, mi coronel, pues ni rastro ha dejado.

—Déjate de lamentaciones y cuéntame lo acaecido.

—Pues es el caso, señor, que eran dos las gallinitas que tenía: la una la vió usted al fuego, pero la otra estaba viva y la tenía á mi lado con las patas atadas; pero era algo inquieta,

cosa disculpable si se tiene presente que era jovencita, y es probable que con las continuas sacudidas que se dió se le aflojó la cuerda que sujetaba sus piernitas, y conforme las ha sentido libres emprendió una carrera hacia afuera, probablemente en busca del gallo, á quién echaría de menos, dada su juventud. Me levanté en el acto para atráparla, pero en la oscuridad se *me hizo perdiz*, fatigándome inútilmente el deseo de tenerla á mi lado para consuelo de otro momento de hambre. Regresé á mi fueguito á consolarme y gustar doblemente de la otra; pero cuál no sería mi sorpresa al ver que ésta había desaparecido? no había podido volar, puesto que no sólo no tenía plumas sinó que ya estaba muy bien asada; hombre no podía ser quién me la robara, puesto que todos duermen en el campamento á excepción de los centinelas; creo pues, que ha sido algun condenado ó algún buho.

—Tú sabes que en el cuerpo hay un insigne ladrón de gallinas; no eres tú el unico á mi entender y es probablemente ese quién te ha estado espiando y te ha fumado.

—No sea malicioso mi coronel, no aumente el número de mis fragilidades; yo no soy ladrón de gallinas. . . són ellas las que me salen al encuentro seduciéndome con sus gracias. Al fin y al cabo, soy hombre y tengo que ceder, pues ellas son exigentes y yo soy tierno. Pero dígame señor; de quién sospecha que me haya hecho la jugada?

— Recuerda que la banda lisa, tiene un perro perfectamente adiestrado para apoderarse de lo ajeno.

—Es cierto, mi coronel, bien puede ser, porque el Ratoncito es capaz de jugársela al mismo Lucifer, no digo á mí que soy medio inocetón.

Estando sitiando á Querétaro fué una noche el coronel Naranjo, jefe de un regimiento de caballería, á hacer una visita á

su amigo el coronel del Zaragoza, cuya tienda de campaña era la mejor del ejército por haberla llevado de los Estados Unidos y ser de las usadas por los generales. Al llegar echó pie á tierra entregando las riendas de su caballo al asistente que también había desmontado, y dirigiéndose á Lucio Sánchez que ese día estaba de ordenanza de su coronel, le preguntó si estaba en su alojamiento. Al recibir contestación afirmativa penetró allí saludando con efusión á su amigo.

—Vengo á charlar contigo, y á que me des una buena taza de té con un poco de rhum que no te ha de faltar excelente.

—Y te daré un buen cigarro también, que disfrutarás como un santo, pues de la clase que te ofrezco ni siquiera uno has de haber olfateado de un año á esta parte. Espero que no le harás gestos, porque es muy probable que ya tengas echado á perder el paladar con las hojas de repollo que en forma de *hamburgués*, fuman ustedes los *pincha muertos*.

Ya estás echando bravatas *pisa hormigas*; dáme lo ofrecido y no me hagas hablar de los infantes; pobres diablos que sólo se avían con lo que desechamos los de caballería. Infelices pisa hormigas, que no saben ni solviar lo ajeno!

—Mira, Naranjo, dijo riéndose el coronel del Zaragoza, no me obligues á que te dé una lección práctica de la habilidad de algunos de mis soldados, pues pourá pesarte más de lo que te imaginas.

Los dos amigos tomaron el té con rhum, y fumando siguieron conversando más de una hora, llenos de buen humor, refiriéndose los últimos cuentos que corrían en el campo. Mientras conversaban estaban afuera haciendo lo mismo los dos soldados, y Lucio Sánchez convidó al otro con un par de buenos tragos de bebida blanca.

Los apodos que acababan de darse los jefes eran conocidos en

todo el ejército para designar el arma y no el individuo: los infantes eran *pisa hormigas*, según los de caballería, y á estos les dieron los otros el de *pincha muertos*, sin que por ello se ofendieran, pues siempre se llevaban bien.

Despidióse el coronel Naranjo, montó á caballo y emprendió la retirada; pero no bien hubo avanzado unos veinte metros, cuando se detuvo y habló á su asistente, pero cuando oyó la contestación volvió á la tienda llamando al amigo, al que le dijo con voz enojada:

— Yankee, me acaban de robar del arzón los dos revolvers Colt que traía, y eso ha sido aquí, frente á tu alojamiento.

— Pero hombre, cómo puede ser eso, cuando tu asistente ha estado ahí todo el tiempo, teniendo de la brida á los caballos; los habrás dejado en tu campo ó los habrás perdido en el trayecto que has recorrido.

— No, y no! aquí me los han quitado, pues cuando bajé del caballo me cercioré de que estaban en las pistoleras.

El coronel llamó á su ordenanza.

— Sánchez, oyes lo que dice el coronel Naranjo, ¿se ha acercado alguien por aquí, ó se ha separado su asistente de donde lo dejó?

— Mi coronel, nadie ha andado cerca de aquí, á no ser que hayan sido los espíritus, pero yo no los he visto; y por lo que hace al compañero ni ha pensado mover las piernas, pues hemos estado juntos conversando amistosamente.

— Ya ves, Naranjo; pero vete tranquilo que si tus pistolas han caído en mi campo, te las enviaré mañana mismo.

Una vez que se hubo retirado la visita llamó el coronel á su ayudante.

— Ayudante, dígame al capitán de campo que doble las centinelas inmediatamente, y que vigile con el mayor cuidado para

que no salga soldado alguno del recinto de ellas, pues se acaba de cometer un robo y es necesario aclararlo.

Pasó la noche tranquila, y al toque de diana ya estaba en pie con la espada al cinto el coronel del Zaragoza; apenas se hubo pasado lista y dándose el parte, ordenó que se estrechasen las distancias, y con tono tranquilo pero con el retintín que sus soldados le conocían y que significaba que no había que descuidarse, les dijo que en la noche anterior le habían sacado al coronel Naranjo sus revolvers de las pistoleras, y que habiendo sucedido eso en su campo era necesario que aparecieran antes de una hora, ó todos pagarían el pato.

Al retirarse para desayunarse vió que Lucio Sánchez esperaba en la puerta como para comunicarle algo, así es que le preguntó lo que quería:

— Vengo á darle parte y hacerle saber donde están las pistolas, y á pedirle permiso para explayarme.

— Habla, pero no me andes con vueltas. Dónde están los revolvers?

— Sobre su mesa, mi coronel, al lado de su desayuno. Nadie las ha robado, sino que como el coronel Naranjo estaba *echando guayabas* y su asistente las estaba aprobando y riéndose de los infantes, me pareció oportuno hacerle ver lo que usted le dijo, de que el día menos pensado le había de dar una lección, mostrándole que en los que cargamos mochila, fusil y bayoneta, hay más instrucción para saberse buscar la vida que en esos pincha muertos tan arrogantes porque andan sobre patas ajenas, que cuando llega el caso las saben aprovechar para ponerse lejos del peligro, que nosotros sabemos afrontar.

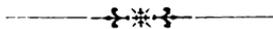
— Me alegro que esto haya sido como lo dices; y ahora mismo te vas á ver á mi amigo, le devuelves las pistolas, y le refiles todo.

Sánchez recibió la orden con muy poco placer, pero no había que hacer sinó cumplirla, pues á nadie se le ocurría en el batallón el que no se ejecutara fielmente lo mandado, así es que haciendo de tripas corazón tomó los revolvers y se dirigió al campo de la caballería. Hizo saber allí que iba de parte del coronel del Zaragoza y fué llevado á presencia de Naranjo, á quien refirió el caso sin nombrar al autor de la sustracción.

— Dile á tu coronel que no he dudado que pareciesen mis pistolas cuando me dijo anoche que me fuera tranquilo; así mismo, que declaro habilísimo al que me las sustrajo, y que conforme pueda he de pasar por allí para regalar unos cinco pesos al diestro escamoteador.

— Si me permite, mi coronel, le ahorraré una molestia, dándole la oportunidad de no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy. Como yo fuí el autor de la prueba, puedo recibir aquí esa recompensa que tan generosamente concede á mi habilidad, que demuestra que los infantes no necesitan que les deje sobras la caballería para aviarse donde quiera, bastándose á sí mismos.

El coronel se rió, y le regaló los cinco pesos.





El Real de Catorce

EN 1866 estaba aún ocupado todo lo principal de la República Mejicana por los franceses y las tropas imperialistas de Méjico; de ahí que fuera el gobierno de Maximiliano el que cobrara las contribuciones que todo establecimiento debía abonar al Estado, y los constantes republicanos luchaban casi destituidos de todo recurso pecuniario, lo que hacía mucho más difícil la heroica defensa en favor de la autonomía é instituciones de la patria.

Entre las grandes industrias que habían dejado de abonar al gobierno las contribuciones debidas, se hallaban las ricas minas del Real de Catorce, con su casa de acuñación de moneda, cuyos propietarios eran españoles en su mayor parte, de aquellos llamados rancios, y por lo tanto partidarios del imperio. Es sabido que á esa clase de hijos de la Iberia les ha gustado desde hace siglos los gobiernos fuertes, como los de Felipe II y Fernando VII, *mucha iglesia*, con sus grandes pompas en los inmemorables días de fiesta tan gratos á los perezosos y holgazanes, y la *Santa Inquisición* que libraba del contacto inmundo de toda herejía que no fuera católica, apostólica romana, en-

mendando á Dios la plana en este pícaro mundo, en que á fuerza de bonachón consiente que tantos Mefistófeles hagan de las suyas.

El Real de Catorce era una población como de cuatro mil habitantes, enclavada en la falda de un cerro, y á cuyos piés se abría un ancho y profundo precipicio, por donde corría un arroyuelo manso en tiempo bueno, pero que se convertía en torrente atronador después de las lluvias torrenciales que caen frecuentemente en esas montañas. La forma de la sierra en que se halla escondido el pueblito se parece á una T, siendo su asiento el punto en que se aproximan las barras, separadas por el cauce del torrente; y para llegar á él hay que hacerlo por sus estrechas laderas. Los cerros están taladrados por la mano del hombre, que hace siglos extrae de su seno metales preciosos y plata en abundancia tal, que se ha establecido allí una casa de acuñación de moneda.

Los propietarios de minas se habían valido de mil subterfugios para no pagar los derechos al gobierno republicano, y éste había carecido de medios para compelerlos á cumplir con su deber. Pero hubo un momento en que se aproximó la División Norte á unas quince leguas de ese punto, y estando con ella el gobernador del Estado, pidió que se mandara un destacamento de tropas para acompañar á su tesorero y poder recaudar lo atrasado.

Se envió un escuadrón de caballería compuesto de auxiliares del ejército, marchando tranquilo su jefe por la ladera que conducía al pueblo, por estar bien informado de que no había tropas enemigas. Pero el confiado comandante no contaba con la mala voluntad de los propietarios, quienes tomaron sus medidas para aniquilarlo en un momento dado. Al efecto hicieron que

los mineros trepasen la cresta del largo cerro desprovisto de árboles, y por cuya falda única podía llegarse al pueblo. En número de más de quinientos permanecieron ocultos, habiendo amontonado piedras de las infinitas que había sueltas; cuando la tropa llegó al pie de ellos, marchando de á dos en frente, que era lo que permitía el camino en un trayecto de seiscientos metros, se levantaron arrojándoles piedras y haciendo rodar masas de roca que caían estrepitosamente, llevando por delante caballos y jinetes, y lanzándolos al precipicio. Sucumbió la mayor parte del escuadrón, y entre los muertos se contó á su jefe.

Cuando los sobrevivientes se incorporaron á la División, el hecho produjo un efecto desagradable, y nadie se explicaba que pasaran cuatro y cinco días sin que enviara el general algunas tropas para castigar al Real de Catorce. Pero es que se había mandado averiguar si podría recibir auxilio inmediato de las tropas imperiales, y cuando se supo positivamente que no era fácil, llamó el general al coronel del Zaragoza.

—Coronel, tengo una comisión para usted, que estoy seguro lo llenará de contento: es misión que requiere no sólo valor, sinó también un tacto sumo. Después de meditarlo bien, he creído que usted es el más á propósito para ejecutar mi proyecto; le voy á dar plenos poderes para obrar como lo juzgue más conveniente y sin restricción alguna, pues si llega á ser necesario fusilar á algunos ricachos imperialistas ó á algunos traidores, lo hará y tendrá mi aprobación oficial. Es necesario que no se burlen del gobierno de la República esos bribones de gachupines que son los amos del Real de Catorce. Va usted á ir allá á cobrar las contribuciones atrasadas y á castigar á los que á su juicio resulten culpables del atentado que se ha cometido últimamente. Con un batallón y el teniente coronel Laing con dos escuadrones, habrá de sobra para eso, pues no hay tropas imperiales que

puedan ir á socorrer ese punto: están demasiado ocupadas en otras cosas.

El coronel del Zaragoza creía también que con esa tropa había de sobra para realizar lo propuesto; tenía perfecto conocimiento del terreno, porque el desastre acaecido á un compañero dió margen á largas conversaciones entre todos, no faltando jefes y oficiales que conocieran el punto. Pero él tenía algo mejor: dos sargentos inteligentes que habían trabajado allí durante dos ó tres años, teniendo en la punta de los dedos, como se dice vulgarmente, el mapa correcto de aquellos parajes.

—¿Cuándo debo marchar, señor general?

—Mañana mismo, para estar de vuelta cuanto antes, pues tendremos que movernos dentro de quince ó veinte días.

—Voy á permitirme hacer un pedido, que espero me será concedido; tengo mi plan bien meditado, no dudando que obtendré el éxito más completo, pero es necesario que se me faciliten los medios que considero imprescindibles.

—¿Qué quiere? Irá bien armado, bien municionado, llevará cargueros abundantes, con café y piloncillo, frijoles, maiz y sal; créo que para una jornada de cuatro días va mejor provisto que ninguno de los que quedamos esperándolo.

—Nada tengo que observar á eso, limitándose mi pedido á que el pagador de mi cuerpo lleve diez talegas de pesos.

—¿Está usted en sus cabales? Diez mil pesos para su batallón y los escuadrones de Laing? ¡Pero si esa suma apenas la tendremos para toda la división!

—Mi general, yo voy á buscar dinero, relativamente mucho dinero; necesito que mis soldados reciban diariamente su pre, y que todo lo que nos haga falta sea pagado al contado. Tengo mi plan, y habiendo tenido usted siempre confianza en mí . . .

—Absoluta, coronel; nunca he tenido que arrepentirme de ello, y creo que lo mismo será en adelante.

—Pues entonces haga el sacrificio, y créame que no será sinó el cebo con que atrapemos la gran caza.

—¡Sea así! Á otro no le daría el único dinero que tenemos; pero me dice el corazón que todo ha de ir bien. No le quiero preguntar cual es su plan, para no hacerle objeccion alguna; si el resultado es como usted lo espera, tanto mejor para su crédito.

La pequeña columna emprendió la marcha al día siguiente con todas las precauciones militares, llegando al siguiente día al valle en que principia la cordillera donde está situado el Real de Catorce, debiendo hacerse tres horas de marcha para atravesar el trayecto montañoso. Allí pernoctó la columna, al alba pasó lista y tomó café; pero antes de emprender la ascension de la montaña habló el coronel á jefes y oficiales á fin de que estos trasmitiesen á la tropa sus ideas. Les dijo que iban á tener que obrar con suma prudencia; que castigaria duramente al soldado que se embriagara ó cometiera la más lijera falta en el pueblo; y que de su conducta dependia el éxito de la expedicion. Hizoles saber también que recibirían diariamente su pre, cosa que hacia largo tiempo que no habían visto realizarse.

Se separaron los jefes y oficiales, se emprendió la marcha y en el camino les iban explicando lo delicado de la mision que llevaban, estando de por medio su buen nombre si fracasaba la empresa. Era de ver la fisonomia de esos valientes, contentos de la confianza que en ellos se tenía, por lo cual unánimemente manifestaron que se mostrarían dignos de la confianza depositada.

El coronel del Zaragoza había escogido de entre sus soldados unos veinte y cinco que hacian en su cuerpo las veces de los

sharpshooters, tiradores certeros, muchos de ellos antiguos cazadores de venados de profesión, utilizándolos para voltear jefes y oficiales enemigos, ó algún guerrillero molesto. Estaban bajo las órdenes del sargento Trejo, jóven, de pocas palabras y cumplido militar; todos le respetaban *como si fuese oficial*, según decían sus tiradores. Á éste le dió sus instrucciones el coronel dos horas antes de emprender marcha la columna, y se anticipó á ella para apoderarse de la cresta del cerro y marchar paralelamente con los que seguirían la falda. Llevaba orden de *limpiar* bien las alturas, sin consideración alguna, lo que significaba meter una bala á cualquiera que pretendiera andar tan elevado, dando esta medida por resultado que la marcha se hiciera sin tropiezo, llegando al pueblo á las diez de la mañana, sin haber visto ni á un perro.

Se entró al pueblo batiendo marcha, pero ni un muchacho se asomó á presenciar la entrada: todo el mundo había desaparecido de las calles, estando cerradas las puertas y ventanas. Como se tenía un plano exacto del pueblo fué fácil la colocación de la tropa y las guardias necesarias para evitar cualquier sorpresa, permaneciendo acuartelados el batallón y los escuadrones.

El coronel se dirigió á la casa del más importante personaje, que lo era un señor Meza, español de origen y que en esa época estaba en la capital de la República. Ya había mandado anticipadamente á su asistente con su equipaje, pidiendo alojamiento, que le fué dado por el dependiente principal que estaba á cargo de la casa con otros dos. Allí se estableció tranquilamente, conversando con los de la casa como antiguos conocidos, comiendo con ellos y pasando sociablemente la noche, pues se encontró con que en la sala había un piano.

De las conversaciones sacó en limpio que con excepción de diez ó doce individuos, todos se habían marchado con sus familias, ya para otros pueblitos inmediatos ó á guarecerse en las minas, pues tenían á la tropa recién llegada á causa del desgraciado acontecimiento de días anteriores, llevado á cabo por las tropas imperialistas y nó por los vecinos.

El coronel sabía á que atenerse á este respecto, pero aparentando dar crédito á lo relatado, les dijo que nada tenía que ver con eso, pues había venido con su tropa á pasar un mes y dar instrucción á los muchos reclutas que traía. Les dijo también que quería aprovechar su estadía para proveer de ropa blanca á su batallón, y que en virtud de eso deseaba comprar el género necesario, preguntado el precio á sus oyentes.

—Este pueblo no solamente está desierto de personas, sinó de todo, pues no hay ni un alfiler; todo ha sido llevado, de ahí que no podrá conseguir cosa alguna.

—Entonces me voy á valer de usted, le dijo el coronel, para que me haga el favor de constituirse en mi proveedor; le daré el dinero que se necesite y consígame lo que me haga falta. Le pido así mismo que si alguno de los almaceneros es amigo suyo, le haga abrir su casa provista de buenos artículos, pues mis soldados reciben diariamente su pre y es natural que quieran gastarlo. Lo único que le encargo es que no se les venda mucha bebida, ni que me los esquilmen, contentándose con una ganancia módica.

Las palabras del coronel produjeron su efecto, y al tercer día estaban abiertos los almacenes y tiendas; casi todos los habitantes habían regresado, y lo que es más, se había constituido una tertulia diaria en la casa de Meza donde de diez á doce de la mañana se tomaba un ajenjo ú otros licores, se charlaba y reía, despidiéndose todos para ir á almorzar y volver á for-

mar la tertulia á la noche y jugar al tresillo y á la malilla real hasta las once, hora en que cada cual se retiraba á dormir. Se estableció la más cordial confianza entre todos, y hasta hubo sus bailecitos en el pueblo, asistiendo algunos sargentos y cabos. Decididamente, la gente más inofensiva y alegre era la que constituía esa guarnición, con el grato agregado de que consumía bastante pagando todo bien, pareciendo que aquello iba á durar un siglo.

No se perdía el tiempo mientras tanto, en lo que hace á la parte militar, ni se descuidaba la vigilancia; y el continuo andar de algunas patrullas por los suburbios del estrecho pueblo, que tenía muy pocas salidas, no llamaba la atención de los habitantes que llegaron á mirarlas como la cosa más natural del mundo. Pero estas patrullas y los paseos que daban los oficiales y sargentos, tenían por objeto el estudio más completo de todos los rincones, entradas y salidas, lo que una vez obtenido decidió al coronel á dar el golpe proyectado.

Como á los diez días de estar allí, un domingo, y á las once en punto de la mañana, se hallaban el coronel y tres ayudantes bebiendo una copita y conversando alegremente con los principales propietarios de las minas ó sus representantes, cuando se oyeron dos tiros. Á todos llamó esto la atención, pero el coronel que sospechaba su origen, les dijo con el mayor aplomo: que probablemente eran dos balazos dirigidos contra alguno del pueblo que habría intentado fugar al ser preso por sus soldados.

—Señores, continuó dirigiéndose á los vecinos, en este momento está rodeado por mi tropa todo el pueblo; las alturas ocupadas por mis mejores tiradores, y ustedes saben que son buenos por haberlos visto tirar al blanco, y que llevan la or-

den de conducir á todo hombre al cuartel del Zaragoza. Yo he venido en comisi3n y me har3 un honor en presentarles mis instrucciones á fin de que sepan á qu3 atenerse. Los principales deudores de la contribuci3n se hallan aqu3 presentes; yo tengo la lista de todos y tambi3n traigo los recibos en debida forma, de las cantidades adeudadas; llevan la firma del gobernador del Estado y de su tesorero general.

La cara de aquellos se3ores fu3 la imagen de la sorpresa al principio, pero reaccionaron, y hubo por parte de algunos no s3lo alguna palabra dura, sin3 algo como amenaza, pero el coronel los puso en orden.

—Si alguno se atreve á dirigir una mala palabra 3 hace un adem3n de amenaza, est3 seguro que le dejo tendido de un halazo; no me va á palpar el coraz3n m3s precipitamente que de costumbre, y menos á mis ayudantes; al primer tiro que resuen3 aqu3, entrar3 el pelot3n que est3 en el zagu3n, y para no meter ruido acabar3 con ustedes á bayonetazos. Ser3, pues, mejor, que dem3s principio á arreglar las cuentas, para que puedan mandar preparar el dinero y hacerlo conducir al valle.

As3 se hizo en efecto, para lo cual hubo que entregarles los hombres de su confianza que necesitaron, pagando cien pesos por cada uno, por ser esa la multa que se impon3 á cada capataz. Se vieron obligados á mandar como pudieron las talegas sobre mulas bien enjaezadas, al punto indicado. Pero no termin3 todo en eso, pues tambi3n se impuso á cada hombre una contribuci3n de veinte pesos, 3 de lo contrario, tendr3an que seguir presos con la columna.

Los se3ores tuvieron que pasar la noche en la casa, pues el coronel no les permiti3 salir, ten3ndolos á todos bajo guardia; les orden3 tambi3n que hicieran llevar sus cabalgaduras al aclarar el d3a, porque tendr3an que acompa3arlo hasta llegar al

valle y hacerle entrega de los caudales. Les aconsejó así mismo que hicieran saber á sus mineros y demás del pueblo, que á la primera piedra que se arrojara sobre la tropa ó al primer tiro que sonase, los bajaría de sus monturas fusilándolos sin la menor demora, para lo cual les dió su palabra de honor como militar y caballero.

Todo le salió á pedir de boca al previsor coronel, llevando al cuartel general cuatro veces más dinero del que se había esperado, por lo que fué muy felicitado por el general, que no dejaba de reirse de *la tertulia para beber amigablemente un ajenjito.*





Perros en el ejército

NINGÚN animal se distingue tanto como el perro por su fidelidad y apego al hombre. Cuántas veces no han salvado á sus amos con su instinto, y cuántas no han descubierto á los ladrones y asesinos que cometieron delitos contra la persona á quien estaban ligados. Pues bien, por mucha que sea su fidelidad para sus bienhechores no es mayor que su inteligencia y perspicacia, lo que podríamos demostrar con un volumen de pruebas irrecusables.

La historia de estos animales presenta las más sorprendentes manifestaciones de amor, fidelidad, perspicacia, obediencia, vigilancia, etc., etc., y muchas veces se siente uno más inclinado á poner en duda la interpretación de los hechos presentados por el que los refiere, que á creer en la verdad de ellos.

El hombre, comprendiendo las condiciones de estos cuadrúpedos, los ha aprovechado en todo tiempo en beneficio propio. Los primeros habitantes del globo han debido utilizarlos para la caza y como vigilantes de sus guaridas amenazadas siempre por bestias salvajes. Después se les ha debido aprovechar, como hasta ahora se hace en muchas partes, para cuidar el ganado manso,

elevándolos á la categoría de pastores. En la Laponia, Finlandia y Kamschatka los utilizan los esquimales como animales de tiro: son sus caballos.

El perro de Terranova es usado allí no solamente como animal de carga y perseguidor de lobos, sinó que se le aprovecha como el mejor guardián de los niños; y los de San Bernardo han adquirido con sobrada razón un renombre sin igual. Recordamos que el perro Barry salvó en doce años la vida de cuarenta personas, hecho que coloca á este animal muy por encima de la mayor parte de los hombres como bienhechor de la humanidad.

Los perros han sido utilizados de todos modos por los hombres, tanto en sus instintos buenos como en los malos, ó mejor dicho, los hombres han aprovechado perversamente las cualidades con que la naturaleza ha dotado á ese noble animal, haciendo que sirviera para perseguir á los esclavos fugitivos ó haciéndolos destrozarse; usándolo como elemento destructor en los combates, como acostumbraron los conquistadores españoles contra los indios, y hasta en épocas modernas lo ha hecho alguna vez un ejército que se preciaba de civilizado.

Los Estados esclavócratas de la Unión Norte Americana cuidaban con esmero la cría feroz del sabueso, como lo hacen aún en Cuba; si en la paz lo usaban para perseguir á los esclavos fugitivos, hubo vez que lo utilizaron en la guerra, llevados por su odio contra la raza negra y el propósito que tenían de no dejar vivo á ninguno de ellos que estuviera sirviendo en el ejército de la Unión con las armas en la mano; por lo que hace á actos oficiales, el Gobierno de la Confederación dió una ley por la que sentenciaba á muerte á todo jefe ú oficial blanco que sirviera en las tropas de color.

En el Estado de Tennessee, y á cuarenta millas de Memphis, estaba el fuerte Pilloro, mandado por el mayor L. F. Booth, con una guarnición de 557 hombres de los cuales 262 eran negros y mulatos del sexto regimiento de artillería de plaza de los Estados Unidos, que dotaban seis cañones. El mayor Bradford mandaba los blancos que eran del regimiento 13 de caballería del Tennessee.

El general Forrester de los confederados, atacó con el día durante el combate hasta la tarde, y en un momento que aflojó el fuego envió un parlamentario pidiendo la rendición, y diciendo que si lo hacían les prometía tratarlos como á prisioneros de guerra y que de lo contrario no esperasen cuartel. Daba veinte minutos de plazo para la contestación; la rehusó el mayor Bradford que había tomado el mando, por haber sido muerto Booth á las 9 de la mañana.

Los rebeldes aprovecharon este intervalo para aproximarse cautelosamente; y conforme se recibió la contestación emprendieron el ataque, tomando el fuerte sin dar cuartel, haciéndose ayudar en esa carnicería por los sabuesos furiosos que traían en sus fuerzas. La matanza continuó en la mañana siguiente con cuantos podían encontrar, haciendo parar hasta á los heridos de gravedad para fusilarlos.

Hoy en día vemos que Alemania utiliza los perros en sus ejércitos, no como elemento destructor sino como auxiliar para llevar comunicaciones y prestar otros servicios en que se aprovecharán sus condiciones de vigilancia, fidelidad é inteligencia.

No nos proponemos hacer ni la historia natural del perro ni tampoco una narración de infinitos hechos notables que ilustran la existencia de animal tan bueno; nos limitamos á referir tres

ó cuatro casos, que conocemos por experiencia propia en la vida de campamento de los ejércitos en que hemos servido.

Durante el sitio que sufrió la ciudad de Buenos Aires en los años de 1852 y 53 mandaba el batallón 2.º de línea el teniente coronel Emilio Mitre, quien dispuso que *gozara de rancho*, igualmente que un soldado, un perro perteneciente á uno de los individuos de su cuerpo. Esta medida la dictó la más rigurosa equidad, puesto que prestaba servicios salvadores al batallón.

Al hacerse todas las mañanas lo que se llama *la descubierta*, solían sufrir varias bajas por muertes ó heridas las partidas que salían de la ciudad para ese servicio, las que eran ocasionadas por pequeñas emboscadas que durante la noche apostaba el sitiador en las zanjas y sitios á propósito, sobre todo, en el camino de Barracas.

Por allí tocaba ese servicio, algunas veces, al 2.º batallón de línea, pero sucedía que cuando lo realizaba algún piquete en que iba el dueño del perro no sufría sorpresas porque éste se adelantaba siempre una ó dos cuadras, y conforme olfateaba algún enemigo daba la voz de alarma con sus desaforados ladridos y otras demostraciones, enseñando así donde estaba la emboscada, con lo que frustraba los propósitos del contrario. Súpolo el comandante y ordenó que en adelante se utilizara al perro llevándolo con cualquier piquete que saliese de descubierta; en más de una ocasión hirieron al pobre animal, que en seguida era cuidado con el mismo esmero que un soldado. Por prestar ese servicio gozó de ración de rancho mientras vivió, siendo tratado por los soldados con todo cariño y consideración como buen compañero de armas.

El famoso coronel Dupin, conocido por el saqueo del palacio de verano del emperador de la China, cuando la expedición

francesa en cuyo ejército servía, fué enviado á Méjico por Luis Napoleón para formar la contra guerrilla que alcanzó tanta fama por sus crueldades y conducta propia de bandidos, como que dicho cuerpo se componía de aventureros desalmados de diferentes nacionalidades. Tenía este bandolero un hermoso mastín que utilizaba para desbaratar las muchas tropas y emboscadas que le armaban los *chinacos*, ó guerrilleros republicanos; y más de una vez debió su salvación y la de la tropa á la sagacidad de su inteligente perro, que se había hecho odioso á los que perseguían sin tregua ni descanso los pasos de la contra guerrilla.

Méndez, célebre y audaz guerrillero republicano, llegó á tomarle tal tirria que cuando mandaba militarmente el Estado de Tamaulipas, puso á precio la cabeza del fascineroso Dupin; daba dos mil pesos por él é igual cantidad ofreció al que matase á su perro. Pero era un sabueso más lleno de camándulas para evitar la muerte con que lo acechaban, que ciertos deudores tramposos para evitar el cumplimiento de sus compromisos; es verdad que varias veces salió herido, pero con tal suerte que no le dió ocasión á Méndez de pagar los dos mil pesos, que tanto se había esforzado en ganar más de un buen tirador.

El perro único que ha figurado en las listas de revista del ejército de Méjico, fué uno pequeño de la familia de los raposos, y que perteneció al batallón Fijo de Veracruz.

En la guerra civil llamada de la Reforma, tuvo que marchar ese cuerpo á unirse con la División Comonford, y al hacer la marcha fué atacado por fuerzas superiores que lo obligaron á separarse del camino y á atravesar bosques para defenderse mejor de los ataques que se le dirigían, y como es consiguiente, sufrió algunas pérdidas. Entre éstas estaba un soldado que había caído en la guerrilla que defendía la retirada, por haber recibido

en la pierna un balazo que le quebró el hueso. Nadie lo vió caer, y el infeliz quedó allí abandonado por sus compañeros, pero no por un perrito suyo que siempre lo acompañaba.

El soldado había caído al lado de un grupo de arbustos y asilándose á la sombra que daban, tuvo suficiente tino para vendarse como un torniquete la pierna con un pañuelo, unos cuatro dedos más arriba de la herida. Allí pasó ese día y la noche, pero habiendo concluido el agua que llevaba en su caramañola, se sintió desfallecer de debilidad y de sed viva y ardiente, que más se la hacía sentir el calor de su respiración. Su boca y su garganta se habían secado completamente, y el tormento que le causaba el penoso, insoportable é imperioso deseo de humedecer sus labios no iba á tardar en convertir en delirio la fiebre que ya sufría á causa de la herida.

El perro no había cesado de estar á su lado acariciándole, pero al llegar el día, y en momentos que se disipaba en algo la somnolencia febriciente con el frescor de la mañana, se apercibió que estaba sólo: le había abandonado su perro. El infeliz soldado lloró á la idea de lo que consideraba negra ingratitud en un animalito que había criado y cuidado con todos los mimos de una madre para su hijo; en el momento que sus labios se abrían para lanzar una imprecación contra el abandono de su favorito, se le apareció ladrando de contento. Lo llamó para acariciarlo, pero al ponerle la mano encima notó que traía mojado el cuerpo, comprendiendo desde luego que el animal con su instinto había hallado algún arroyuelo en las inmediaciones; hizo un esfuerzo tremendo arrastrándose en dirección al sitio de donde había sentido venir al perro. Este pareció comprender la intención de su amo, y se adelantaba un trecho y volvía á su lado hasta enseñarle el lugar donde efectivamente corría un hilo

de agua fresca y cristalina: allí bebió voluptuosamente y con inefable delicia el nectar salvador.

Una vez satisfecha esta urgentísima necesidad, y más aliviado de su tortura, lavó su herida, vendóla con su propia ropa, arrastróse después hasta ponerse debajo de un árbol frondoso, para esperar allí lo que viniera, con ese estoicismo espartano tan propio del soldado mejicano. Allí pasó algunas horas, y si bien no le acosaba la sed, principiaba á mortificarle el hambre, que á gritos le decía que habían pasado veinte y cuatro horas sin que nada hubiera satisfecho esa necesidad física.

El hambre aguzó la memoria del herido y recordó haber visto durante la marcha á través de sus soledades, las hojas florecientes de una especie de batata silvestre muy alienticia. Desde el sitio en que descansaba buscó con la vista, deseando encontrar allí la batata, pues eso equivaldría á tener alimento, y tuvo la fortuna de hallar algunas que, ayudado de su bayoneta, arrancó de la tierra. Arrastróse hasta la orilla del agua y las lavó, raspó la corteza y comió de ellas despues de dar una á su perrito que también estaba hambriento.

Pero una vez que se le concluyeron fué en vano que se arrastrara de aquí para allá, en esos días de calor sofocante, pues no encontraba más; el movimiento penoso y los esfuerzos que hacía su cuerpo para cambiar de sitio, lo exasperaron al extremo de que cuando lo hubo rendido el cansancio y el dolor, se estiró debajo del árbol que lo había protegido y esperó que la muerte aliviara sus penas.

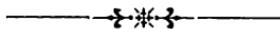
Mil imágenes poblaban la calenturienta imaginación del desdichado; á su memoria se agolpaban los recuerdos de su vida aventurera de soldado, y cuando desfalleciente iba á perder todo conocimiento, sintió que su perro le lamía la cara y le gruñía con cariño. Abrió los ojos esforzándose por mirar al único que

lo acompañaba en su mísera agonía, é iba á hacer el último esfuerzo para recompensar la fidelidad del compañero de sus últimos momentos, cuando sintió que éste ponía sus patas delanteras sobre su pecho, gruñendo siempre; entonces pudo distinguir que tenía entre sus dientes una batata recién sacada de debajo de la tierra.

Era el cuervo que llevaba el pan al profeta Elías cuando estaba en el desierto!

El inválido comió, y así siguió siendo servido por el raposero, quien se separaba de su dueño para ir á buscar al campo y desenterrar el alimento que debía salvar á ambos. Esto duró ocho días, hasta que un individuo que recorría esas soledades en busca de un animal que se le había extraviado, dió con el soldado y lo condujo sobre su montura hasta un rancho á dos leguas de allí.

Una vez restablecido buscó la incorporación á su cuerpo, y cuando hubo referido, bajo juramento, que era verdad todo cuanto había dicho del socorro que le prestara su perrito, se le acordó á éste que gozara la ración y sueldo de soldado; lo que le vino muy bien como recompensa á su infeliz dueño que tanto había sufrido.





Unos Ayudantes

CUANDO terminó la guerra de los Estados Unidos en 1865 pasó á Méjico á prestar sus servicios un coronel, jefe de brigada, de origen hispano-americano, y entró como jefe de Estado Mayor de la división Norte á las órdenes del general Mariano Escobedo, que después tomó á Maximiliano en Querétaro. Era la época más difícil para esos defensores de la causa republicana, que á no tener tanta fe y abnegación habrían sucumbido irremisiblemente.

Llevó consigo dos capitanes que sirvieron á sus órdenes durante el último año de la guerra de secesión, asistiendo juntos al sitio de Richmond y hecho la última campaña en el estado de Tejas, después de la rendición del general Lee en Lynchburg.

Los capitanes Meier y Enking entraron á formar parte como ayudantes del Estado Mayor, pues hablaban el castellano y manifestaban tanto entusiasmo por la causa republicana como si fueran mejicanos de nacimiento; en el fondo otra era la causa: en el primero, un odio profundo contra los austriacos; siendo húngaro iba á tener la oportunidad de luchar contra las tropas de compatriotas de Maximiliano que habían ido á Méjico para

sostenerlo en el trono; el segundo, hijo de dinamarqueses, pero *rabioso* ciudadano de la gran República, no podía ver tranquilo que á su lado hubiera un imperio, y mucho más, implantado por esos *Jean Crapeaud* que tanto habían simpatizado con los rebeldes. Como ambos se ofrecieran desde los Estados Unidos á acompañarlo los presentó y recomendó el coronel, pues los conocía bien y sabía lo que valían.

Al capitán Meier lo conocía desde que siendo teniente coronel mandaba el 8.º regimiento de pardos y morenos de la Unión; y había visto con sentimiento que un oficial tan distinguido y caballero tan completo tuviera la debilidad de no tener suficiente moderación en el uso de los licores. Estos lo cambiaban completamente, pues cuando los vapores se le subían á la cabeza se ponía taciturno, y su mirada fija se veía que reflejaba algún pensamiento sombrío que parecía hijo del odio. Solía permanecer sentado, como clavado en la misma postura, sin más movimiento que el rechinar de sus dientes y la crispación de sus manos.

Durante el sitio de Richmond, hubo una alarma en el campo á las dos de la tarde de un día del mes de Enero y se mandó preparar la tropa para el combate. El ayudante comunicó al jefe del regimiento que el capitán Meier estaba visiblemente mal de la cabeza, lo que le expondría á ser acusado por cualquiera de ebriedad en actos de servicio; cosa que es castigada con degradación en el ejército norte americano. Mandó el jefe que se le diera orden de arresto en su alojamiento, diciéndosele que su falta de templanza era castigada con la privación de batirse con su compañía.

Al cuarto de hora se vió el ayudante mayor con el jefe y le dijo que tenía que comunicarle el pedido del capitán Meier, que

le rogaba como caballero que pasase á verlo á su tienda, asegurando el ayudante que se le había quitado el mareo por completo con la orden que le privó hasta del habla. Fué á verlo el teniente coronel, y el capitán le dirigió la palabra en tono reposado y respetuoso.

— Señor, le dijo, pido que se me suspenda el arresto hasta después del combate; estoy perfectamente sano.

Como viera una duda en su jefe, continuó con más decisión:

— Si este favor me es negado, no me queda otro recurso como caballero, que levantarme la tapa de los sesos para evitar la ignominia; y lo haré, le doy mi palabra de honor.

El teniente coronel comprendió que debía acceder, así es que le concedió que tomara otra vez el mando de su compañía, sin imponerle otro castigo ulterior, por considerar que ya tenía bastante con lo que había sufrido.

¿Qué había en aquel hombre que jamás hablaba de su pasado? qué recuerdos dolorosos é impregnados de rabia le traía la bebida con la excitación que le producía? . . . Eso es lo que ninguno supo en el regimiento, por más que alguno llegó hasta la imprudencia impertinente por quererlo averiguar.

Un día, después de la llegada del correo, se presentó el ayudante encargado de la repartición de cartas y encomiendas, y le mostró al teniente coronel una carta para el capitán Francisco Meier, pero que en el sobre traía borrado con dos rayas coloradas lo siguiente: “*A su Excelencia Lord Lyons, para entregar al. . .*” lo demás no podía leerse por lo bien borrado, habiendo escrito otra mano la dirección del capitán, debiendo haberse hecho esto en Washington, á juzgarse por los sellos.

— Esta carta me prueba una vez más, que el capitán Meier es algún personaje, pues á cualquiera no le escriben muchas

veces desde Lóndres, por medio del Ministro inglés en los Estados Unidos, siendo dirigidas las cartas á un nombre que allí borran con sumo cuidado. Agregaré á esto, que las cartas que escribe el capitán, jamás las entrega en esta estafeta; las lleva á otra parte.

—Mire ayudante, le contestó el teniente coronel, el capitán Meier atiende á sus obligaciones y no se mete á averiguar cosas que no le van ni le vienen, y bueno sería que usted haga lo mismo, dejándose de preocupar de quien sea en otra parte.

Un año después de este incidente, estaban ya en Méjico el jefe del 8.º regimiento y su capitán: el primero mandando el batallon Zaragoza y el segundo como ingeniero del Estado Mayor, conservando siempre la más cordial amistad.

En esa época se dió la batalla de Santa Gertrudis, en que vencieron las tropas republicanas, tocándole en suerte al Zaragoza decidir el triunfo, por el que había combatido con el denuedo de costumbre, llevándose por delante al regimiento austriaco del coronel Hahn.

El coronel del Zaragoza y el coronel Montesinos, se presentaron al general en jefe, empenándose para que no fueran pasados por las armas los prisioneros austriacos, entre los que había siete oficiales. Esto lo hacían, porque aún estaba en vigencia el decreto de represalia dictado á causa del que Maximiliano había dado el 5 de Octubre de 1865, declarando fuera de la ley á todo republicano tomado con las armas en la mano: decreto que habían cumplido los imperialistas para su propia desgracia. El general no deseaba otra cosa y concedió el indulto á condición de que todos saliesen del país, debiendo garantizar su cumplimiento los dos coroneles solicitantes. Así se hizo con gran contento y satisfacción.

Á la noche, después del toque de retreta, se presentó el capitán Meier en la tienda de campaña del coronel del Zaragoza, pero en un estado de gran excitación; había bebido más que de costumbre. Después de saludar algo ceremoniosamente, le preguntó al coronel si le permitía prescindir del rango militar para hablarle como amigo y poder desahogar su corazón que lo sofocaba.

— Perfectamente, Meier, pero hable con todo el reposo que sea posible, está muy excitado y de paso le diré como amigo, que á todos nos causa pena, ver que á veces se daña usted abusando de la bebida.

— Me hace falta, sí, me hace falta; y aún así no puedo olvidar á esa canalla austriaca, á quien Dios confunda. Ah! usted no sabe lo que hace padecer la rabia de la impotencia! Tener que dar por imposible la venganza, que en mi caso no sería sinó un castigo justo. Sí, hoy estoy más excitado que nunca, pero tengo sobrada razón: haber perdonado á esos infames austriacos, y ser usted el que más ha hecho para salvarlos de merecida muerte. Á eso he venido, á quejarme con usted, á desahogar mi bilis.

— Pero hombre ¿ha perdido por completo todo sentimiento de humanidad? qué demonios le han podido hacer estos pobres prisioneros?

— Sentimiento de humanidad! No lo tengo para esa raza maldita que no la tuvo nunca para nosotros los húngaros, á quienes deben su existencia desde que salvamos á su emperatriz María Teresa. No lo tengo con ellos ni como patriota del 48 ni como hombre, pues fueron los verdugos de mi patria y los verdugos de mi familia. Tengo el mayor cariño por usted, le profeso la mayor estimación, y en prueba de ello le diré que he resuelto hacer mi testamento, porque puedo morir de un momento á otro, y quiero que sea mi heredero: nada tengo ahora,

pero mucho podrá conseguir usted alguna vez. Ahora voy á confiarle reservadamente y para que sólo usted lo sepa: soy el conde Vorgrätz, último descendiente de una de las más antiguas casas de Hungría; y digo último porque ya tengo cincuenta y cinco años y no me he de casar. Esas cartas que me llegaban al campamento de Richmond, enviadas por la legación inglesa y que tanto intrigaban al ayudante, eran de mis amigos de infancia y compañeros de causa en 1848, el general Klaptka y Kos-south. Odio á los austriacos que me han desterrado de mi país, que confiscaron mi fortuna, después de hacer que mis hermanas murieran de vergüenza y de dolor, pues fueron azotadas públicamente por ellos á causa de que se negaron á denunciarme y á entregar mis papeles que habían ocultado.

Apenas dicho esto soltó el llanto, teniendo que calmarlo el coronel y haciendo después que se acostara. No volvieron á hablar sobre ese asunto, y una vez que terminó la guerra y el imperio, pasó Meier á Tampico con el empleo de mayor de ingenieros.

En 1869 se recibió en la capital de Méjico la noticia de su muerte. El coronel del Zaragoza recibió al mismo tiempo una carta de un amigo de ambos, el que le decía entre otras cosas lo siguiente:

“Meier me fué á buscar ayer por la mañana y me invitó á comer con él y otros tres amigos alemanes, pidiéndome que no faltara porque tenía que comunicarme una estupenda noticia. Fuimos á la comida y lo pasamos muy bien; cuando llegaron los postres y el champagne, se paró nuestro amigo con una copa en la mano, diciéndonos algo que no comprendimos en el primer momento: “Mis amigos, hoy enterramos al mayor Francisco Meier y festejamos el renacimiento á la fénix del conde Fran-

cisco Vorgrätz." Bebimos la copa esperando la aclaración del enigma, y entonces nos dijo que el gobierno austriaco le devolvía sus títulos y los bienes que le había confiscado; algo como millon y medio de florines. Que ya había pedido su baja del servicio mejicano y que habiendo obtenido una licencia iría dentro de tres días á la capital para visitar á su mejor amigo, á quien quería nombrar su heredero universal, pues sentía que no tardaría mucho en que la muerte le diera la paz que había perdido con las desgracias de su amada Hungría.

"Seguimos la *farra*, bebimos demasiado, y nos retiramos á media noche. Á las nueve de esta mañana me despertaron para comunicarme que había muerto Meier de un ataque á la cabeza. Era un excelente amigo, y es lástima que haya sucumbido de este modo, etc."

* * *

Excentricidades, y excentricidades inglesas! quién no las conoce?, quién no ha visto en su vida alguno de esos hijos de Albión que se distingue por la estrafalaria originalidad de su carácter, cuando no de su modo de vestir?

No creemos que esos tipos sean producto exclusivo de Inglaterra, pero sucede que las demás naciones prefieren no darle otro nombre, aunque sea la misma su debilidad; en prueba de ello recordamos á Petit-Jean que exclama en tono de protesta: "Un excéntrico en nuestra sociedad francesa! Tenemos locos, monomaniacos, tenemos tipos originales, pero excéntrico, ninguno!"

En buen castellano y buen criterio podríamos decir que no es un peso lo que tienen sinó cien centavos: el mismo fraile con diferentes alforjas.

Como no estamos tratando cuestiones filosóficas, nos limitaremos á entrar en materia, que en este caso es pura y simplemente la de hacer la silueta de un ayudante inglés, si bien no lo fué sinó accidentalmente, ó como dicen algunos, de ocasión, pues ni era militar ni nunca pensó serlo, y sólo su espíritu excéntrico lo pudo llevar á un ejército en campaña para presenciar los combates.

En Abril de 1867 se estaba en lo más recio del sitio de Querétaro, en que las fuerzas republicanas á las órdenes del general Escobedo se habían propuesto concluir con Maximiliano, su ejército y el efímero imperio, que el desgraciado había de pagar con su vida. La fátua ambición de su esposa y la necesidad de cancelar sus infinitas deudas de archiduque, le habían impulsado á aceptar el presente griego que le hacían Napoleón III y los descarriados hijos de Méjico azuzados por su clero corrompido y por el Papa.

Entre los jefes de brigada de la División Norte figuraba el coronel José Rincón Gallardo, joven y perteneciente á una de las familias más antiguas y de alta alcurnia de Méjico, pues su padre era el heredero del marquesado de Guadalupe. Era Gallardo, un cumplido caballero y pundonoroso militar, firme en sus principios democráticos y patriota hasta la mayor abnegación. Un hecho, de cuya autenticidad respondemos dará una idea cabal de su hidalguía. Fué él quien garantizó al traidor López, coronel de Maximiliano y compadre suyo, las dos mil onzas que se le dieron para comunicar el santo y seña el día que estuviera de servicio como jefe de día, y entregar también la plaza al general Escobedo.

Sorprendida y hecha prisionera la tropa que guarnecía la Cruz, verdadera fortaleza en que estaba Maximiliano, consiguió

éste salir al venir el día, acompañado del general Castilla; y al cruzar la plazoleta los hizo detener el coronel Rincón que estaba allí con un batallón. No sabía quienes eran por ir vestidos con sombrero chambergo, sobretodo sencillo y bota granadera, pareciendo dos paisanos. Al aproximarse preguntó uno de los dos lo que se le ofrecía; Rincón conoció al general Castilla, y fijándose en el que le dirigía la palabra vió que era Maximiliano, á quien nunca había visto sinó en retratos, pero cuya fisonomía tenía rasgos marcados, tales como sus labios y la manera de llevar la barba.

Rincón saludólos tocándose el kepi, y con la mayor naturalidad les dijo que siguieran su camino pues nada tenía que ver con particulares; siguieron su indicación dirigiéndose al Cerro de las Campanas, donde una hora después entregó su espada Maximiliano, y su vida al mes justo de ese doloroso y humillante paso.

No le permitió su nobleza hacer prisionero al contrario, que no caía en un campo de batalla sinó vendido por un hombre á quien siempre protejera y honrara.

Un día se presentó el coronel Rincón al campo del coronel del Zaragoza, que mandaba la primera brigada de la misma división; amigos íntimos, los había unido no sólo el compañerismo que tanto liga á los que sufren juntos los inconvenientes de las campañas crudas y los combates en que no se dá cuartel, sinó la jovialidad que los distinguía y la franca independencia de su carácter.

—Yankee, me vas á sacar de una posición endiabladamente incómoda y con ribetes de ridícula, dijo Rincón, dándole al amigo el sobrenombre afectuoso con que lo salían designar sus amigos.

—Hola! algún tropiezo en amor? alguna pellejería causada por los celos impertinentes de un prójimo?... Di lo que haya, bien sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa que no peque contra el buen gusto, como aquel servicio que pretendías de mi en Tula, que en verdad no te perdono; que enamoras á una fea como amargo desengaño, para sacarte de encima un testigo incómodo cuando hacías la corte á su encantadora prima!

—Nada de esas cosas; de dónde quieres que tenga uno aventuras de amor aquí? es algo más serio. Imagínate lo que me pasará... mi padre me ha enviado un elefante blanco!!

—Un elefante blanco? y á qué especie pertenece esa donación?

—Corresponde á la especie inglesa, familia excentricidades, bajo la forma humana de un hijo segundón de noble casa, que ha venido á Méjico á pasar un año pescando y cazando. Bendita cachaza la de ese original!

—Pero aquí no hay ni arroyo en qué pescar ni un pescado del tamaño del dedo meñique de un recién nacido; y en materia de caza no hay más pájaros que nosotros, sitiadores y sitiados, que hacemos todo esfuerzo físico é intelectual por cazarnos, aunque no sea con el propósito de los antropófagos.

—Ahí tienes mi desdicha. El tal inglés traía cartas de recomendacion para mi padre, y en casa habló como era natural de la guerra actual; mis hermanas le dijeron que yo andaba combatiendo por la República, é infinidad de historias espantosas sobre lo desastroso de estas luchas, de los cruentos sacrificios y sufrimientos que en ellas se padecía, y de lo curioso que sería poder presenciar un sitio como el que sostenemos en Querétaro. Bastó esto para que olvidase caza y pesca, resolviéndose á venir; para lo cual pidió carta de introducción á mi padre para mi.

Aquí está, con la firme resolución de permanecer hasta el fin del sitio, asistir á los combates como testigo ocular, presenciar la caída de Maximiliano y ver lo que hacemos con él. Todo esto lo tiene mágicamente suspenso por haber en ello tanta cosa deliciosa, según frase suya. No habla sinó inglés, y yo no conozco ni el alfabeto de ese idioma; imagínate qué posición la mía, cuando no hay ni un oficial que lo entienda en mi brigada.

— Veo á dónde van á parar tus lamentos . . . Quieres clármelo, y sacarte bonitamente de encima esa cataplasma.

— Para tí no lo será, puesto que hablas el inglés, teniendo dos ayudantes y otros oficiales que también poseen ese idioma. Luego te lo presentaré y ya lo puedes hacer quedar á tu lado.

— Convenido, lo aguantaré con resignación si es fastidioso.

El inglés era hombre de veinte y dos años, alto y robusto; su complexión quitaba cualquier duda respecto á su origen, siendo en toda la acepción de la palabra, lo que se llama un buen mozo. Pausado en el hablar no era frío en su lenguaje, y á unas maneras cultas reunía la condición de hacerse simpático sin dar familiaridad.

El coronel le propuso tenerlo á su lado, y como era necesario que tuviera algún pretexto plausible para poder andar en las líneas, le dijo que lo consideraría como ayudante, dándole al efecto un documento en debida forma á fin de que no le pusieran obstáculos en sus correrías.

Al día siguiente presencié el ejercicio al blanco de los tiradores del Zaragoza, quedando sorprendido de ver á veinte y cuatro soldados que no erraban tiro, pues ignoraba que casi todos habían sido de oficio cazadores de venados. Creyendo hacerles todo el honor posible, dijo al coronel que tiraban casi tan bien como él, lo que dió lugar á que se le propusiera acompañar á los de la

avanzada para que enseñara su habilidad tirando á los lejanos centinelas enemigos que se dejaran ver. Aceptó la oferta y confirmó su dicho: era todo un tirador.

Dos ó tres mañanas salió á recorrer las líneas para entreteñerse cazando centinelas enemigos que se descuidaban mostrando parte ó todo del cuerpo; pero de pronto cesó en sus excursiones, y cuando le preguntó el coronel lo que motivaba esa abstención, contestó que había meditado sobre lo que hacía, y que ahora se abstenía porque su espíritu vacilaba entre decidirse en favor ó en contra, pues si bien estaba con el título honorario de ayudante, no era esa su carrera ni los sitiados le habían hecho mal alguno.

El coronel aprobó su abstención, ya que su conciencia vacilaba.

Sentáronse á comer con los dos ayudantes que hablaban inglés, teniendo como mesa la hoja de una maciza puerta de cedro que descansaba sobre dos pilas de ladrillos, á campo libre y sin mantel. Estando en tan seria ocupación cayó sobre la mesa una bala perdida, y al rebotar dió contra los carrillos del inglés, quien lanzó un grito no sólo de sorpresa sinó también de dolor; llevando las manos á la parte vulnerada la apretaba convulsivamente. Por fortuna traía ya muy poca fuerza el proyectil, que no penetró ni quebró la mandíbula, y que apenas si lastimó la epidermis; sin embargo, el lastimado creyó que le había destrozado por lo menos las muelas.

A pesar del agua fría y del árnica que le pusieron, se le hinchó el lado izquierdo de la cara de una manera prodigiosa, y en la noche no pudo conciliar el sueño á causa de la fiebre que se había apoderado de él. Cuando despertó á la diana el coronel, mandó preguntar con su asistente por el estado de su salud, pero éste regresó diciéndole que el ayudante se había marchado

después de haberle pedido un rifle y cuarenta tiros al sargento de los tiradores.

Á la hora de almorzar se presentó con la cara atada é hinchada como en la noche anterior, sin que ese estado le hubiera hecho olvidar calzarse los guantes; hasta dormía con ellos puestos.

— Dónde anduvo, ayudante?

— Señor coronel, fui á matar centinelas enemigos, y he tenido el gusto de meter plomo á cinco, lo que no es un mal desayuno.

— Pero no se oponia su conciencia á semejante cosa, ayer todavía?

— Si señor, ayer todavía, pero después que me han pegado un balazo, porque me lo han dado aunque el proyectil no haya penetrado en mi cuerpo, creo que estoy en la más correcta obligación de devolver el mal, y estoy convencido de que obro bien.

— Así me parece, la bala ha sido buen argumento contra la tímida duda de su conciencia.

Cuando hubo terminado la guerra contra el imperio con la toma de Méjico y el fusilamiento de Maximiliano, se retiró del servicio el ayudante, para llevar á efecto el objeto que lo había llevado á la República. En un viaje que emprendió para el Real del Monte, iba sentado al lado del conductor de la diligencia, llevando entre sus piernas un rifle Martin Henry y una escopeta cargadas. En uno de los barquinazos violentos del vehículo salió un tiro del rifle, penetrándole la bala por el ojo izquierdo y saliendo después de atravesar la masa encefálica del ayudante.

Tal fué la última caza que hizo en Méjico tan excéntrico individuo, que fuera de ésto era todo un caballero, algo cubier-

to de *atmósfera británica* con los hombres, pero el individuo más sociable en reunión de señoras.

* * *

El capitán Encking era hombre de veinte y siete años, legítimo descendiente de aquellos escandinavos que invadieron frecuentemente la Inglaterra y el norte de Francia; célebres como piratas despiadados, hombres de talla colosal, cabellera dorada y ojos perfectamente azules. Nacido en el Oeste de los Estados Unidos, era de esos americanos en quienes el amor por su patria raya en fanatismo; para quienes todo lo de otra parte es inferior á lo que allí hay, pues se consideran el primer pueblo sobre la tierra, en ciencias, artes, literatura, comercio, marina, ejército, y *tutti quanti*: pero sobre todo, no creen tener rival en materia de carácter enérgico y amor al progreso: su ejemplo sirve de modelo á la humanidad, y será el que mejore á los demás habitantes del globo: tal es la misión que se atribuyen con espíritu imperturbable.

Oficial exacto en el cumplimiento de sus deberes, con la particularidad de llenarlos siempre con ánimo contento, por muy duros que fueran, le bastaba el hecho de ser obligación suya para que le tomara cariño. Si los demás no cumplían como era debido ó flojamente, se encolerizaba, y si estaba en sus manos el derecho correccional de seguro que no perdía un minuto en aplicar el castigo.

En el ejército unionista organizó una batería lijera compuesta en su dotación de irlandeses en su mayor parte, y á la cual hizo lucir en las batallas que dió el ejército del Potomac. La disciplina de dicho escuadrón era admirable, y aquellos conservadores hijos de la verde Erin quedaban como mudos en cuanto

oían la orden de silencio, dada desde la tienda de campaña por el capitán, aunque hubiesen bebido suficiente whiskey para hacerlos exaltarse en sus manifestaciones de alegría ó sus desahogos camorberos.

Encking no había usado los medios prescritos por la Ordenanza para obtener tan brillante resultado, sinó de uno propio suyo y apropiadísimo para la clase de soldados voluntarios que tenía. Al engancharlos les prevenía que en el escuadrón se permitía aplicar sus puños como correctivo, pues los consideraba mas eficientes para la disciplina, y se perdía menos tiempo en la aplicación del castigo.

Los voluntarios irlandeses tuvieron muy luego oportunidad de experimentar las garras de su capitán, que á las primeras faltas de insubordinación ó síntomas de descuido en el servicio, les aplicó los férreos puños con toda la destreza del más consumado boxeador; más aún: llevó su generosidad hasta regalarles como punto final de la cuestión, su desmesurado pie calzado con botas que tenían suelas claveteadas, y del espesor de cinco centímetros por lo menos, y esto en la forma enérgica de un puntapie debajo del faldón de la casaca.

Es conocido de todo el mundo el espíritu conversador de los irlandeses, su afecto profundo por el tabaco y el whiskey, y la inevitable consecuencia en ellos cuando se les sube á la cabeza, de injuriarse á gritos, concluyendo frecuentemente con darse de golpes, después de lo cual continúan bebiendo y charlando como los mejores amigos del mundo.

El capitán tenía su método de *condensación*, como llamaba al medio de que se valía para que no se gritase mucho en las disputas que solían tener en el campamento. Conforme oía las vociferaciones injuriosas, salía en mangas de camisa, presentándose en el sitio en que se produjera el escándalo; allí hacía

salir de sus tiendas á los *camorristas platónicos* y les exigía que se dieran de golpes, siendo él juez de la forma en que se había de boxear: el que perdía iba preso y ya tenía encima unos quince días de servicio penal. En caso de negarse so pretexto de que no habían querido pelear, sinó que hablaban con alguna exaltación y nada más, tomaba por su cuenta el asunto obligándolos á boxear con él, y en esos pujilatos era infalible el triunfo fácil del capitán.

En los primeros tiempos de la organización de la compañía era frecuente esa clase de corrección, y se veían muchos ojos con evidentes signos de haber dado hospitalidad momentánea al tremendo puño del capitán, lo que dió origen al malicioso apodo que pusieron á la compañía los demás compañeros, pues le llamaban, “el escuadrón de overos.”

Estando en Méjico en 1865, y acosada la División Norte por los franceses y los afrancesados, andaba el capitán Encking en el Estado Mayor, tan falto de todo como los demás. En las serranías apenas tenían que comer y beber miserablemente.

Cuando se lamentaban algunos de la desgracia de no tener ni siquiera una copita de aguardiente para quitarse el frío, decía Encking con aire de suficiencia, que carecían de ello por falta de previsión, y que por lo que á él tocaba podía asegurar que nunca le faltaba una copa de cognac. La boca se les hacía agua á los oyentes, produciendo un clamoreo el pedido lastimero de una copita de tan codiciado líquido; pero todo fué en vano. . . Encking no daba una gota de su cognac.

En la jornada siguiente fué intenso el frío de la madrugada y nadie había tomado cosa alguna caliente. Marchaba taciturna la columna y detrás de la tropa el Estado Mayor. El silencio fué interrumpido por el capitán Encking que llamaba á su asistente.

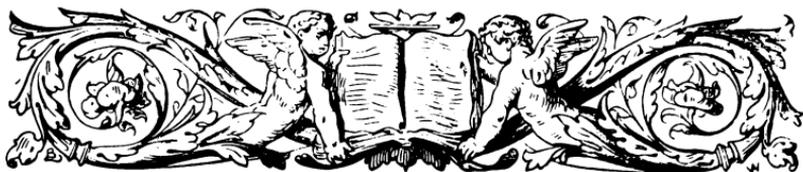
— Dame una copa de cognac, le dijo cuando se le hubo aproximado.

Todos los que estaban cercanos alargaron el pescuezo y abrieron tamaños ojos, esperanzados en que quizá se ablandaría el capitán haciéndoles partícipes de un trago, aunque más no fuera. Vieron que el asistente sacó una copita metálica que llenó con agua de su *caramañola*, entregándosela al capitán; en seguida sacó una botella de cognac verbena, marca conocida como de primera clase, y destapándola la alargó al capitán. Esperábase que éste aplicara la botella á los labios, y que después de echar dos ó tres tragos bebiera el agua; pero no sucedió así. Lo que hizo fué llevar la botella á la nariz, olió con fuerza su contenido, bebió el agua repitiendo inmediatamente el acto de oler el cognac, devolviendo la copa y botella al asistente.

En el fondo de la botella se veía como un dedo de cognac, que se cuidaba religiosamente para evitar la evaporación.

—Querer es poder, y la imaginación es omnipotente, dijo Encking á los que lo miraban como investigando lo que había hecho; yo quiero beber cognac y me imagino tenerlo, y para darme el gusto bebo el agua entre olida y olida del poco de cognac que contiene la botella: mi cuerpo queda satisfecho.





De guardia

A la entrada de todo cuartel está la guardia de prevención que generalmente se aloja á derecha é izquierda: la tropa de un lado y enfrente el oficial de guardia en una pieza llamada *cuarto de banderas*. En el alojamiento de la tropa se ve la tarima en que duermen la mitad de los que se hallan de servicio, mientras que una cuarta parte queda de centinela y la otra de vigilancia. En el cuarto de banderas no hay camas, pues el oficial tiene que pasar la noche en vela, y todo el adorno del alojamiento consiste usualmente en una mesa de pino sobre la que se ve un tintero poco lujoso, algún papel y plumas; un escaño y algunas sillas, casi siempre inválidas, debido al mal trato que les dan los ocupantes.

Cuando se ha pasado la lista de retreta, que en primavera y verano se toca á las nueve de la noche y en otoño é invierno á las ocho, y antes del toque de silencio que se da una hora después para que todos los que no estén de servicio se acuesten, aunque no tengan sueño ni ganas de hacerlo, es costumbre que el capitán de cuartel, el ayudante de servicio, los oficiales de semana, aquellos que no deben salir á la calle por estar

arrestados y los que no están dispuestos á andar de paseo, tengan en ese local su reunión hasta la media noche.

Allí se forma una especie de club platónico en materia de vicios: se juega ajedrez, dominó, ó cartas, sin más apuesta ni interés que el grato pasatiempo y el amor propio satisfecho; se conversa de todo como es natural en una reunión de oficiales jóvenes; aquello suele degenerar á veces en una reunión de *five ó clock tea* de inglesas viejas en cuanto á charla critica ó á una de alemanas bonachonas para tomar café y hablar *bondadosamente* de las debilidades de sus semejantes, lo que siempre está á la orden del día en toda sociedad, ya sea civilizada en alto grado ó semi-bárbara, pues la malignidad femenina usa de esa clase de desahogos como de una válvula de salvación.

Allá por el año 1868, y en una noche bastante fresca y lluviosa, estaban reunidos en el cuarto de banderas del batallón Zaragoza unos diez ó doce oficiales del cuerpo, á más de los que se hallaban de servicio. La tertulia se había organizado de común acuerdo, y para pasarla cómodamente llevaron sillas de sus cuartos los visitantes, como así mismo café, té y licores. Habíase convenido que la reunión se limitaría á conversación que nada tuviera que hacer con la Táctica ó la Ordenanza, prescindiéndose de todo juego, pero en cambio se permitiría que se bebiera moderadamente y que cada cual fumara como un alemán que se siente extasiado ante un jarro de cerveza y que tranquilo idealiza el amor que siente por su *Gretchen*.

La atmósfera de la pieza se hallaba cargada de humo, como si se hubiera hecho recientemente una fogata con paja húmeda, y á pesar de estar abierta de par en par la puerta que daba al zaguán no salía sinó como dormido y de mala gana, lo que dificultaba el cambio de aire. Esto no parecía afectar en lo más

mínimo los pulmones de los oficiales ni tampoco su vista, pues estaban contentos como pescados en el agua en aquella espesa y opaca atmósfera.

En el momento en que estaban como en academia, según la frase del teniente Farías, el más travieso de los subalternos, entró de visita el capitán Encking, quien fué saludado y recibido como compañero antiguo y querido. Después de un momento de conversación le dirigió la palabra el subteniente Olivares, preguntándole si creía que el ejército norte americano tuviera más disciplina que el mejicano.

—Indudablemente! contestó con viveza el interpelado, de eso no se puede hacer cuestión dada la composición de ambos. Todo está en favor de los yankees; exceptuando la facultad andariega y la sobriedad que son excepcionales en el legítimo hijo de esta tierra, pues mis paisanos reventarían si pretendieran hacer las jornadas que hacen los infantes mejicanos, que sólo las han hecho los romanos, según lo asevera Julio César en sus Comentarios; y si tuvieran que pasar el hambre y la sed que resiste un azteca, se les encontraría muertos antes de soportar la mitad.

— Pues mire, capitán, á pesar de la superioridad que usted da á la tropa yankee, esté seguro que jamás se ha visto ni se verá en la nuestra, que so pretexto de estar vencido el plazo del enganche, depongan las armas sobre el campo de batalla, negándose á pelear, como sucedió en el ejército del Potomac con una división de infantería.

— La Ordenanza mejicana, que es la antigua española reformada, replicó el capitán Encking, algo picado por la observación de Olivares, prohíbe terminantemente que se considere libre de las obligaciones militares á todo soldado, aunque se le haya vencido el plazo de su término de en-

ganche, y necesita que la orden venga de arriba para poder dejar el servicio; pero la norte americana es clara y precisa en esa parte como en todo. El día del vencimiento del enganche queda de hecho libre del servicio todo soldado, y nadie puede obligarlo á lo contrario so pena de cometer el delito de plagiato. Es muy cierto que en el segundo día de una batalla hubo una división entera que se negó á tomar las armas porque había expirado el término de su contrato; pero el general les reconoció su derecho y les pidió que se comprometieran por ocho días más; y así lo hicieron, combatiendo con valor en esa batalla que fué perdida por el ejercito unionista. Y voy á referirles un caso igual en cuanto á la expiración del enganche, pero cuya segunda parte dará una idea de cómo respeta el ciudadano americano la ley y la propiedad, y dudo mucho que haya en el mundo otros hombres que hagan otro tanto.

—Vamos, mi capitán, no hay que enfadarse por mi observación, con la que no he querido lastimar su amor patrio.

—No me doy por ofendido, hablo con entusiasmo y nada más. Pero apelo al juicio de todos para que me digan si tengo ó no razón, después que hayan oído el caso á que me refiero. Estando en la Florida el regimiento 11 de voluntarios de Rhode Island, recibió orden de marchar á la capital del Estado para de allí embarcarse en dirección á Providence, ciudad en que había sido enrolada toda la infantería y por tanto, el punto en que debía ser licenciada. Al segundo día de marcha estando á cuatro jornadas de Jacksonville y en medio de despoblados, se presentó el ayudante mayor al coronel Church diciéndole que la tropa se negaba á montar la guardia y hacer servicio alguno en virtud de haber vencido el plazo de su enganche; ya que no

eran soldados sinó ciudadanos libres de los Estados Unidos de Norte América. El caso era serio, pero el coronel no se turbó, y mandó que toda la oficialidad se reuniera frente á su tienda de campaña. Diez minutos después había reunidos unos treinta y cinco ó treinta y seis jefes y oficiales. El coronel les expuso lo que había, pidiéndoles que le ayudaran hasta el fin pues todo lo iba á arreglar, castigando al mismo tiempo la impertinencia de los soldados.

—Nos hallamos lejos de toda población. Se puede decir con toda propiedad que estamos en un desierto, les dijo el coronel, por consiguiente, los soldados no podrán separarse de los carros de víveres que llevamos, pues nada tendrán para comer, y con el hambre los voy á doblar y humillar. Como los carreros son particulares al servicio de la Comisaría General, no hay temor de que se vayan ni de que se nieguen á continuar en sus empleos. El comisario del Regimiento pondrá la bandera del cuerpo al frente del primer carretón y dos oficiales estarán de servicio vigilando el convoy.

El coronel se dirigió al comisario y le ordenó que no diera á los cocineros ni un poroto, haciéndoles presente que él había recibido las vituallas para los soldados de la Unión, pero no para ciudadanos libres.

¿Qué sucedió? lo que había previsto el coronel, conociendo el espíritu del ciudadano americano. Fueron á pedir las raciones crudas al comisario, quien cumplió las instrucciones de su superior, y cuando los rancheros de las compañías comunicaron la inesperada nueva á sus compañeros, se quedaron éstos de una pieza, más estupefactos que aquellos que con la mayor cautela quieren dar un susto bueno y son inesperadamente sorprendidos por los que debían haber sido las víctimas. ¿Qué hacer? . . . á ninguno se le ocurrió que, aunque tuvieran hambre, podían

asaltar los carretones del Gobierno que llevaban propiedad nacional. Después de una hora gastada en idas y vueltas, de dices y razonamientos de todo género, resolvieron enviar una delegación al coronel para que le pidiera que les facilitase los alimentos necesarios, y que el Estado se pagaría del dinero que aún tenían que cobrar como última cuota del enganche y de los dos meses de sueldo que se les debía.

— Ciudadanos, les dijo el coronel á los de la comisión, con cierta sorna y muchos aires de diplomático en un día de solemne recepción; siento mucho no poder acceder al pedido que á nombre de los ex-soldados del 11 me hacen ustedes, que se hallan en las mismísimas circunstancias. En los carretones hay raciones buenas para quince días, pero ellas pertenecen al ejército y sólo individuos del ejército las comerán, y las saborearán después de haber satisfecho el hambre, que tanto se despierta en estos desiertos á causa del aire tan puro. Si los señores ciudadanos que hasta hoy formaban el regimiento 11 de infantería de Rhode Island, creen que en virtud de ser los más fuertes pueden apoderarse de ellas pasando por sobre oficiales del ejército de la Unión y de la bandera que los cobija, pueden asaltar los carretones, pero que tengan presente que ese hecho los colocará en la categoría de salteadores de caminos. Nada más tengo que decir á ustedes, á no ser que les repita que antes que dar una ración á un civil me dejaré matar.

Los de la comisión salieron de allí con figuras más desairadas que pollos mojados, y la consternación se produjo en las filas de los ya hambrientos ciudadanos, que, durante la escena que presenciaban á cierta distancia, habían permanecido inmóviles y mudos. Mucho hablaron y gesticularon para resolver lo que había que hacer tras la negativa feroz, pero como á la hora, estaba formado todo el regimiento, que en ese día constaba como de

novecientas plazas, pero sin sus oficiales. Lo mandaba el sargento brigada que lo condujo hasta el frente de la carpa del coronel, quien fumaba tranquilamente su pipa, y miraba con aire de indiferencia lo que ante sus ojos se hacía. El sargento brigada se acercó, saludó militarmente, y á nombre de todos pidió prestar juramento de banderas, tomando servicio hasta el siguiente día de arribo á la capital de su Estado. El coronel hizo traer la bandera y llenando las formalidades de la Ordenanza les tomó la promesa, que cumplieron lo más subordinadamente posible.

—Ahora bien, continuó el capitán Encking mirando á todos con aire de satisfacción, díganme si no es noble el respeto á las leyes, tal como lo manifestaron estos soldados yankees?

Todos convinieron en ello, sosteniendo que era acción digna de todo encomio; pero hizo excepción el subteniente, que, entre dientes y sonriendo maliciosamente le dijo á su vecino:

—Yo quisiera haberlos visto dos días después del ayuno forzado! estoy seguro que habrían olvidado toda consideración; el hambre canina no entiende de chicas cuando hay como satisfacerla; sinó, ahí está lo que dice el Dante en su *Infierno* al referir la hambruna eterna de Ugolino.

—Opino del mismo modo, contestó el capitán Casas, y si además del hambre les apurara la sed. Yo sé por experiencia lo que hace sufrir esa necesidad, y sé también lo que es padecer hambre: la primera es cien veces peor, y estoy seguro que el mismo Lucifer se convertiría haciéndose un santo, si se le diera á padecer el suplicio de Tántalo.

—Señores, dijo el teniente Farías, voy á aprovechar esta ocasión para hacer conocer á ustedes algo que hemos presenciado dos ó tres de los presentes, y que en mi, fué la causa que

hizo nacer el respeto y cariño que me inspira nuestro coronel, y que muchos consideran como una pequeña idolatría.

—Cuidado Farías, no andes con exageraciones y prosopopeyas, observó Casas, cuenta lo que vas á referir con la sencillez que debe usar un militar, y déjate de bombásticas relaciones como acostumbras cuando, ahuecando la voz, quieres narrar cosas que saliendo de una cabeza hueca, no desmerecen del sitio en que estaban alojadas.

—No le hagas caso á ese, *Cabrión*, dijo Olivares, refiere lo que produzca tu mollera, y está seguro de que todos te lo aplaudirán, aunque más no sea que por galantería.

— No voy ahora á hacer caso de las pamplinas que me dirijan, y se me ha puesto entre ceja y ceja que he de contarles el acto que presencié yo y también el capitán Casas: acto que considero heroico y superior á todos los que hemos visto hacer á nuestro coronel. No se trata de combates personales sinó de unos cuantos tragos de agua.

— Ya me imagino de lo que va á hablar, dijo el capitán Encking, y pido que lo relate, pues yo también lo presencié, si es que se refiere al agua que dió el coronel á un prisionero en Santa Gertrudis.

—Es eso lo que voy á contar, y si bien no lo haré con todas las ceremonias de la consagración de la hostia, y del vino en una misa cantada, tampoco será hecho con la rapidez exigida por el soldado de artillería para beber una botella de ginebra, según nos contó el coronel el otro día.

—Cómo fué eso? preguntó Olivares; es bueno que lo refieras para que podamos comprender la alusión.

—Nos contaba el coronel, que siendo ayudante mayor del regimiento de artillería ligera, allá por el año 1859, tenía que llevar el cuerpo á misa todos los domingos y días de fiesta. La

iglesia á que iba era la de un convento de monjas, y á esa misa asistía más gente de la que razonablemente podía caber en la nave; pero con motivo de la música del regimiento, y tal vez por novelería era en aquel barrio la que estaba de moda, y muy particularmente para las señoritas. El sacerdote que ofició en una de ellas era un anciano, á quien le pesaban sobre el cuerpo los muchos años que había pasado ya sobre este planeta, que para él no parecía haber sido un valle de lágrimas, y también la mucha gordura que envolvía la carne y los huesos que servían de alojamiento ruín al alma inmortal que Dios le diera.

—Fariás, ínclito Fariás, desciende á la humilde y sencilla prosa, y no abuses de tu fecundo ingenio para volar por las regiones de la prosopopeya y figuras retóricas! observó el sarcástico Casas.

El aludido no hizo caso de la maliciosa interrupción, y con la más soberana prescindencia de toda cortesía, continuó en su relato.

—El sacerdote á que me refiero no era de los que decían su misa en *tempo allegro* ó *scherzando*, sinó en *adagio* ó *lento molto*, de ahí que la tropa y los oficiales se fastidiaran, pues el espíritu de todos no era dado al misticismo, siendo por el contrario muy volteriano. Esto no me atrevo á calificarlo ahora por considerar que no es conveniente ni sociable, dado el hecho de que aquí hay personas de muy diferentes opiniones religiosas, y cuanto tenga tendencia á perturbar la buena armonía que debe reinar entre compañeros, debe ser descartado de la conversación. La tolerancia es la base de la tranquilidad social...

—Bajo la prima de la guitarra, cuenta lo prometido y déjate de sermones ó disertaciones de catedrático, volvió á observar impertérrito el burlón de Casas. Esto lleva visos de ser eterno, pues si para un incidente de la historieta prometida echas

media hora de palabras, ya podemos prepararnos á pasar escuchándote cuatro fastidiosas horas hasta la terminación del caso.

— Bien, será breve, dijo Farías. Cuando el sacerdote consagra rinde las armas la tropa permaneciendo hincada hasta el final, lo que en realidad no es muy agradable para las rodillas cuando el piso es de piedra y no lo cubre siquiera una modesta alfombra, ó aunque más no fuera un jergón ordinario. Uno de los soldados viejos, y adorador de Baco, estaba próximo al ayudante y observaba todos los movimientos que hacía el sacerdote; esto lo tenía algo fastidiado, pues cuando aquel hubo elevado el caliz, creyó el milico que al bajarlo sería para llevarlo á los labios y beber el contenido, pero cuando vió que seguía en las fórmulas de la consagración, se dió vuelta y con aire de molestia y en tono perceptible, le dijo al compañero: “Vaya un fraile que ni beber sabe; puras contradanzas con la copa y todavía no ha bebido el poco de vino que tiene; ha habido tiempo para que cualquiera de nosotros se hubiese echado entre pecho y espalda el contenido de una botella de ginebra marca Campana!”

— Basta de accesorios y al grano, Farías.

— Allá voy sin más preámbulo. Cuando dimos la batalla de Santa Gertrudis, á eso de las ocho de la mañana, los del batallón no habíamos probado una gota de agua desde la tarde anterior, habiendo marchado por arenales con un calor sofocante. Terminado el combate, nos tocó custodiar á los prisioneros, entre los que había once oficiales y trescientos y tantos soldados austriacos. Estaba el coronel frente á los primeros, montado sobre su doradillo, y con la pierna cruzada sobre la cabecera de la silla, cabizbajo y fatigado, porque recordarán que echó pie á tierra cuando dimos la carga á la bayoneta, poniéndose á nuestro frente, donde marchó hasta que terminó la acción, cuando le trajeron su caballo. La sed, sobre todo, lo

tenía de mal humor y postrado, pues el sol picaba más de lo necesario para ser agradable y útil. Sería como las once y media de la mañana cuando se le acercó Lucio Sánchez con una *caramañola* que presentó al coronel, diciéndole que en ella había agua suficiente para calmar la sed.

—Bébela, pues has de estar sediento, le dijo el coronel.

— Ya la he bebido á entera satisfacción de mi escuálido cuerpo, le contestó Sánchez.

El coronel tomó la *caramañola* y la sacudió, y en su cara se notó la satisfacción que sentía al ver que iba á satisfacer la mas exigente de las necesidades; pero en el momento de destaparla oyó que uno de los oficiales prisioneros decía á otro en alemán: “Daría cinco años de mi vida por esa agua!” El jefe miró á quien tales palabras pronunciara, y vió que era un hombre como de treinta años, buen mozo y con las insignias de capitán: era Ludovitz, de nacionalidad húngara, quien tenía vendada la cabeza con un pañuelo, pues le habían pegado un sablazo. El coronel hablaba alemán y había entendido lo que dijo el herido; sin más se le acercó y dándole el agua le dijo, en el mismo idioma, que la bebiera. Ludovitz rehusó agradeciendo, pero el coronel le mandó que la aceptara: “Usted está herido y no tiene derecho á rehusar lo que con gusto le doy.” El otro no se hizo rogar más, y yo sentía una puñalada al oír cada trago que daba.

— Mi coronel, dijo Sánchez con aire compunjado, pero mi coronel, darle á un invasor extranjero lo que para conseguirlo me ha costado trabajo y media botella de aguardiente mezcal! qué!! no tiene sed?

— La sed que tengo es soberana, pero Lucio, comprende que este señor está peor que tú y que yo; es de los vencidos y está herido; la sed que lo devoraba era tal que la exclamación que

hizo fué tan ingenua y verdaderamente conmovedora, que á pesar del placer que iba á darme, lo sacrifiqué para satisfacer el anheloso deseo expresado por él, y no dudo que habrías hecho lo mismo si le hubieras entendido.

— Eso, quien sabe! pero voy á buscarle otro trago que espero no será para que otro lo beba á causa de su sensibilidad y de haber podido entender el idioma de estos intrusos.

— Ustedes comprenden, continuó diciendo Farías, que ese acto de abnegación es sublimentemente heroico y es natural que produzca la admiración en todo corazón capaz de latir por todo acto noble.

— Convenido!! dijeron como en responso varios de los oficiales.

Ahora les voy á contar lo que me pasó ese mismo día, dijo el capitán Casas, y aunque nada haya en ello que sea subline ó conmovedor, tiene para mi algo tan grato que no lo olvidaré mientras tenga memoria. Hacía dos días que estaba preso en el cuerpo de guardia por orden del coronel, quien me había impuesto ocho días de descanso allí, muy á pesar mío, pues parece que no había hablado con bastante respeto al mayor en actos del servicio, y todos saben que el coronel no tolera ni perdona faltas de subordinación. Cuando llegó el momento de dar la carga contra los austriacos se me subió la sangre á la cabeza al ver que se me privaba de la honra y satisfacción de batirme con mi compañía, así es que bajé de mi caballo, pedí su fusil y correaje á mi asistente y me embutí en la primera fila de mi compañía como soldado raso. Pocos momentos después me vió el coronel y enderezándose á mi me preguntó con voz dura y mal gesto: “Capitán Casas, qué hace usted en las filas?” “Señor coronel, le contesté sin turbarme é instintivamente,

aquí, no está el capitán Casas, pues ese se halla preso por orden superior; quien ahora le habla á usted es un patriota mejicano que quiere combatir también por la libertad de su patria humillada." El coronel me miró un momento de tal modo que creí en el próximo estallido de una tormenta disciplinaria, pero lo que pasó no lo hubiera pensado nunca, pues en vez de contestarme se dió vuelta y le dijo al ayudante: "Vaya usted y busque al capitán Casas, devuélvale su espada y dígame de mi parte que no dudo que al ponerse al frente de su compañía para dirigirla en el combate sabrá hacer olvidar con su conducta su última falta de subordinación." No soy hombre muy dado á las lágrimas, continuó diciendo Casas después de un corto silencio y con voz conmovida, pero cuando el coronel hubo terminado de decir esas palabras corrían las lágrimas por mis mejillas. Bah! no fui yo el único, pues más de un soldado de mi compañía hizo lo mismo, y todos estaban como en misa.

—Muy del coronel, observó Encking con todo aplomo, ese es su modo de siempre, en casos análogos: endiabladamente original.

—Sería bueno que se cantara en otro tono, dijo Olivares, estamos dando demasiado en el modo elegiaco, y para que no se pierda tiempo en hacer la mutación voy á dar comienzo llanamente con lo que oí contar al coronel hace mucho tiempo, y que le aconteció en el ejército argentino.

—Subteniente Olivares, ándese con cuidado para repetir cuentos que ha oído al jefe, dijo el capitán Casas, pues por mi parte no tengo gran confianza en sus dotes de narrador agradable, y en honor de la verdad debo declarar que no es un desdoro para usted, siendo la pesadez de su modo de exponer originado por la asídua lectura de la Ordenanza Militar, que es indigestamente pesada, peor que una borrachera de mala cerveza.

—Su opinión no me oprime, mi amable capitán, y aunque lo considero buen juez y práctico en lo que se refiere á los efectos de una mala embriaguez, estoy muy distante de tener la misma opinión respecto al criterio literario con que quizá se presume adornado.

—Vamos al cuento y dejémonos de andar con pullas é indirectas á lo padre Cobos, dijo Farías interviniendo en la cuestión epigramática que amenazaba suscitarse.

—Si lo que voy á narrar fuera parte de alguna obra antigua española, estoy seguro que le vendría como pedrada en ojo de boticario el siguiente título: “*De cómo se puede jugar al monte sin tener naipes ni haber encantamiento.*”

—Pero como no es capítulo de obra española antigua, casi me atrevería á afirmar que le vendrá tan bien como un par de pistolas á un Santo Cristo, observó Casas con tono burlón.

—Sigo mi cuento, dijo Olivares, y no he de contestar á las interrupciones poco amables de las moscas intelectuales, por muy espirituales que sean. Nuestro coronel era en 1860 capitán del 4.º batallón de infantería, y estaba de servicio de campaña en la frontera oeste de Buenos Aires, donde parece que los indios pampas y sus compinches los araucanos, solían dar que hacer al ejército. Cada compañía tenía una cuadra en el perímetro de la fortaleza; la disciplina era férrea, y entre las prohibiciones severas dictadas por el jefe de la frontera, estaba la que no permitía el juego de naipes, lo que indudablemente era doloroso para muchos soldados que habían sido gauchos y por lo tanto ardientes partidarios del juego. En una noche preciosa de primavera en que la luna llena daba suficiente luz para transformarla en día más claro que muchos de los que en Lóndres se ven durante el invierno, se deslizó el capitán por la sombra que proyectaba la pared del cuartel, pues había oído en su cuadra

la voz de uno de los soldados nombrando varias cartas, lo que le hizo creer que estaban jugando al monte. Cuando llegó á la puerta nadie lo había sentido, y con voz de mando ordenó que ninguno se moviera: había sorprendido una rueda formada por diez ó doce soldados sentados en el suelo á la turca. Á pesar de la claridad en que estaban, no vió los naipes con que jugaban, pero si pudo observar que algunos guardaban disimuladamente algo en sus bolsillos.

—Vengan esas cartas! ordenó á los soldados.

—Si no tenemos naipes, mi capitán, le contestó un soldado que pasaba por ser el más ladino de la compañía.

—No tienen naipes, ya veremos eso! exclamó con enojo el capitán.

En seguida mandó formar en fila y registró á todos con la mayor escrupulosidad sin poder dar con las cartas que creía que tenían; hizo registrar el piso de la cuadra con el mismo resultado negativo, lo que lo exasperó; se le había puesto que habían estado jugando al monte. Á cierta distancia del grupo vió á uno de los soldados más traviosos y jugadores, tieso como alma de vizcaino, pero en cuya fisonomía se notaba algo como pifia. El capitán lo llamó preguntándole qué era lo que estaba haciendo allí, y éste le contestó con la aparente ingenuidad de una niña de colegio; “cantando, mi capitán; ya sabe lo aficionado que soy á la música.”

El capitán se dió vuelta echando pestes en sus adentros por no dar con el cuerpo del delito, porque para él había delito. Llegó á su alojamiento, y para calmarse y darse consuelo pidió á su asistente que le llevara café. El tal asistente había sido un *gaucho malo*, siempre en lucha con las autoridades, por lo que éstas lo habían destinado al servicio de las armas para que pagara en parte sus graves faltas y que á no ser

por el gran cariño que había tomado á su capitán, es seguro que hubiese desertado en la primera oportunidad. Era perspicaz y comprendió que estaba nublado el espíritu de su superior, así es que después de servir el café se puso á dar vueltas en el cuarto con un pretexto ú otro, seguro de que el capitán lo había de hablar. Tal sucedió; le relató lo que había acontecido, terminando con la siguiente frase, dicha con desaliento y envuelta en un suspiro:

—Molina, creo que jugaban al monte, y que me *han fumado*.

—Así es, no más, mi capitán; se lo han fumado como *pucho*, pues Villafañe dijo la verdad cuando le aseguró que estaba cantando, pero no eran décimas ni vidualitas sinó las cartas lo que cantaba.

—Pero no me has entendido, Molina? si no había cartas!

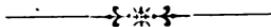
—Y qué necesidad hay de naipes para jugar al monte entre nosotros?

—Vamos, te escucho, cuéntame la cosa lacónicamente.

—Cuando queremos jugar al monte, ó mejor dicho, cuando los soldados quieren jugar al monte y no tienen naipes, nombran de común acuerdo al más honrado ó al menos interesado para que talle de memoria; al efecto se le coloca á unos quince ó veinte pasos de la rueda formada por los que van á apostar. Una vez que todos han ocupado sus puestos se avisa al tallador, y éste hace como que tira las cartas y las canta; por ejemplo, dice: *sota de oros y seis de espadas*, y espera un rato hasta que se le dice de la rueda que ya están hechas las paradas, apostando unos á favor de una carta y otros á la contraria, habiendo siempre un banquero. En seguida principia á nombrar pausadamente cartas que no corresponden á las dos primeras, y cuando cree que ha durado lo suficiente la expectativa, nombra una igual pero de diferente palo de las que sirvieron

para las apuestas. Como usted vé, mi capitán, nada más sencillo y legal que este modo de tallar con naipes imaginarios.

Mientras se hacían comentarios sobre la tal manera de jugar al monte fué anunciada la llegada del jefe de día, lo que hizo que se disolviera la reunión.





Una calaverada

LA carrera militar no es la más adecuada para que aquellos que tienen inclinación natural á cometer *calaveradas*, se modifiquen en sus tendencias traviesas y arriesgadas, puesto que predispone á jugar la vida nada más que por el lujo de hacerlo, y por desahogar el exceso de vitalidad que se tiene.

Es cosa aceptada, y en ello estamos de acuerdo, que una calaverada es acción, resolución, ó designio que desdice de la sensatez de los que obran con madurez y aplomo; pero preguntamos á cualquiera, excepción hecha de los tontos y de los timoratos, que nos diga con entera conciencia si no se siente siempre dispuesto á disculpar, y hasta á aplaudir las calaveradas, cuando ellas no implican un acto indigno por más que sean fruto de poca cordura?

Quién no ha hecho alguna calaverada *más ó menos gorda*? de ahí que nos consideremos autorizados á repetir las bondadosas y astutas palabras de Jesucristo cuando acusaron á la mujer adúltera: “El que sea sin pecado, que arroje la primera piedra.” La conciencia se alarmó de tal modo y les gritó tan asustadamente á los fariseos acusadores, que no sólo no apedrearon á la infeliz y frágil mujer, sinó que se dieron vuelta

dando de hecho la razón al defensor y absolución completa á la tierna hija de Eva, que había cometido la calaverada de dar de beber al sediento, tomando equivocadamente á otro por su marido.

Las calaveradas que generalmente son simpáticas á hombres y mujeres, y á éstas últimas en particular, son las que se han hecho á impulsos del amor, este mal contagioso que hace perder la chaveta á aquellos que son sus elegidos; ese perturbador del mundo, según la frase del gran Bacon, que en otra parte lo llama el más suave y el mejor de los moralistas.

En 1860 estaba en una de las líneas de la frontera de Buenos Aires, un capitán de infantería con su batallón, cuyo jefe era un disciplinario de primera para aplicar el despotismo de la Ordenanza Militar, pero su áspero rigor amortiguaba la suave severidad del coronel que mandaba la frontera, quien obtenía la más estricta disciplina por medio del convencimiento y del ejemplo.

El punto en que estaban de servicio era recién poblado y amenazado de continuo por los indios de la Pampa, que vivían del robo de haciendas, que hacían en sus invasiones y correrías, vendiéndolas después en Chile. Fácil es de suponer que no había abundancia de sociedad elegante y culta en punto tan amenazado y pobre. Nuestro capitán, joven y hombre de salón, sentía el vacío, y á ello no se avenía su genio alegre y sociable. De ahí que pensara frecuentemente en la sociedad que había visto en un pueblo de la campaña, distante nueve leguas del paraje en que él estaba tan poco á su gusto, como el pescado de mar en agua dulce.

Había también *aquello* de por medio: una joven inteligente, instruida, que tocaba bien el piano, siendo belleza digna de

cualquier centro civilizado. Le había sonreído tan bellamente al capitán, cuando éste la conoció, le habló con tal simpatía, y tocaron á cuatro manos el piano con tanto entusiasmo artístico, que el pobre oficial, inclinado ya por naturaleza á la idolatría femenil, perdió los estribos, quedando predispuesto á cometer calaveradas propias de su juventud y ardor.

Dicen que la imaginación es la mayor enemiga de la mujer, con lo cual se quiere dar á entender que la *loca de la casa* embellece el pensamiento que se forma de un ser con quien se ha simpatizado, y tanto atiza esa inclinación hasta que da nacimiento á la pasión, originando la perturbación más completa. Pues bien, al capitán le pasó algo parecido, y la soledad en que vivía fué estímulo á sus deseos, que al fin no lo dejaban descansar; una visión lo perseguía por doquiera y á toda hora: era la imagen preciosa de la niña que lo había encantado.

Tanto caviló en ella y tanto calculó en los medios de que se valdría para verla frecuentemente, que por último resolvió hacer una calaverada tan respetable, que si llegaba á ser descubierta por los superiores, le acarrearía por lo menos una prisión de algunos meses. Pero, ¿á qué no da alas ese sentimiento déspota y orgulloso, que aunque sea una locura proporciona al hombre sus mayores encantos?

Una vez que hubo madurado en su espíritu el plan originado en su sentimiento, le dió la forma conveniente, con toda la actividad producida por un anheloso deseo, y arregló todos los pormenores con la precisión de una ecuación matemática.

Era el otoño, ya próximo al invierno, así es que oscurecía temprano y amanecía tarde, lo cual venía de perilla á sus designios, pues que desde las cinco de la tarde quedaba libre hasta el día siguiente á la diana, hora en que todos los oficiales tenían que estar en sus puestos, para desayunarse en seguida y

hacer ejercicio poco después. No era posible faltar á estos actos, á causa de que el infatigable jefe del batallón andaba observando siempre hasta las minuciosidades, para cuya tarea le favorecía la malhadada enfermedad de insomnio, con que la madre naturaleza lo había favorecido, con la perversa intención sin duda, de que sirviera de *mosca brava* á los remolones en el servicio. Agréguese á esto, que todos sabían que cualquier falta en el servicio era seguida del castigo correspondiente, lo que no es agradable ni honroso para un oficial cumplido y pundonoroso.

El teniente primero de la compañía era amigo del capitán y persona de entera confianza; éste lo llamó y sin muchos rodeos le confesó sus sentimientos al mismo tiempo que le exponía su plan.

—Vamos á tratar seriamente este asunto, observó el teniente, para evitar que tenga malas consecuencias si llega á descubrirse que usted sale del campamento sin permiso de los superiores: la Ordenanza no se anda en chicas á este respecto porque en resumidas cuentas se trata de un abandono del puesto frente al enemigo. Los que escribieron la Ordenanza hicieron abstracción completa de las circunstancias atenuantes y aún razonablemente disculpables, que como tales debieran tenerse cuando se trata del amor y mucho más cuando este es inspirado por una criatura como la que lo tiene embaucado. Cuánto le envidio su suerte si es que le va bien, mi capitán!

—Vea, teniente, creo que he arreglado todo con precisión y por lo tanto tengo que salir arioso, salvo un caso excepcional que no es humano poder preveer. Tengo apostados dos caballos buenos en el camino, á tres leguas uno del otro; salgo de aquí á las seis y emprendiendo la marcha á galope tendido hasta llegar á casa de la familia, no puedo echar más de dos horas, minuto más ó menos; hago mi visita, ceno, descanso de las doce hasta

las dos y media, y regreso antes que las bandas toquen diana. Nadie me verá salir ni entrar, mi asistente y el criado son de entera confianza, y es más fácil que los maten y no que me denuncien.

— Á ese respecto estoy de acuerdo con usted; pero se me ocurre esto; si durante su ausencia hay alarma y tenemos que formar, y probablemente que emprender una marcha contra los indios, qué sucederá al no vérselo al frente de su compañía?

— En ese caso, mi teniente, será usted el que me salve. Dará parte al mayor de que estoy imposibilitado para levantarme de cama por haberme atacado de pronto una enfermedad que me ha postrado; y si marchan me deja escrito lo necesario para que yo pueda incorporarme conforme vuelva, alegando haberme restablecido del ataque después que la tropa había marchado.

Se hizo tal cual se concertara, y todo anduvo á las mil maravillas, pues hasta los indios se habían sosegado y el tiempo favorecía las escapadas. Pero, quién sabe cómo llegó á oidas del jefe del batallón de que al capitán se le veía cada cuatro ó cinco días de visita en la casa de la niña; nadie lo había visto en el camino, primero, porque todo era un desierto, y segundo por la hora en que andaba. Conforme lo supo el comandante se fué á ver al coronel con el poco caritativo propósito de que énjaularan al muy tarambana ó lo pusieran unos seis meses de jefe de avanzada en algún pequeño fortín-destacamento, lo que era peor que estar en un calabozo.

El coronel oyó el relato, hecho con poca simpatía, y salpicado de observaciones sobre la disciplina y conveniencia de reprimir severamente las faltas graves, especialmente cuando las cometían aquellos que por su rango y educación debieran dar el ejemplo.

—Me parece algo difícil lo que usted me dice, comandante; asegura que el capitán va cada cuatro ó cinco días á esa casa que dista nueve leguas de aquí, y también me dice que él no ha faltado una sola vez á una lista, á un ejercicio, ni á ningún otro acto de servicio; cómo se comprende eso?

—Muy sencillamente, señor coronel; tiene apostados muy buenos caballos á tres leguas el uno del otro, sale de aquí media hora después de oscurecer y vuelve media hora antes de aclarar. Esta noche es probable que vaya, pues sé que ha rehusado asistir á una reunión de varios oficiales, á que nunca falta.

—Está bien, comandante, dijo el coronel con voz reposada, deje el asunto en mis manos; voy á averiguar lo que haya y yo mismo impondré la corrección.

Nuestro capitán no veía sinó color de rosa en la atmósfera que lo rodeaba, y la deslumbradora brillantez de su adorado tormento impedía que se apercibiera de que una nube cargada de desagradados para él se levantaba en el firmamento; así es que la misma noche del día en que sus malos pasos fueron dados á conocer al jefe superior de la frontera, fué testigo de la repetición de su falta, cometida con el ánimo más contento que se puede dar. Hasta la naturaleza lo ayudaba, pues el tiempo era espléndido. Galopó tan ligero como lo estaba su espíritu ilusionado, y á las dos horas de haber emprendido la carrera entraba como conquistador satisfecho al patio de la casa que encerraba su ideal amado. Pero qué cruel desengaño sufrió al querer penetrar en la sala, donde siempre era recibido por *ella!*

—Buenas noches, capitán, le dijo el coronel que estaba parado en medio de la puerta; qué anda haciendo por acá? le han dado alguna comisión extraordinaria ó ha ocurrido alguna novedad en la línea?

—Nada de ello, señor, venía de visita, nada más, contestó más que azorado el infeliz enamorado, en cuyo ánimo había producido la voz del jefe un efecto mil veces peor que el alarido salvaje de los indios cuando dán su carga á lanza seca.

Allí estaban los de la casa con aire contrito, pues comprendían ó ya sabían, que el coronel había ido á la tarde para sorprender en falta al pobre capitán, y aunque no fueran militares sabían que por mucho tiempo quedaría imposibilitado para poderlos visitar. Agréguese á esto el aire tranquilo é indiferente del jefe, y se comprenderá el estado de postración moral en que estaría la víctima presunta, y *aquella* que indirectamente tenía que participar del dolor ageno. Cuán pesada parecía la atmósfera, y cuán larga la visita del superior, hasta que por fin se levantó para despedirse á eso de las nueve y media.

—No quiere que nos retiremos juntos, capitán?

—Agradezco la atención, mi coronel, contestó el aludido haciendo de tripas corazón, yo me retiro más tarde.

No insistió el jefe, y despidiéndose de todos se marchó. Momentos después se oía el ruido producido por los cascos de su caballo y el de su ordenanza. Cuánto alivio dió esa salida, dando lugar á poder desahogar el pesado susto de unos y la condolencia amistosa de los otros. Se hicieron comentarios mil, pero sólo se sacaba una deducción lógica: el capitán tendría que soportar el castigo á que se había hecho acreedor, y los amigos se verían privados de su sociedad por mucho tiempo.

Se pasó la noche lo mejor que se pudo y á la hora acostumbrada emprendió la retirada el desdichado amante, después de una despedida más tierna que la de Héctor y Andrómaca, según la relata Homero. Cuán desolado le pareció el terreno que recorría, y cuán triste la entrada que hizo

en su alojamiento, á pesar de la cara risueña con que lo recibiera su asistente Molina, quien ya le tenia preparado el café.

—Mal aspecto le veo, mi capitán, dijo el asistente con esa respetuosa confianza que es tan característica y peculiar en el soldado hispano-americano que vive de la misma vida de su superior; pero si no es más que algún chubasco entre usted y la niña, no hay porque aflijirse: eso pasa y no da pulmonía, ni siquiera un resfrio regular.

—Ay! Molina, hubiera preferido una tormenta deshecha con ella, á lo que me ha pasado... El coronel estaba allí y me ha visto.

—Santa Bárbara bendita, qué atrocidad! la *embarramos grande y feo!* exclamó Molina poniendo una cara más azorada que el mismo espanto.

—Hazte cargo de cómo estará mi ánimo sabiendo lo que me espera.

—Ya, ya! mi capitán; pero qué barbaridad! mire lo que es el destino! una cosa tan bien arreglada y con tan excelentes y sanos propósitos, y ser desbaratada con tan malas consecuencias en perspectiva. Ah! señor, si el demonio es muy envidioso y ese es el que ha de haber armado la trampa. Bueno, mi capitán, ahora paciencia y barajar, será conveniente que ya vaya preparando las balijitas, porque lo que son seis meses ó más, de vivir en fortín avanzado no nos escapamos! mire que es desgracia! y por allá no hay amor ni cosa que se le parezca. En fin, de cualquier modo lo podremos aguantar; usted leerá y tocará la flauta y yo me entretendré en amansar y adiestrar potros, y en oír su música. Es mucho lo que perdemos, pero hay que tener coraje, pues más se perdió en el diluvio, y ya ve, todo anda muy bien, exceptuando este malaventurado tropezón

que ha dado con el coronel. Malhaya con la suerte ingrata y tan impertinente como las ganas de estornudar cuando uno anda en *pasos perdidos*.

Nada interrumpió la rutina ordinaria del campo; se tocó diána, se pasó lista, se hizo el servicio de limpieza y se marchó al campo de instrucción. Cuando hubo terminado el ejercicio á las nueve de la mañana, y estando reunidos casi todos los oficiales en el patio principal del cuartel, se presentó el ayudante de servicio y dirigiéndose al infeliz encapillado, le comunicó que el coronel lo mandaba llamar á su presencia.

La oficina del jefe de la frontera era una sala como de doce metros de largo, y al presentarse allí el llamado se encontró sólo con el coronel que paseaba pausadamente de un extremo á otro de la pieza. Conforme vió al que entraba y que estaba cuadrado militarmente, detuvo su paso y encarándosele le preguntó con voz fría y serena:

—Tenía usted licencia de su superior para ausentarse del campo?

—No señor, contestó el interpelado con firmeza, pero sin petulancia.

—Ignora usted que es acto punible por ser falta grave?

—No señor, conozco bien la Ordenanza y las Ordenes Generales al respecto.

—Por qué no ha pedido permiso en vez de trasgredir la ley y faltar á la disciplina?

—Señor coronel, hablo con el debido respeto y sin que en mi ánimo haya el más ligero asomo de insubordinación. Estoy enamorado hasta la médula de los huesos y como es natural he deseado ver al objeto de mi cariño, pero temeroso de que se me negara el permiso si lo solicitaba, preferí exponerme á sufrir

una prisión sencilla á una doble por tener circunstancias agravantes mi falta, ya que estaba resuelto á ir aunque me hubieran negado la licencia, lo que habría empeorado lo malo de mi conducta.

El coronel miró fijamente al capitán durante un minuto, que á éste le pareció más largo que un sermón de cuaresma, ó que el tiempo que se pierde en un pleito en que puedan sacar algo los abogados, procuradores y escribanos, gente tan avisada para absorber el dinero de un litigio.

—Lo que usted ha hecho no arguye en favor de su respeto por la disciplina, pero tiene como circunstancias atenuantes la causa que motiva la falta y su ingenuidad. No lo voy á mandar preso, pero mi castigo estará en hacerle saber que se ha perjudicado en la buena opinión que tenía del respeto que usted profesaba á sus deberes. Puede retirarse, señor capitán.

Así lo hizo el desgraciado, todo confuso y perturbado en sus ideas. Fuése á su alojamiento, donde pasó varias horas en el más completo mutismo: las palabras del coronel le habían causado un efecto tal, que al recordarlas se le subía el rubor al rostro.

Estando esa misma tarde en la plaza de instrucción, y en un momento de descanso se le aproximó el mayor del cuerpo con la risa en los labios.

—El jefe del batallón le da permiso para que una vez por semana pueda salir del campo en las mismas condiciones que ya conoce, le dijo con sorna.

El capitán le agradeció, y como era amigo del mayor le pidió que le dijera lo que sabía al respecto, pues todo habría esperimentado menos esta licencia.

—Le voy á contar lo que ha pasado, pero cuidado con que

se dé por entendido, y esto se lo exijo formalmente. Esta mañana fuimos invitados á almorzar con el coronel, el comandante y yo; cuando tomábamos el café, dijo la señora del coronel al comandante, que quería pedirle un favor, esperando que no se lo rehusaría, y éste le prometió hacerlo si dependía de él.

—El capitán X está enamorado y es natural que desee ver al objeto de su predilección, y como ese se halla algo distante del campo, necesita el permiso de usted para que pueda ir allá: este permiso es el favor que solicito con empeño.

—Mire, señora, su ahijado es un tarambana que me tiene con la sangre hirviendo, . . . pero ya me las pagará; y por lo que hace al permiso que usted con toda debilidad me pide, siento no poder acordarlo pues no depende de mi, sinó del jefe de la frontera. Si él lo da estará bien hecho, y lo único que le prometo es que no me molestaré porque lo obtenga, pero en mi opinión no lo merece de ningún modo.

Entonces ella le pidió al coronel diera la licencia para dos veces por semana, pero éste sólo acordó una, diciendo que usted ya se había tomado adelantada la otra; y dirigiéndose al comandante que estaba algo atufado, le pidió que le hiciera saber á usted esta resolución.

—No ignora, comandante, terminó dirigiéndose á éste, que donde se empeñan las mujeres hay que ceder; ahora no lo he hecho por el pedido de mi esposa, sinó porque ya anoche me arrancó esa concesión una niña á la que usted tampoco habría resistido.



Locura y heroísmo

ENTRE los defectos que suelen tener moralmente los militares es muy común que posean, en mayor ó menor grado, la jactancia, y que padezcan de una susceptibilidad extrema cuando se trata del valor ó del pundonor; aunque en las circunstancias ordinarias de la vida social esto suele ser un inconveniente y muchas veces un rasgo molesto para los demás, no deja de producir sus buenos resultados en la vida militar, porque conserva vigoroso el espíritu de combatividad, que es esencial en una profesión que tiene por propósito efectivo destruir al contrario.

El amor propio, y aún la vanidad, son inherentes á todo hombre y muy natural que se desarrollen en una carrera que recompensa alhagando y estimulando el deseo de distinguirse: de ahí que la jactancia sea una consecuencia lógica, ya que no es más que el lenguaje de la vanidad, que á veces exagera lo que piensa y siente de sí mismo. Si bien despreciamos al fanfarrón que sólo en palabras es lo que se cree, no dejamos de respetar al que sostiene lo que dice en tono jactancioso, cosa que lejos de degradarlo lo eleva á nuestra vista. Convenimos en que para merecer una verdadera estimación, debe ser impulsado el

valor por la razón, por el deber y la equidad, pero eso no impide que admiremos los hechos de heroísmo aunque los produzcan el odio, la rabia, la venganza, el interés y hasta la falta de sensatez, ó si se quiere, la temeridad. Será ó no una debilidad humana, pero la intrepidez en los peligros y el valor en los combates causan siempre un sentimiento de admiración en los hombres, sobre todo, cuanto menos capaces se sienten de poder hacer lo mismo.

Algunas veces debe considerarse como verdadera locura lo que se hace exponiendo ó sacrificando la vida nada más que por vanidad ó irreflexión, pero aún así, creemos que tiene su lado simpático cada acción que encierra serenidad en el peligro que se halla presente.

El ejército del Potomac había llegado á las órdenes de Grant en 1864 á las puertas de Richmond, donde las tropas del general Lee se habían fortificado con mucha anticipación y científicamente. Para llegar allí había perdido el ejército del Potomac entre muertos, heridos y prisioneros cerca de noventa mil hombres del 5 de Mayo al 1.º de Noviembre, y aún le faltaba lo serio hasta principios de Abril de 1865, en que quedó vencido el heroico ejército de los confederados á las órdenes de su noble general Roberto E. Lee, que tuvo que rendirse en Lynchburg.

La estrategia pudo más para la rendición que todo el ímpetu del soldado unionista. Las obras de defensa hechas por los rebeldes en Richmond y Petersburgo eran casi inexpugnables mientras tuvieran defensores, pues tenían dos líneas de abatis, tres de parapetos para rifleros y tremendas fortificaciones de tierra, unida la primera á la segunda por líneas regulares de fuertes con ángulos salientes y entrantes, y en cada punto elevado una especie de castillo de tierra. Si los unionistas hubieran podido

tomar la primera línea habrían quedado dominados por la segunda, de modo que el triunfo de un momento habría sido convertido en una derrota sangrienta en seguida; y esto, después de la carnicería que hubiera hecho en sus filas la poderosa artillería é innumerables tiradores de los defensores.

El ejército de la Unión se había fortificado como había podido durante los combates y en la noche, así es que sus líneas no eran correctas, según el arte de la guerra, hallándose algunas avanzadas á sólo unos cien metros de los contrarios, como sucedía frente de Petersburgo, haciendo que los pobres soldados no pudieran andar muy libremente, porque eran cazados por los tiradores confederados, desde los puntos altos que ocupaban.

El regimiento 45 de los Estados Unidos, compuesto de pardos y morenos, estaba en uno de esos puntos *peñagudos*, como lo calificaban algunos traviesos, y se podía asegurar que de día estaban de plantón en esa línea. Á su extremo izquierdo había un paraje que lo habían bautizado con el nombre de *Paso del infierno*, cuando más propiamente le habría venido el de *Paso de la muerte*, pues cualquiera que al pasar por allí se olvidara de agacharse, podía estar seguro de que le perforaban el cráneo con una bala de rifle.

Esto provenía de que era un punto bajo, debido á una ondulación del terreno, cuya altura estaba en la línea de los rebeldes, quienes tenían establecidos sus tiradores permanentes nada más que para cazar á los incautos. Los soldados del 45 se solían entretener en pasar un kepi colocado sobre un palo de manera que fuera visto por los contrarios, y apenas él se dejaba ver cuando ya estaba perforado por una bala.

Hallábanse reunidos en la trinchera á eso de las doce y media de un hermoso día, el teniente coronel que mandaba acci-

dentalmente el regimiento y varios oficiales del cuerpo, conversando agradablemente y tratando de todo. Entre otras cosas se habló del desgraciado fin que el día anterior había tenido un capitán del cuerpo, que habiéndose asomado imprudentemente por una tronerilla de diez centímetros cuadrados, había recibido una bala en el ojo que le produjo la muerte casi instantánea. Se explicaba el hecho fácilmente: todos comprendían que al tapar la tronerilla la cara del capitán la había oscurecido, y el riflero que estaba espiando ese punto con su arma preparada, había comprendido que alguien miraba por allí, y naturalmente, aprovechó la ocasión y con éxito favorable.

Sin dar mayor importancia á sus palabras dijo el teniente coronel, que si él se hubiera puesto en el lugar del capitán, tan seguro estaba de su fortuna, que la bala no habría penetrado con tanta limpieza por la tronerilla. Estas palabras produjeron un cambio de ideas sobre la suerte de unos para no ser heridos y la desgracia de otros que podían ser considerados como *parabolas* humanos.

—Para mi, dijo un teniente algo descreído en materia de destino individual, no hay tal suerte ni cosa parecida, pues un hombre es igual á otro para recibir un proyectil: todo está en que se coloque de modo que su cuerpo estorbe su paso.

Se le rebatió la idea, y quien lo hizo con más fogosidad fué el teniente coronel, á quien el teniente dió como argumento práctico la propuesta más loca posible, según el parecer de todos.

—Usted se considera invulnerable ó cosa parecida, porque cree que está llamado á ser algo más de lo que es ahora, y yo sostengo que así podrá ser mientras no intente algo que seguramente daría al traste con su estrella. Por ejemplo, yo estoy seguro y apostaríá cualquier cosa, á que si usted asoma la ca-

beza nada más que durante un minuto en el *Paso del infierno*, quedará probado irrefutablemente lo que sostiene; más creo que no llegará ni á coronel graduado, pues le habían de apagar su estrella como se apaga una vela cualquiera con un soplo fuerte.

— Acepto la propuesta! dijo el teniente coronel con gran asombro de todos, apuesto un *dollar* á que no sólo asomaré durante un minuto la cabeza, sinó que me pararé fuera de la zanja para presentar toda la caja del cuerpo, y que saldré ileso.

El asunto había tomado una faz algo lúgubre, y algunos insistieron en que no se llevara á cabo tal locura que rayaba en temeraria insensatez, pero el teniente coronel insistió, para lo cual tenía sus razones; la primera, que había recién ascendido á ese rango, y aún no lo conocían en el Regimiento por haberse incorporado de otro, y si se hubiese echado atrás no habría ganado en reputación favorable; y en segundo lugar, que era argentino, y con eso está dicho que tenía mucho de andaluz, y era capaz de sostener cualquier disparate, siempre que se tratara de manifestar valor á toda prueba, aunque tuviera la convicción de que le iban á acomodar en el cuerpo un pedazo de plomo.

Pocos momentos después seguían en fila por la zanja los de la reunión con el jefe á la cabeza, marchando con aire de ir á un entierro inmediato. El teniente coronel aparentaba, ya que no lo sentía, una indiferencia glacial, pero el teniente que había provocado el lance, iba como si lo llevasen al patíbulo.

Una vez llegados al punto convenido, y siempre cubiertos por la mirada del enemigo, pidió el jefe que sacasen los relojes para que estuvieran seguros de que iba á permanecer el minuto convenido expuesto á las balas de los tiradores contrarios.

—Me doy por satisfecho y vencido sin necesidad de que se haga la prueba, dijo el teniente, pues de cualquier modo que termine soy yo quien ha de perder; mi conciencia no me permite autorizar esta temeridad.

—Pero es que yo no me doy por satisfecho, y he de probar que cuando digo una cosa la sé sostener, porque así somos los que hemos nacido á orillas del Plata. Con que así, y sin más vueltas, prontos!

Al decir estas palabras sacó el reloj, lo abrió, vió la hora repitiéndola con voz clara, y en seguida saltó fuera de la zanja presentando su cuerpo al enemigo. Una mosca que hubiese pasado habría causado ruido, tal era el recogimiento en que todos habían quedado.

Corrían lentos los segundos, aumentando la ansiedad que más de uno sentía, y esperando todos ver caer muerto al que tan locamente se había puesto de fácil blanco. Pero estaba en que la razón habría que dársela al temerario; pasó el minuto sin que nadie diera señales de vida. Cuando venció el término saltó á la zanja el teniente coronel y con el mayor desenfado y aparente naturalidad le dijo al teniente, que estaba como estatua sobre un sepulcro:

—Vaya sacando el *dollar* y pague lo perdido; espero que esto le servirá de lección para que otra vez no dude de lo que puede la convicción en un individuo como yo.

—Permítame observarle, señor; de lo que en lo futuro no dudaré es de que usted pueda abusar de la suerte, porque cosa igual no volveré á ver.

El mayor Arenas, del ejército auxiliar de Méjico tendría veinte y siete á veinte y ocho años, cuando perdió un ojo, un brazo y una pierna, á causa de uno de esos hechos de valor extraordinario, por cuanto implican la resolución de morir, sin ver cuando se cometen ni que haya esperanza de evitar la muerte. Tal sacrificio se le recompensó con un ascenso, pues entonces era capitán.

De genio jovial y de maneras simpáticas, todos sabían que bajo esa exterioridad suave había un corazón valiente y lleno de amor por su patria. Nada lo sacaba de su amabilidad tranquila, sólo lo transformaba cualquier conversación en que se hablara de la *Contra-guerrilla* del coronel Du Pin, á quien detestaba con pasión salvaje, lo que le había movido á tomar servicio á las órdenes del célebre guerrillero Méndez que se batía en el Estado de Tamaulipas á favor de la República. Allí se hacía la guerra sin cuartel.

En Febrero de 1863 estaba en Orizaba el general Forey, comandante en jefe del ejército expedicionario francés en Méjico, y en una tertulia que se daba en casa del señor Saligny, ministro francés, se aproximó al coronel Du Pin, que recién llegaba de Francia después del escándalo promovido por el remate que hizo en París de lo robado en el palacio de verano del emperador de la China, y le dijo que el país estaba infestado de bandidos que atacaban los convoyes franceses y que era necesario formar una contra-guerrilla para acabar con ellos. Al efecto le comunicó que él quedaba nombrado jefe de ella y con poderes plenos.

Du Pin tenía entonces cincuenta años; de espaldas anchas, de cabeza bien formada, frente despejada, nariz de ave de rapina, barba y cabello blancos, ojos pequeños y acerados, y cuerpo

algo obeso; fué educado por los jesuitas y era fanático admirador de Maquiavelo, de quien decía que había sido hombre habilísimo y útil, y que él seguía con valor y conciencia las doctrinas de tan gran maestro.

Conforme tuvo su nombramiento oficial hizo una llamada á los hombres de buena voluntad para llenar la misión difícil que se confiaba á su valor y abnegación. Cuando se hubo formado la *Contra-guerrilla* parecía que allí se hubieran dado cita todas las naciones del mundo: franceses, ingleses, alemanes, italianos, griegos, españoles, portugueses, suizos; en fin, en todo veinte y dos nacionalidades. Era la colección más completa de aventureros desalmados que se pueda imaginar, ignorando la disciplina, bebiendo y jugando soldados y oficiales en la misma carpa.

Du Pin se proveyó de caballos sacándolos á la fuerza de las haciendas, sistema que usó siempre, haciéndose dar vituallas y forraje sin tardanza, porque tomaba á los principales vecinos en rehenes y les informaba de que serían irremisiblemente fusilados si no satisfacían los pedidos hechos; si alguno de los rehenes escapaba mandaba incendiar su casa, sembrados y propiedades. Además, tenía la costumbre de poner un plazo, y por cada media hora de retardo hacía pagar al pueblo mil pesos oro; así mismo incendiaba toda casa ó rancho perteneciente á un liberal, de ahí que hubo caso de pegar fuego á más de cincuenta casas á la vez. Todo en nombre de la civilización y so pretexto de que los que se batían por la república como guerrilleros no eran sinó bandidos, en la opinión de los invasores.

La Contra-guerrilla se batía bien y con el valor propio del aventurero, al que no le importaba un bledo ni el gobierno ni la patria, ni ninguna idea ó principio: se batían por el provecho y satisfacción de sus pasiones bajas y viles. Así es que por

donde pasaban dejaban sus huellas marcadas por el incendio de ricas propiedades y el asesinato de todo aquel que consideraban liberal.

Esta banda de forajidos al servicio de Napoleón III llegó á tener hasta mil individuos; el odio que le profesaba Arenas debía su origen á los azotes que Du Pin hizo dar á un tío suyo, administrador de un gran establecimiento rural, por haberse negado á delatar el escondite de unos liberales.

Marchando un día la *Contra-guerrilla* Du Pin hacia la ciudad Victoria, vió en los árboles del camino balancearse al impulso de la brisa algunos cadáveres colgados por orden de Méndez como traidores á la patria, y un poco más allá dió con una sepultura fresca al lado del camino, que tenía una cruz grande en que se leía en letras negras: "Mueran los franceses asesinos!"

Ambos lados del camino estaban cercados con espeso ramaje espinoso, que hacía difícil penetrar al monte, lo que sólo se podía obtener separando con paciencia las ramas entrelazadas. Hizo alto la avanzada y se aglomeró para ver la cruz, pero en el momento en que iba á arancarla uno de los soldados se sintió ruido del otro lado del cerco. Por vía de precaución hicieron varios tiros al sitio de donde había salido el ruido, en la seguridad de que había enemigos ocultos, pues los perros ladraban desesperadamente hacia ese punto.

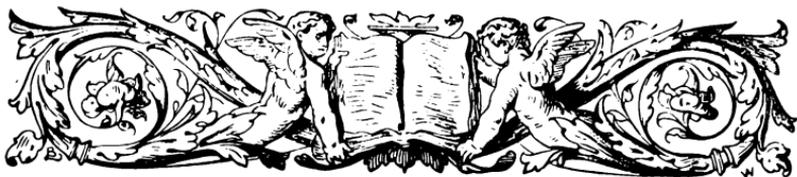
De pronto se oyó un estallido tremendo: la tal sepultura era una mina hecha por soldados de Méndez, encabezados por Arenas. El trabajo había sido ejecutado en la tarde anterior, pero de una manera primitiva; la mecha no era otra cosa que un reguero de pólvora que, saliendo de la mina seguía hasta unos cincuenta metros hacia el monte. Arenas debía prender fuego á la pólvora, y se colocó de guardia con los fósforos preparados

para cuando llegara el momento oportuno. En el instante que creyó que estaban en número suficiente arrimó el fuego al reguero, que no llegó hasta la mina porque la humedad del piso ó alguna otra causa había interrumpido la línea. Exasperado Arenas al ver que se iba á perder la soberbia oportunidad de mandar á las alturas á tanto pícaro de los que allí estaban como moscas sobre un terrón de azúcar, según contaba después, se resolvió á morir volando con ellos. Al efecto se aproximó corriendo, al extremo de la guía, y esa carrera, el ruido de las ramas que tocaba y las hojas secas que pisó, fueron las que llamaron la atención del enemigo; y los tiros que le descerrajaron dieron en parte en el blanco, porque le quebraron el brazo izquierdo y la pierna derecha.

Á pesar del dolor que sintiera se aproximó al reguero de pólvora y aplicó la mecha haciendo volar la mina, y volando también él con los enemigos, pues no estaba á quince pasos de ella. Al caer tuvo la poca fortuna de dar con un ojo contra un palo, vaciándosele inmediatamente.

Á los seis meses después del suceso andaba muy suelto de cuerpo, y se puede decir que contento de haber perdido parte de él en defensa de su patria y castigando bribones.





Temeridad

LE Sage lo ha dicho: para la temeridad que tiene un feliz resultado deja de haber censores, y como la historieta que vamos á relatar lo tuvo en alto grado, creemos que por parte de los lectores no merecerán reprobacion el acto y el actor principal de ella.

Los hombres de seso dirán que fué una calaverada indigna de un jefe de alta graduacion; los timoratos modestos la clasificarán de audaz locura, envidiándola los petulantes. Seguros estamos que los militares la reprobarán por ser contra toda ley militar y el buen ejemplo que está obligado á dar todo superior, pero en cambio estamos convencidos de que las mujeres, y sobre todo las sensibles y enamoradas, aplaudirán en su interior la tal calaverada, prescindiendo por completo de todo juicio razonable, admitiendo tan sólo la idea de cómo halagaría á la viudita el atrevimiento del coronel. Lo que sí podemos asegurar, es que en la opinión de los oficiales y soldados de su cuerpo ganó un ciento por ciento el héroe del percance.

Á principios de 1866, estaba la división Norte en uno de los pequeños pueblos del Estado de Tamáulipas, en Méjico,

organizándose para emprender las operaciones que habían de poner fin al imperio implantado por Napoleón III y el clero mejicano. La comunicación con los pueblos ocupados por las autoridades imperialistas no era fácil, de ahí que perdiera mucho tiempo cualquiera familia que tuviese que ir del Norte á la capital.

En este caso difícil se hallaba una familia mejicana que quería seguir para el interior, pues venía por tierra de los Estados Unidos y se había visto detenida en Linares por no hallar medios de transporte. Mientras consiguieron una diligencia y obtuvieron la convicción de que podrían emprender la jornada con toda seguridad, se habían pasado lo menos unos veinte días.

¡Veinte días! tres veces más tiempo del que usó el dios de los judíos para hacer todo lo que hay en el infinito espacio, y veinte veces más del que necesitaron Romeo y Julieta, para perder la chaveta; pero es bueno tener presente que esto fué también obra de un dios, aunque pagano ó mitológico, y no hay que olvidar la corta edad de Cupido, que era una criatura y por lo tanto debía hacer las cosas algo atropelladamente.

Esta ligera reflexión nos sugiere la rápida y casi eléctrica inclinación amorosa que experimentó el coronel del Zaragoza, cuando vió á una de las viajeras. Consideramos razonable el hecho, dadas las circunstancias que tendían sin excepción á favorecer no sólo el enamoramiento sinó su instantaneidad.

El coronel estaba de completa vacación en sus afectos, no porque careciera de combustible sentimental en su inagotable corazón, sinó porque había andado en los últimos tiempos lejos de todo punto en que pudiera tropezar con algo que prendiera fuego á tan dinámico pecho. Esta tranquilidad fué destruida por una viudita capaz de hacer perder el paso á un soldado prusiano.

Tendría veinticinco años, y era lo que allí llaman una morocha de las que manda Dios para sacar almas del purgatorio. ¿Cómo poder pintar tanta gracia fascinadora y tanta picaresca esquivez aparente? Tenía el instinto de la mujer inteligente que desde joven ha oído muchísimo sobre sus atractivos y la influencia que ejercían en los hombres, y además, aquella indefinible travesura que parece nacer en una mujer joven y bonita cuando queda viuda.

El coronel estaba en todo el vigor de la vida, pues contaba treinta años, que los había aprovechado bien en sus estudios amorísticos. No era hombre de dormirse en las pajas, muy al contrario, pues en cuanto se trataba de un asunto de esa especie ponía de manifiesto más actividad que una hormiga, más camándulas que leguleyo de provincia, y más vigor en sus cargas que una división de caballería pesada cuyos caballos se han desbocado, ó que aquellas que daba Facundo Quiroga en la Tablada contra la infantería del general Paz.

Todo era muy bueno pero en vano, pues cuando creía encontrar el punto vulnerable se iba al fondo . . . y hallaba que serenamente y con hábil maestría le desviaban el golpe; y esto, lejos de apaciguarlo lo excoicaba más en sus pretensiones. *Cantaba muy bien* pero la viudita no lo acompañaba en el tono de su serenata, y al mismo tiempo que lo aplaudía por su arte, que según le aseguraba era de todo su agrado, le decía *nones, mío carísimo!*

Pasaban los días y seguía aumentando la asídua solicitud del pretendiente, como también la diestra defensa de la bella hija de Eva; eso duró hasta el día antes de la partida de la familia. Era una tarde tranquila y estaban los dos *combatientes* sentados debajo de unos grandes árboles que daban grata sombra en

la huerta de la casa; y como era natural, comenzó el coronel á insistir en sus pretensiones.

—Óigame bien, coronel, y fijese en las palabras que ahora le digo. Usted sabe que todos somos imperialistas en mi familia; yo soy intransigente, así es que nunca tendré relaciones íntimas con ningún enemigo de mi causa; y eso, aunque me muera de amor por él, caso en que no me hallo actualmente por nadie. Le confieso que tengo por usted el más vivo afecto, pero á ese sentimiento lo contendré en sus límites mientras nos separe el abismo de nuestros partidos; pero, si cambiando de circunstancias ó de opiniones lo viera yo en nuestras filas como lo deseo, entonces . . .

—Qué me está usted proponiendo? le dijo con dureza el coronel, interrumpiendo bruscamente á la viuda. Ignora que soy hombre de principios y convicciones profundas?

—No se altere, mi amigo, le contestó con voz de sirena, tomándole una mano y dirigiéndole una mirada tan impregnada de ternura que apaciguó por completo al enfadado galán. Sólo he querido decirle que, si por fortuna para el imperio, usted se convenciera de que es la causa que conviene á mi patria, no dudo que no se batirá contra nosotros y abandonará el servicio de los republicanos. Pero voy á precisar como mujer una promesa que le voy á hacer y que juro que cumpliré cuando llegue el caso. Seré su amor, seré bondadosa para usted si algún día me lo pide estando los dos en medio de los míos, donde ellos manden. Me ha entendido? . . . piense en ello y juzgue si yo valgo algún sacrificio que usted pudiera hacer por conquistarme.

El coronel tragó saliva, hizo un esfuerzo y cambió de conversación. No podía explicarse lo que pasaba en él, pero sentía que si en vez de una mujer hubiera sido un hombre el que

le hubiese insinuado pasarse al enemigo, le habría tapado la boca con un violento puñetazo.

Al despedirse lo retuvo ella por un momento de la mano, y mirándolo con firmeza, le dijo con voz segura que hacía mal en irse enfadado, puesto que no había razón plausible.

— Piense que si no es muy arreglado lo que yo le propongo, es de la misma categoría y no le va en zaga á lo que usted desea. . . vaya lo uno por lo otro, pero le repito que cumpliré feliz mi promesa, allá entre los míos.

Pasaron los días y los meses, y el coronel llegó hasta no recordar á la seductora mujer que por unos días embriagara su espíritu. Terminó el sangriento sitio de Querétaro, al que había asistido, pasando de allí con su brigada á la capital en ayuda de las fuerzas del general Díaz que sitiaba al ejército de Márquez, lugarteniente del imperio.

Desde la línea que ocupaba veía gran parte de la ciudad sitiada, y como la conocía perfectamente por el estudio paciente que había hecho del plano, más de una vez se esforzó en buscar el punto en que debía estar la casa de la viuda. Esto le avivaba aquel sentimiento que experimentara por ella en Linares, haciéndole desear el momento de poder volver á verla y hablarla, pero se sublevaba su dignidad al recuerdo de la insinuación que se le hiciera.

Tanto se preocupó que al fin dió una interpretación jesuítica á las palabras de la bella mejicana, y cuanto más meditaba en ello tanto más claro y fácil le parecía realizar sus deseos, obteniendo todo sin necesidad de pasarse al enemigo y degradarse para siempre.

Hacia los últimos días del sitio de Méjico ya se sabía allí con generalidad la caída de Querétaro, aunque lo negara Márquez,

como así mismo de que próximamente serían fusilados Maximiliano y sus principales generales, de ahí que el servicio se hiciera en la plaza con menos rigor y quizá con menos vigilancia. Esto lo sabían todos, y el coronel lo aprovechó para hacer saber á los jefes que tenía á su frente, que por su parte no encontraba inconveniente en dejar pasar de contrabando algunos paisanos, todas las noches antes de la retreta, para que vendieran en la ciudad leche, huevos y verdura, á condición de dejarlos salir antes del día.

La idea fué aceptada inmediatamente, dándose principio á realizarla desde la noche siguiente. Esto era lo que quería el coronel, y los ocho individuos que penetraban eran hombres de su devoción, siendo cuatro de ellos soldados suyos, quienes regresaban una hora antes de aclarar, y le comunicaron que ya ni caso les hacían los de servicio, pues los dejaban entrar y salir como en su casa.

Había pues llegado el momento de realizar el plan del coronel, quien en una de esas noches tomó el lugar de uno de los suyos, vistiéndose con traje apropiado y cargando verdura á la espalda pasó sin la menor dificultad, y cuando estuvo á cierta distancia de la guardia, dejó contra un rincón su canasto, emprendiendo impertérrito el camino hacia la casa en que vivía la tentadora.

Llegó allí y preguntó á una sirvienta que halló en la puerta de calle si la señora estaba en casa, y cuando recibió contestación afirmativa, pidió que le dijera que deseaba verla, pues llevaba un mensaje del coronel. Á los pocos momentos se le hizo entrar á una pequeña pieza, que era el costurero de la señora, quien apareció allí casi junto con su entrada.

La criada se retiró y afortunadamente cerró la puerta, así es que no pudo ver la cara de asombro de su señora, ni oír el tí-

tulo de coronel que al estrecharle la mano con afectuosidad daba á un hombre del pueblo.

— Qué dicha, coronel, es usted de los nuestros!

— Alto ahí, mi seductora, sólo soy de usted.

— Entonces, cómo está aquí? y este traje qué significa?, le preguntó turbada y precipitadamente.

— Esto significa que no la he podido olvidar ni menos su formal promesa. Expongo mi vida, pues si me atrapan y reconocen me fusilan por espía, sin remedio; pero estoy con usted entre los suyos y ellos mandan aquí; no créa que merezca recompensa plena quien hace lo que yo he hecho? la ciudad será nuestra antes de diez días, pero yo he querido enseñarla de lo que soy capaz cuando me impulsa el amor.
 ,

El coronel olvidó ver la hora de su reloj, tan embebido había estado con la conversación encantadora de la hechicera dama, así es que se dió cuenta de ese olvido no por el canto del ruiseñor como le sucedió á Romeo, sinó porque oyó en la calle el ruido producido por la gente que salé á sus quehaceres cuando viene el alba.

Despidióse apresuradamente y con paso precipitado llegó al punto por donde podía pasar, pero ya habían tocado diana y todo el mundo estaba de pie. Era hombre perdido! De súbito le vino una idea, sensata en su desesperación, pues recordando las palabras de Horacio de que del audaz es la fortuna, con paso sereno se acercó al pequeño edificio que sabía que pertenecía al jefe de la línea de los sitiados, y dirigiéndose á un soldado que allí se hallaba le preguntó si ya estaba en pie el general.

— Acaba de vestirse y está tomando su desayuno.

—Hágame el favor de llevarme á su presencia.

Así lo hizo, retirándose en seguida.

—Qué quiere, amigo, preguntó el general al que tomaba por un trabajador.

—Señor, creo que estamos solos y que nadie nos escucha.

—Así es, puede hablar con confianza.

—Pues bien, soy el coronel que manda la línea enemiga á su frente.

El general dejó la taza de chocolate que tenía en la mano, y se fijó bien en el hombre que tenía delante. Ni una sola palabra pudo articular, pues no se podía dar cuenta de lo que sucedía.

—Señor, me dirigo al caballero y no al general. Salgo del centro de la ciudad donde me han llevado cuestiones de amor y nada más; me he retardado y sólo usted puede dejarme salir ahora. Si rehusa este acto me tendrá como prisionero y me fusilarán por lo menos como espía, lo que no he pretendido ser puesto que no tenemos necesidad, porque la ciudad tendrá que rendirse dentro de pocos días.

El pobre atrapado refirió cómo había penetrado á la ciudad y cuando hubo terminado no le dijo su contrario más que una palabra: *Sígame!*

Ambos se dirigieron al punto por donde habían entrado los ocho vendedores, y allí llamó el general al capitán de servicio y señalando al coronel le dijo con tono breve:

—Que pase este hombre para las líneas enemigas; acompáñelo hasta fuera de nuestra avanzada, y cuidado con que le suceda algo.

Ocho días después se rendía la ciudad de Méjico y el caballeresco general caía prisionero del coronel.

— Guarde su espada, señor, y no se separe de mi lado, que mientras esté conmigo está seguro.

Ese mismo día se alojaban dos oficiales de entera confianza del coronel en casa del general. El primero se presentó en seguida al general en jefe, y relatándole el suceso le dijo dónde había escondido á quien con él se portara tan noblemente.

—Su entrada á Méjico ha sido una locura de marca mayor, pero el acto del general me agrada sobremanera, así es que puede asegurarle que nadie lo buscará; que se oculte allí hasta que todo se haya arreglado.

Tòdo se arregló humanamente, y la temeridad del coronel le proporcionó un amigo.



